MATTHEW RETTENMUND

SÓLO PARA CHICOS

Traducción de Ana Alcaina

Mi historia es una confesión, y ya se sabe: las confesiones suelen ser muy guarras...

TIEMPOS MODERNOS

Matthew Rettenmund vive y trabaja en Nueva York. Es el autor de *Enciclopydia Madonnica*.

Diseño de portada: *Damià Mathews*
Fotografía: *Beverly Brown/Photonica*

SÓLO PARA CHICOS

Traducción: Ana Alcaina

Matthew Rettenmund

Barcelona – Madrid – Buenos Aires – México D.F. – Santiago de Chile

Título original: *Boy Culture*

Traducción: Ana Alcaina

1.ª edición: mayo 1997
1.ª reimpresión: agosto 1997

© 1995 by Matthew Rettenmund
© Ediciones B, S.A., 1997
Bailén 84 - 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain
ISBN: 84-406-7398-1
Depósito legal: B. 33.177-1997

Impreso por PURESA, S.A.
Girona, 139 - 08203 Sabadell

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

SÓLO PARA CHICOS

Traducción: Ana Alcaina

Matthew Rettenmund

Para mamá, por supuesto

Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

https://archive.org/details/soloparachico0000rett

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas, en ningún orden concreto:

J J, una maravilla
Melissa, una diosa
Zafar, una hermana
Sandra, una cómplice
Tim, una amiga
Lori, un ligue
Rebecca y Marc, críticos
Matthew, un juerguista
Jane, una maestra
Danielle, una animadora
Ensley, un Henry Higgins
y
Ron, que ya me ha olvidado, el mejor polvo de mi vida.

Ser homosexual es ser un mentiroso nato. Ser gay es decir la verdad. ¡Que me caiga muerto ahora mismo si miento!

Una vieja loca decrépita, 1995

INTRODUCCIÓN

AHORA

¿Por qué los gays tienen esa manía de contar historias? ¿Por qué se empeñan en destruir todo el romanticismo preguntando en la primera cita: «¿Cómo fue tu primera vez? ¿Cómo fue la mejor? ¿Cómo fue tu última vez?» ¿Por qué les importa tanto?

Los hombres con los que me he acostado solían preguntarme todo eso y más, a veces incluso me pedían que les contara mis historias sobre sexo cuando ya estábamos en plena acción. Supongo que todavía tenían ganas de hablar sobre el hecho de ser gay después de todos aquellos años de represión durante la adolescencia. De niños, se pasaban la vida con los ojos abiertos como platos y escuchando atentamente cualquier tipo de explicación para el impulso que les hacía observar al vecino de al lado mientras cortaba el césped... sin camisa y... sudoroso. Cuando empezaron a acostarse con otros hombres (o con el vecino de al lado), estaban tan ansiosos por obtener más información sobre el tema que se convirtió en una especie de fetiche, algo que le pedirían a todos los hombres que conociesen.

Naturalmente, yo no soy ninguna excepción. Puede que me falte el tipo de experiencia en cuanto a citas del homosexual medio, pero soy lo suficientemente observador como para saber que esto no ha cambiado y

que me he visto privado de mi oportunidad de hacer preguntas y de contar historias.

Así que, ahora que he captado vuestra atención, voy a contaros la historia que siempre quise contar, junto a cualquier otra historia que vaya apareciendo. Me estoy... desahogando.

Ahí van algunas cuestiones sin más preámbulos:

— Esta historia, mi historia, es una confesión. Por suerte para vosotros, las confesiones son los relatos más excitantes de todos. Preguntádselo a cualquier cura y, teniendo en cuenta las inclinaciones sexuales de la mayoría de los personajes de mi historia, la mención del cura resulta doblemente apropiada.

— No soy católico, pero según lo que tengo entendido, las confesiones también pueden ser dolorosas; a fin de cuentas, el que se confiesa está contando una historia que cree que debe expresar para poder superarla. Si eso es cierto, esta confesión no constituye ninguna excepción.

— No tiene por qué haber una moraleja en una confesión. De hecho, la gente se confiesa precisamente porque sabe que su comportamiento está en conflicto con la moral establecida, así que no vais a encontrar ningún repelente discurso al final de esta historia. Más bien, lo que podéis hacer es analizar mi relato e imaginar qué lecciones, si es que hay alguna, pueden sacarse de él. O también podéis pasar directamente a las partes guarras y haceros una paja: a vuestro aire. Seguramente yo escogería la segunda opción si estuviese en vuestro lugar.

— Por último, las confesiones son anónimas y no me vais a pillar infringiendo ninguna de las normas del género.

Llamadme «X».

PRÓLOGO

HACE POCO

Norman es pediatra. Creo que escogió esa profesión deliberadamente para hacer de su vida una serie de compartimientos estancos, cada vez más estrechos, al estilo de esas muñecas rusas. Ha practicado la medicina durante veinticinco años en su pequeño vecindario y, seguramente, ha tratado a todos los padres jóvenes de la comunidad y a sus hijos, tanto a niños como a niñas. Si alguien se llegase a enterar de que le iban los tíos, su negocio se vendría abajo con la misma facilidad con que se caen los dientes de leche, con la absurda inferencia de que la homosexualidad es sinónimo de pederastia.

—Papá —dijo en un tono de voz indescifrable en cuanto hube cerrado la puerta de nuestra habitación de hotel. Es ridículo, en serio: me dobla la edad.

Norman se sentó a medias, apoyándose en el respaldo de un sofá que había en el centro de la habitación. Mientras me iba acostumbrando al ambiente insólitamente limpio y cogía una botella de Evian de la nevera, sostuve su mirada muda.

Norman empezó a frotarse el pecho metiendo la mano entre los botones de la camisa de manga corta que llevaba puesta, intentando ser sexy para mí, como si ponerme cachondo tuviese la menor importancia. Como respuesta, me di la vuelta y aparenté estar caliente y ex-

citado. Miré al hombre de mediana edad que con los años iba volviéndose paulatinamente más gordo y canoso (se parecía a Ned Beatty, el actor). Lo miré como puede mirar un pedófilo a un niño, carne fresca, una mirada que puedo sacar cuando quiero de mi chistera invisible sin tener ninguna experiencia de primera mano.

Norman se desabrochó los pantalones y dejó que resbalaran hasta el suelo; no llevaba nada debajo: una polla tiesa de aspecto aún joven apuntaba hacia la barriga blanda.

Norman nunca estaba del todo relajado en nuestras citas, pero supongo que para él su propio nerviosismo formaba buena parte de la excitación.

Se giró y se inclinó sobre el sofá, mostrando sus nalgas amplias y pálidas pero relativamente inofensivas. Probablemente, un buen número de amas de casa aburridas lanzarían risitas de regocijo ante un culo como el de Norman, pero yo no era un ama de casa aburrida, era un chapero aburrido.

El culo de Norman no era mi plato favorito por aquel entonces, no lo habría sido bajo ninguna circunstancia. Este hecho me hizo pensar en la margarina, en cómo te la comes como única alternativa cuando no hay mantequilla de la de verdad. Es curioso, las cosas que llegas a pensar cuando te estás preparando para follar.

Norman no hablaba mucho, no necesitaba que le llamase «niño», aunque yo lo habría hecho si me lo hubiese pedido. No creo que Norman hubiera sido capaz de enfrentarse a las implicaciones de su fantasía papá/niño si yo le hubiese seguido el juego. El llamarle «niño» podría haberle hecho decir algo más, algo más explícito. Tal vez lo hubiese trastornado de tal forma que se hubiese sentido culpable al examinar a sus pacientes, niños de verdad. Creo que ya tenía una úlcera por el hecho de tener que recurrir a un chapero; ¿quién

sabe lo que representar una fantasía vagamente pedofílica podría provocarle?

Tardé un poco en acercarme a él, los preliminares eran lo que más le gustaba a Norman, creo. Él me oía mientras yo me desabrochaba el cinturón, lo hacía deslizar por las presillas de los pantalones y lo dejaba caer al suelo con un ruido sordo. Me desabotoné los vaqueros, me bajé la cremallera y me cayeron hasta los tobillos. Norman se estaba moviendo, estirando el cuello para oír cualquier ruido que yo hiciese.

Aparté a un lado los vaqueros y dirigí mis pasos sobre la moqueta nueva hacia el ojete redondo.

Yo le gustaba a Norman más que cualquier otro hombre con el que hubiese estado. ¿Por qué? Soy lo suficientemente guapo, supongo. Soy de estatura media, con la espalda ancha y fuerte sin llegar a tener un cuerpo perfecto. Tengo el pelo castaño con mechas rubias aquí y allá, ya sea por la acción del sol o por mi torpeza al aplicarme el aclarador del pelo. Estoy en forma, soy joven y estaba allí de pie con una erección de caballo... ¿por qué no iba a gustarle?

No soy Míster Universo, pero para Norman y para todos los Normans que me había tirado anteriormente era el Hombre Perfecto porque estaba allí, y porque estaba dispuestísimo.

Me acerqué a Norman y le metí la ingle (todavía a salvo dentro de unos calzoncillos finos) entre la húmeda raja del culo. Le embestí suavemente, apoyándome con las palmas de la mano sobre su espalda pegajosa.

Conocía muy bien a Norman. Me sabía de memoria aquel ceremonial: yo me pondría un dedo en la boca, se lo metería en el agujero del culo e iría repitiendo el ritual mecánico de sacárselo y metérselo hasta que sus gemidos me comunicasen que le encantaba lo que le hacía. Por último, cuando empezase a jadear, casi como con gritos entrecortados y ahogados, con la polla en

carne viva de tanto restregársela contra el sofá, yo me sacaría la mía, la enfundaría en el condón que llevaba en el bolsillo de la goma elástica de mis calzoncillos y se la metería a Norman enérgicamente, con brusquedad, tal como a él le gustaba. Sin más lubricante aparte del que traía el globito, no era sexo seguro al cien por cien, pero casi, puesto que Norman no me exigía que yo me corriese y él había dado negativo cada seis meses durante los últimos diez años.

Para que no se me desempalmase mientras me follaba a Norman, pensaba en cosas eróticas: el sobaco de un tío, hombres en pantalones de chándal, Hart Bochner. A menudo es necesario pensar en otra cosa para correrse. Yo le estaba dando por el culo, pero deseaba ser yo a quien se follaran; Norman estaba recibiendo, pero deseaba ser doce años más joven, una persona totalmente diferente. En realidad, ninguno de los dos quería estar con el otro, pero no nos quedaba otra opción.

Margarina.

Para su edad, Norman todavía tenía una mandíbula cuadrada, y lo cierto es que sabía cómo dejarse follar, lo cual es un don infravalorado. Incluso me he llegado a correr haciéndomelo con él, cosa que me sorprendió las dos veces que ocurrió, aunque en aquella época yo ya sabía que las cosas estaban cambiando para mí. Por entonces, ya tenía a alguien más real que Hart Bochner con quien fantasear cuando cerraba los ojos, alguien tan sexy que el simple hecho de pensar en él follándome podía hacer que me corriese mientras me cepillaba a un tío más viejo que mi padre.

Después, tras mi meticulosa ducha y el tradicional paquete y medio de cigarrillos de Norman, charló durante cinco minutos sobre el tiempo, su día en el trabajo, mi actuación... bla, bla, bla. Me puse los vaqueros y saqué el tema de mi posible retirada. Me interrumpió antes de que yo pudiera explicarme.

Con una expresión de absoluta consternación, embutido en su albornoz de color blanco, bien arropado pero aun así todavía inseguro, Norman dijo haciendo pucheros:

—Espero que cambies de opinión, lo voy a echar muchísimo de menos.

Sonreí y evité su mirada mientras buscaba los zapatos. Norman iba a echarlo mucho de menos, pero desde luego no iba echarme de menos a mí.

—No te preocupes, Norman —dije con voz tranquilizadora—, todavía tengo unos cuantos polvos mágicos que echar. —Y le hice un guiño.

Se volvió a anudar el cinturón del albornoz pensativamente. Yo sabía que Norman estaba buscando el tono de voz que lograra persuadirme a seguir trabajando, sería el mismo tono de voz que empleaba para convencer a los críos de que las inyecciones, en realidad, no duelen nada.

—No, en serio, eres el mejor. Eres demasiado joven para dejarlo ya. —Apoyó la palma de la mano con cuidado en el bulto de mi bragueta como si fuese sagrado—. Me conoces demasiado bien... nadie más se molestaría en imaginar cuáles son mis necesidades exactas.

Seguramente tenía razón; los otros chicos con los que acabaría únicamente harían lo que tuviesen que hacer, y ni siquiera demasiado bien. Me aparté como quien no quiere la cosa y me puse las zapatillas de deporte, aunque no me las até.

—Eres muy dulce, Norman.

Fin de la discusión.

Ya le hablaría de mi plan de jubilación más adelante, por teléfono.

Norman es una de esas personas de corazón frágil, un niño engreído y algo marchito que habla tan quejumbrosamente y con tanta emoción en sus palabras que te hace sentir incómodo. No abusa de menores. Lo

sé porque una vez se lo pregunté y no hay tío en el mundo que me mienta. En sus fantasías, Norman no es el hombre mayor que disfruta como un loco tirándose a un crío de seis años; él mismo es el crío que, de forma imposible, adora cada minuto de ello. Las fantasías siempre son absurdas.

Así que la respuesta es sí. Sí, creo que los niños están a salvo con Norman, sobre todo los niños pequeños, en cuyo bienestar tiene un interés especial y lleno de solidaridad. Al fin y al cabo, él es como ellos.

Tal vez por eso me gusta, incluso ahora, cuando la primera etapa de mi brillante carrera toca a su fin.

Espero que hayáis prestado atención. Éste es uno de esos comienzos lacrimógenos.

LAS CONFESIONES

EN AQUEL ENTONCES

CONFESIÓN 1

QUIERO SER ALGUIEN

El principio del fin ocurrió bastante antes de los sucesos que componen esta historia. Yo iba en el autobús número seis, que va desde Hyde Park a la avenida Michigan, y estaba sentado unos diez asientos atrás y a la izquierda de un chico que era una monada, observando todas sus actividades corporales. Se manoseaba el pelo sin parar (nervioso), se mordía las casi inexistentes uñas (nervioso) y además no paraba de menear la rodilla izquierda en el pasillo con grandes y rápidos temblores (nervioso y un poquitín... ¿excitado? ¿Por qué?). Era increíblemente atractivo, sin discusión, todo él era un espectáculo digno de contemplación.

Lo reconocí de una de mis clases de último año del instituto. Tenía un aspecto distinto, aunque no necesariamente mejor; sin embargo, años atrás no me había parecido atractivo en absoluto, cuando habría tenido una excusa legítima para abordarle. Nunca habíamos intercambiado una sola palabra, pero había oído hablar de él.

Puse en duda mis facultades mentales. ¿Por qué tenía yo que pasar el rato observando a un ridículo universitario con tics nerviosos? ¿Por qué tenía yo que acechar a nadie? Lo que me merecía era que alguien me observase a mí.

El autobús dio un brusco giro para sortear a un

peatón que cruzaba la calle en dirección a un semáforo en rojo visiblemente iluminado, y me distraje de mis labores de observación. Oí la sirena lastimera de un coche de policía y vi el reflejo intermitente de la luz roja en los cristales. Todo el mundo seguía con gran atención la escena que se desarrollaba justo enfrente: un par de turismos estrellados el uno contra el otro como un par de acordeones de juguete, una ambulancia histérica y varios coches de policía. El autobús reanudó la marcha después de haber hecho cuidadosas maniobras alrededor de la escena y nadie más se molestó en darse la vuelta para ver qué ocurría.

Nadie excepto Nervioso, que volvió la cabeza y miró hacia atrás, hacia la catástrofe recién abandonada, buscando con ojos lastimeros a las víctimas, y entonces desvió la vista un poco a su izquierda y directamente hacia mi mirada insolente.

Ni yo mismo puedo creer que esto fuera lo que acabó sucediendo, pero... ¡aparté la mirada! No le he apartado la mirada a ningún tío desde que iba a la guardería y para colmo soy capaz de sostenerla durante horas sin pestañear, y ahora que esta habilidad me habría servido para algo voy y... la aparto.

Una oportunidad de oro para darle a entender a este tío que quería un hijo suyo y la cago. En mis retinas quedaba el negativo del aspecto que tenía el tipo cuando se produjo el contacto visual: rubio e impecable, unos pómulos enormes y prominentes, labios rojos.

Ésta no es la historia de cómo me enamoré de un universitario y fuimos felices y comimos perdices... ¡No, por Dios! Cuando digo que quería tener un hijo suyo, entiéndase: «El tío está como quiere y el sexo con él podría ser divertido, para variar.»

¿Salir con alguien? Jamás. Sí, claro, algunos tíos me habían invitado a cenar, pero siempre había sido para matar el tiempo entre polvo y polvo.

Los flechazos con estudiantes son algo que ocurre todos los días. No estoy diciendo que lo mío fuese algo especial, pero sí que, para mí, ése era un momento memorable.

Me ganaba la vida a la antigua usanza: follaba para conseguir pasta. No hay nada malo en eso y nunca había tenido ningún conflicto moral al respecto. Era una forma fácil de abrirse camino en la vida; pero si bien el acto en sí era algo sencillo, el resto no lo había sido tanto. En todos mis años como chapero, nunca había tenido una vida privada al margen de mi profesión. Nunca practicaba el sexo por placer, ningún tío me ponía auténticamente cachondo, nunca me enamoraba. ¡Enamorarme! Si mi instinto sexual estaba en el limbo... ¡a saber dónde estaría mi instinto amoroso!

Pero ese día en el autobús fue como una revelación. Estaba sentado ahí, en medio de un autobús, babeando por un chico sexy como cualquier otro gay, como si lo hubiese hecho siempre; aunque no lo había hecho... ¡sin embargo lo estaba haciendo!

Aun así, considerar seriamente a un universitario imberbe como mi vía de reincorporación al sexo por placer era un poco absurdo. Me había graduado en la fábrica de licenciaturas unos pocos años atrás, pero mi trabajo me mantenía cerca del campus, con un montón de solitarios profesores solterones. Probablemente pasaba más tiempo cerca del campus dos años después de graduarme que cuando iba a clase. Me sentía como esas ánimas en pena que, tras trece años de penalidades, suplicios y de repetir el sexto curso por enésima vez, finalmente salían del colegio pero por alguna razón seguían merodeando por el edificio. Eran libres para irse, pero algo los retenía. Hacia el final, la vida de estudiante se había convertido en algo demasiado familiar y demasiado fácil como para olvidarse de ella sin más. Supongo que ésa era la razón por la que estaba invir-

tiendo mi primer interés sexual desde los años ochenta en un universitario. Si algo aprendí en la universidad, fue que los estudiantes eran chicos fáciles.

Nervioso llevaba una camiseta de Blondie. ¡De Blondie! Qué retro. Ya habían pasado diez años desde que alguien hubiese oído hablar de Blondie, el grupo de música, y la cantante (a la que todo el mundo llamaba Blondie igualmente) había ido apareciendo y desapareciendo del panorama musical, con el rollo de diva y todo eso, y todavía había un chaval inteligente de una facultad de prestigio de algún lugar del Medio Oeste que llevaba la camiseta de un concierto de Blondie.

Había habido rumores en el ambiente gay de que su habitación era toda Blondie, Blondie, Blondie, con pósters antiguos del grupo por todas partes. Se decía que incluso tenía unos calzoncillos con el autógrafo de la cantante y una pared estaba completamente empapelada con la gigantesca ampliación de una foto, en la que apenas si se alcanzaba a distinguir a un sudoroso y sonriente Nervioso abrazando a una sudorosa y mareada Blondie, una foto rápida sacada tras una actuación en Nueva York, cuando Nervioso era demasiado joven como para poder entrar en ninguna discoteca, garantizando que sería el primero de la cola a las puertas del escenario.

Estuve a punto de caer en esa especie de obsesión narcótica una vez, sólo una. Estaba en una tienda de discos, en una de esas cadenas de tiendas, matando el tiempo en un día de compras. Odio las cadenas y nunca encuentro lo que quiero en esos sitios, con las etiquetas de los precios que siempre marcan «TJ» y «TG» y «TF», nunca «11,99», «12,99» o «6,99... REBAJAS». Todas las categorías son muy extensas, aunque en realidad hay muy poco donde elegir, todo ordenado sistemáticamente en una habitación con pinta de almacén. Estaba buscando entre los discos... en los álbumes de dis-

cos: en los LP de vinilo... lo auténtico. Discos que permitían hacer mezclas y que podían pincharse y rayarse, discos que hacían zumbidos y que no paraban de dar vueltas.

Había una multitud de amantes de la música dando vueltas por el almacén, hablando ruidosamente sobre el *Tainted Love* de Softcell, en un CD transparente, inyectado a través de los altavoces invisibles. La canción era antigua, el disfrute perpetuo. Me llevó de vuelta a los trece años y a una extraña y eufórica sensación de «¡Oh, Dios mío! ¡Soy gay y nunca seré libre y tengo que escapar de aquí para encontrar el amor!», un *flashback* total provocado por la música. Alguien estaba de pie a mi lado, a mi izquierda, con los brazos cruzados mirándome fijamente, una descarada presencia que se quedaba ahí, quieta, mientras yo hacía una regresión a los ochenta con Softcell, pasando con la mano unos álbumes horrorosos e inútiles cuya existencia era un chiste malo: Haircut 100, Breakfast Club... Kajagoogoo. Casi me resistía a tener que enfrentarme con mi vigía, todavía influido por el trauma de tener trece años y de que no podía «mirar» porque alguien podría «verme». Siempre la misma obsesión.

De repente salí de mi catalepsia y me volví con toda la confianza y el aplomo de un hombre, un homosexual y un chapero.

Era una foto de cuerpo entero, a tamaño natural y de cartón de Madonna, con la piel blanca, un vestido rojo, medias de rejilla... ¡Boom! Los noventa.

La figura era una obra de arte, hecha de tres partes diferentes: las piernas, el torso y la cabeza. El pelo de Madonna era del mismo rubio que el de Marylin, no se le veían las raíces, ocultas por varias capas de tinte y por la magia de la fotografía. Le llegaba a los hombros, con algunas ondulaciones, a medio camino entre *Suspiros Mahoney* y *Buscando a Susan desesperadamente.* Sus

ojos eran rasgados, con las pestañas de color negro azabache, los párpados de marfil, con las cejas arqueadas y libres de crecer en plan salvaje alrededor. Sus labios, cruelmente seductores, estaban dibujados sobre la cara varonil y apenas dejaban atisbar un par de dientes, algo separados, manchados de carmín. El vestido era una pesadilla ceñidísima de color rojo que cubría su cuerpo, pegándose a él y suavizando las caderas angulosas, exhibiendo el noventa por ciento de sus pechos de concurso y terminando precisamente a un lado para tapar cualquier indicio de su pubis y dejar a la vista, al mismo tiempo, la pierna izquierda. La pierna estaba enfundada en unas medias de rejilla con grandes agujeros, rotas a propósito y con artística exquisitez a la altura de la rodilla.

Me encantaba esa imagen. Siempre me he burlado de la música de Madonna y me gusta su actitud lasciva como antídoto contra todas las celebridades lameculos que proclaman efusivas alabanzas de Gloria a Dios en las Alturas y, en fin, reconozcámoslo: Madonna podría hacer un reportaje publicitario con la máxima credibilidad sobre la prostitución. Tenía buenas razones para que me gustara la ambición rubia y, aun así, ninguna estrella había conseguido más que mi aprobado.

No obstante, esa figura me transformó.

Todos los elementos que he descrito anteriormente no eran nada comparados con la expresión de su rostro: era una expresión de éxtasis, llamativa, realista, estudiada, espontánea, enfadada, de alegre rendición capturada por la cámara; probablemente habría dos fotos como ésa en los grandes almacenes del mundo entero para promocionarla.

Quién si no Madonna podría exhibir una expresión tan peculiar, y sin embargo qué extraño me resultaba encontrar aquella joya en un soporte tan vulgar; era como descubrir la sonrisa de Mona Lisa en la cara de un niño en un tetra-brick de leche.

Me quedé allí plantado durante un minuto, recorriendo con la mirada el cartón de arriba abajo, con las huellas de los suntuosos pliegues del material. Seguí la curva de sus senos y miré el espacio que se abría entre ellos, intentando penetrar en su alma a través del pezón izquierdo, invisible.

Durante ese momento, me sentí absorbido por Madonna, sintiendo cómo debió sentirse al posar para esa fotografía: deprimida por haber perdido a un amigo hacía poco, satisfecha ante los inminentes elogios de la crítica, atemorizada por la idea de no poder llegar a los tonos graves, cachonda pero sin tiempo para follar hasta mayo... y encantada de ser fabulosamente famosa.

En ese momento de rendición total ante la adulación, ante el hecho de desear la deificación absoluta, romántica y hecha por otra persona, entendí lo que significa ser gay. Todo se basa en la intensidad.

Así es como me fue posible pasar diez años sin sentirme atraído por otro hombre y sin perder por ello la conciencia de que soy gay. Mi homosexualidad no se basa en el sexo, aunque sí lo hiciese mi prostitución.

Controlé cuidadosamente mi reacción imprudente antes de seguir comprando discos.

Conseguí que el encargado me vendiese a Madonna por setenta y cinco dólares en efectivo y la promesa de guardar el secreto. El momento y la actitud son agua pasada, pero la foto sigue en mi vestidor. Es mi musa.

Está guardada en mi vestidor bajo una lámpara que cuelga del techo y lleva un crucifijo que conseguí de uno de mis clientes sacerdotes. Pese a que mi compañero de piso, Joe, era un admirador de Madonna más fanático que la propia Madonna, nunca le dije nada de aquella foto. Mencionó una vez que estaba en tratos con varios coleccionistas para que se apiadaran y se la vendieran por un precio lo más parecido posible a doscientos dólares.

No cabía la menor duda, Nervioso me estaba haciendo temblar de deseo. ¿Y qué hice yo al respecto? Nada de nada. ¿Por qué iba a hacerlo? Como ya he dicho, aquello era nuevo para mí; quería sentirme cómodo con la idea. No tenía ningún sentido perder mi virginidad otra vez con el primer tío que se me cruzase por delante. En vez de hacer algo, decidí alegrarme por haber recuperado mis capacidades funcionales y esperar el momento oportuno para buscar a un hombre que deseara y por el que pudiera volverme loco a la vez.

No me detuve a pensar: «¿Por qué me está pasando esto ahora? ¿Qué es lo que me motiva?» Si lo hubiese hecho, tal vez me habría dado cuenta de que no había motivación alguna, simplemente era una reacción. Yo era un nómada congelado y Nervioso era la primera brasa del calor que conseguiría derretirme en un mundo nuevo. ¿Estaría muerto, sería carne perfectamente conservada? ¿O me pasaría lo que Walt Disney siempre quiso que le sucediera: ser rescatado milagrosamente del olvido años después de su muerte inicial?

Apreté el botón de la señal de parada, me bajé del autobús («¡Adiós, Nervioso! Ah... no estaba escrito... no soy bueno para ti...») y caminé las dos últimas manzanas hasta mi apartamento.

Sabía que no era bueno para Nervioso, pero por primera vez desde Culture Club, estaba ansioso por algo más que por un trabajo estable.

CONFESIÓN 2

SOY UN TROZO DE PAN

Ya había pasado más de un año desde aquello y yo todavía estaba buscando al Hombre Perfecto, más decidido que nunca a no quedarme con el primero que se presentase.

Problema: sólo conocía a dos hombres en mi edificio. Yo quería follarme a uno y el otro quería follarme a mí. El sexo resulta tan desagradable... Es todo tan asqueroso, hasta me cuesta hablar de ello; pero puesto que se trata de una confesión, supongo que ya va siendo hora de airear algunos trapillos sucios.

Primero estaba Andrew, y yo iba detrás de él, y luego estaba Joe, y él me iba detrás. Por lo menos, Andrew no iba detrás de Joe, aunque esa pesadilla en particular me atormentaba más de una noche de insomnio.

Andrew y Joe eran mis compañeros de piso. Andrew sólo pagaba 300 dólares de los 1.200 dólares de alquiler (tengo un corazón de oro) y necesitaba tiempo para decidir sus inclinaciones sexuales (???). Yo le decía que fuese original, que no cayese en el típico tópico de la confusión sexual, a todo el mundo le da por ahí últimamente. Él se limitaba a sonreír con ironía y a decir en defensa de la moral tradicional:

— ¿Y resulta que ser gay es el no va más de la originalidad o algo así?

¡Dios! ¡Me derrito cuando un hombre desafía mi autoridad! ¡Nadie hasta entonces se había atrevido a hacerlo! Si más tíos lo hubieran hecho, habría sido una persona más modesta y seguramente más feliz de lo que era con mi fijación por Andrew.

Joe, por otra parte, era tan increíblemente bueno... Me idolatraba de veras, un chico de diecisiete años que había decidido que me parecía a su primer amante. Al principio no presté demasiada atención a ese chaval simpático con quien había aceptado compartir el piso tras la aprobación de su hermano/guardián. Los padres de Joe lo habían echado de casa; había sido gay sin complejos desde que tenía trece años, y su hermano —un hetero muy sexy pero gilipollas llamado Tony— intentaba ser liberal, pensando que la vida de su hermano con un chico que parecía buena persona como yo siempre sería mejor que vivir en la calle. Lo que Tony no sabía era que yo era la calle.

Al final acabé por disfrutar de las conversaciones con Joe, con su melena rubia que me recordaba la pelambrera de un gracioso perro lanudo. Debo de haberlo visto así porque cuando decía «¡Hola!», hacía que sonara como un «¿Hola?», queriendo decir algo así como «¿Te gusto ya o qué?».

La primera vez que me di cuenta de que Joe me iba detrás, volvía de una cita a las tres de la mañana. Por aquellas fechas, ya le había echado el ojo a un montón de hombres por los que me sentía atraído (incluyendo a Joe), pero a ninguno que pudiese considerar un posible Hombre Perfecto (incluyendo a Joe). Ninguno excepto Andrew.

Caminaba medio dormido por el pasillo largo y estrecho de moqueta de la segunda planta hacia mi puerta, distraído pensando en lo afortunado que era por tener un trabajo tan bien remunerado. El cuarto de Joe era un pequeño estudio de una sola habitación, justo enfrente

de la habitación de dos dormitorios que Andrew y yo compartíamos, aunque Joe siempre tenía acceso a la planta completa si quería. Eso puede hacerse en Chicago: vivir por poco dinero en la planta entera de un edificio.

Justo al llegar a mi puerta, oí un suave susurro tras de mí.

—Oye —murmuró Joe alborozado. Luego, con un tono de reproche, me preguntó—: ¿Sabes qué hora es?

El corazón me dio un vuelco y me volví para enfrentarme a mi inquisidor. Joe —pese a tener una de esas caras sonrosadas de los barrios residenciales— estaba como un tren. Era de mi estatura, de constitución artísticamente musculosa como un bailarín de ballet (no lo era) y con unos enormes ojos azules casi tan dulces como los de una Barbie. La mata de pelo que solía asociar con él no estaba a la vista, oscurecida por la humedad y peinada hacia atrás, y, aparentemente, un ligero albornoz azul cortito era lo único que protegía su desnudez ante mis ojos. En realidad, el albornoz no acababa de cumplir su tarea del todo, puesto que dejaba casi toda la parte superior de su cuerpo al descubierto. Recuerdo haber pensado: «Si te molestas en ponerte un albornoz, ¿por qué no te lo pones bien?», justo antes de darme cuenta de por dónde iban los tiros.

La verdad es que era bastante despistado. Hasta ese momento, hasta el momento en que de repente vi a Joe mirándome fijamente con ojos chispeantes, medio desnudo y envalentonado por el alcohol, nunca antes había sospechado que pudiese ver en mí algo más que a un agradable interlocutor. Pero ahí estaba, a las tantas de la madrugada, saliendo de su habitación para hacerme saber que yo era un hombre deseado. Cruzó por mi mente la imagen perversa de que Joe había estado esperándome, vigilando por la mirilla, bebiendo una botella de vino y refrescándose la cara cada cinco minutos para

parecer recién salido de la ducha. Así podría aparecer fresco como una rosa, justificar su semidesnudez con un aire de «me has pillado» y acortar el camino para tenerme dentro y encima.

Era muy joven, y estaba hecho un lío sobre lo que quería en la vida, pero no era ni demasiado joven ni estaba demasiado confuso como para no sentirse vivo. La atracción física por mi parte había estado ahí desde el principio, hirviendo en algún rincón; pero era demasiado sabio a los veinticinco —o eso creía yo—, y la atracción era demasiado débil.

¿Qué hacer cuando un chico de diecisiete años se te sirve desnudo en bandeja de plata? La vida es tan... dura [dicho con angustia estremecedora]. Bueno, tal vez estuviese exagerando. Era muy poco probable que alguien con tan buen corazón como Joe pudiera ser tan manipulador como para seducir a nadie. Tan listo. Joe era un chiquillo ingenuo y travieso, una zorra natural que disfrutaba del sexo por diversión; pero, por otra parte, era razonable pensar que hubiese urdido la farsa inocentemente, sin ningún fervor romántico, sin querer atraparme, queriendo sencillamente «hacer el amor». La insoportable levedad de ser Joe.

—Claro que sé qué hora es —bostecé. Mi juego consistía en parecer lo suficientemente agotado como para disuadirle—. ¿Qué haces levantado a estas horas... bebiendo?

Estaba abrazado al marco de la puerta, dejando que su pierna desnuda asomara ante mí, un intento obsceno de coquetería. ¿Por qué pierdo el interés cada vez que los hombres adoptan posturas de bailarina de *strip-tease* para seducirme? ¿Seré homofóbico?

—No me gusta beber mucho. Quiero decir, que no me gusta mucho beber, pero cuando bebo, bebo... ¡mucho!

Se rió y se sonrojó ante su propio trabalenguas y

adoptó una actitud menos estudiada. Estaba tan guapo así, tan natural... Entre gays, parecer natural es algo tan normal como encontrar una monja sexy en un convento. El caso es que no me gustan las monjas sexy, ni tampoco sentía una atracción especial por Joe. En el fondo, era demasiado «guapo» y demasiado «bueno». Al menos eso creía yo.

Le dediqué una sonrisa cortés, le di las buenas noches y me fui como si no hubiese pasado nada.

—Espera un momento —dijo rápidamente, riendo a medias—. ¿Por qué no entras y me ayudas a terminar la botella...? Sólo me queda una copa y la guardo para ti.

Contra toda lógica, acepté. A pesar de mi sentido común y de mi naturaleza irascible, a menudo me convencen para hacer cosas buenas por la gente buena. Mientras cruzaba el umbral, me pregunté si me iba a cepillar a Joe simplemente porque se lo merecía. Sé que suena algo condescendiente, pero sólo puedo hablar desde el pedestal en que él mismo me había colocado. Si yo hubiese consentido y hubiésemos follado, para mí habría sido como un polvo entre amigos, pero para él habría sido el acto de amor que había estado deseando durante años. El sexo puede ser algo totalmente diferente para cada una de las personas involucradas, pero el que invierte más es el que determina la relación. ¿Por qué tenía que ser tan cruel como para negarle a nadie su felicidad cuando me era tan fácil proporcionársela? Pero ésa es la pega: para mí no significaría absolutamente nada y para él lo significaría absolutamente todo, y yo acabaría por destruirlo con la misma facilidad con la que antes le había dado placer. El poder del sexo.

No mantengo buenas relaciones con el poder del sexo. He tenido que vérmelas con la atracción desproporcionada durante toda mi vida. El instituto fue un largo ejercicio de atracción no correspondida. Solía es-

piar a algún chico de características especialmente seductoras (unas piernas magníficas que me turbaban, unos muslos velludos que los pantalones cortos exponían por casualidad en verano, una sonrisa fascinante) y pasaba las semanas siguientes tratando de convencerme de que yo también le gustaba a él. ¡Y la cantidad de chicas que se sentían atraídas por mí! Muchas de ellas habían salido con los más machos de la clase, pero yo parecía gustarles cuando las hacía reír o hablaba con ellas. Tal vez debería haberme convertido en un gigoló gracioso o haber comercializado mis dotes retóricas.

Una de mis mejores colegas del instituto era una chica, Marie. Era muy guapa, pero no era el típico bombón de instituto. Tenía su propio estilo, siempre llevaba diademas, vaqueros y el pelo liso, y nunca se ponía maquillaje, cuando el resto de las chicas se emperifollaban exageradamente, con toneladas de rímel y otros potingues por el estilo. Tenía unos rasgos deslumbrantes que deslumbraban aún más si se la miraba de cerca, que era la distancia habitual a la que estaba con respecto a mí. Éramos prácticamente inseparables. Nosotros creamos el anuario escolar —una obra de arte de mierda—, y una vez estuvimos a punto de enrollarnos, echándonos el uno encima del otro en mi habitación, escuchando a Duran Duran y riéndonos de lo palurdos que llegaban a ser el resto de los habitantes de nuestra ciudad. De repente, me besó en la mejilla, le entró la risa tonta y se disculpó; luego se quedó mirando la expresión de mi cara a la espera de alguna señal que la animase a continuar.

Se me heló la sangre.

—Yo... soy gay, Marie —fue todo lo que acerté a decir, y estallamos en risas incontroladas. Me creyó, vale. Y me ofreció su apoyo y todo ese rollo. Pero por alguna razón nos meamos de risa, con una risa tan escandalosa que casi rayaba en el delirio. Sin embargo, hubo una parte de su sonrisa que no volví a ver jamás, no

porque fuese gay y, por lo tanto, raro o amoral, sino porque era gay y, por lo tanto, inalcanzable. Ella no podía hacer nada al respecto. No podía transformarme en un chico «normal». No podía convertirse en un hombre para poder compartir esa parte de mí, y por mucho que yo intentase seguir siendo su amigo, no podía evitar el tratar de responder a sus sutiles e ilusionadas señales haciendo todo lo posible por que se sintiese mejor en su derrota.

No sólo me disgustaba estar en ese callejón sin salida sino que además sentía desprecio por la situación. Odiaba tanto sentirme así que me deshice de Marie como de una patata caliente. Ése era mi modo de convencerme a mí mismo de que yo era más poderoso que el poder del sexo.

El dormitorio de Joe era pequeño. No era lo que se llama un chico ordenado, con los almohadones perfectamente colocados y los discos compactos apilados en torres y todo eso. Los provocativos pósters que había elegido para sus paredes eran tan populares que habían dejado de tener significado para mí, los Haring y Mapplethorpe más vendidos, tan vulgares como hurgarse la nariz. Los adhesivos de SILENCIO = MUERTE saturaban las paredes de la ventana, rodeando un elaborado altar en honor a Madonna que consistía en un viejo póster suyo en forma de estrella, una vela, un crucifijo antiguo y docenas de tarjetas postales de todos los colores. Había varios objetos esparcidos por el suelo: una elaborada varita mágica como las que usan los prestidigitadores (Joe, ¿el Hada Radical?), una serie de prendas sexy de discoteca con cremalleras implacables y una urna aromática, una oda al vegetarianismo que contenía una docena o más de hierbas. Joe era vegetariano, no porque estuviese preocupado por su salud o reivindicara los derechos de los animales, sino simplemente porque Madonna lo era.

La luz era tenue y en la mesa improvisada con una caja de leche había una botella de vino sobre un mantel de encaje heredado, según me dijo luego, del mismo tío carnal que le había introducido en el tema de la sodomía. Comprendí que había preparado todo aquello para mí. Me había equivocado por completo. Esto era, definitivamente, lo que llaman una Seducción.

—Siéntate ahí— dijo, señalando hacia la silla más grande de las dos que había en la habitación—. También puedes encender el fuego falso. Aquí hace un frío de muerte.

El fuego falso ya estaba enchufado.

—Bonitos ladrillos —dije acerca de los (falsos) ladrillos que Joe había colocado recientemente alrededor de la (falsa) chimenea mientras me sentaba incómodo en la silla de robusta (aunque auténtica —raro, ¿no?—) madera de cerezo—. No tenemos nada parecido en toda la planta.

Joe se sentó delante, en el suelo, y me ofreció un vaso de vino mientras echaba un trago del suyo.

—Bueno, hace que se sienta uno como en casa, ¿no crees?

Cruzó las piernas con cierta torpeza y agradecí que las sombras eclipsaran lo que debía hallarse en la zona oscura del albornoz, entre sus piernas. No estoy seguro de que fuese consciente de estar enseñándome sus partes íntimas.

Descubrí una foto nueva de un hombre joven en la pared de enfrente y, aunque yo no llevaba gafas, pude advertir que era, como mínimo, guapo.

—¿Es una vieja foto de Tony? —pregunté mientras entrecerraba los ojos.

Los ánimos decayeron. Un poco más y Joe se deshace en la alfombra y desaparece. Tardó unos dos minutos en contestar, y en todo ese rato experimenté el perverso placer de saber que había metido la pata.

—No —respondió, con los ojos casi bizcos de dolor—. No. Ése no es mi hermano. Es... mi... primer... amante... —Resulta significativo que un chaval de diecisiete años sea capaz de hablar de su primer amante con un sentido legítimo de patetismo y reminiscencia.

Me recordó mi primera conversación seria con Joe, cuando él estaba hundido en la miseria.

—Estoy atrapado —me había dicho entonces—. No tengo estudios, ni trabajo de verdad, ni familia de la que poder hablar o que me hable, y de todas formas... quiero... tantísimo...

—¿Qué es lo que quieres? —le apremié.

Podía sentir la ambición subiendo por el pecho de Joe mientras luchaba por expresar sus sueños.

—Quiero ser realmente feliz —dijo inmediatamente—. Quiero inventar camisetas que sean conocidas en todo el país. Quiero ir a la discoteca más *in* del mundo y ver a la gente más enrollada luciendo mis pulseras. Quiero ganar dinero suficiente como para que nadie tenga que mantenerme, suficiente como para que mi familia desee no haberme perdido. Y quiero un hombre fuerte, realmente fuerte que me ame y me respete y crea que mis diseños son buenos. Ya sabes, el rollo de siempre. Quiero ser famoso, pero quiero que eso ocurra ya en vez de matarme intentando que me ocurra... Oh, es inútil...

Había pasado de la euforia a la desesperación en cuestión de segundos, había conseguido engañarse a sí mismo haciéndose creer que sus sueños se habían cumplido y se había hundido cuando la realidad hizo su aparición.

—Me siento viejo —suspiró Joe, que era demasiado joven para acordarse de «Starsky y Hutch».

—No puedes ser viejo —exclamé—. Eres varios años más joven que yo.

¡Ay! El escorpión grande y perverso se había picado a sí mismo sin querer.

—Me siento como si me hubiese pasado la vida acostándome con tíos y todavía soy incapaz de encontrar un novio. Soy demasiado tonto para ir a la universidad. Mira mi trabajo: sólo soy carne de cañón. —Esa semana trabajaba, al salir de clase, en un restaurante que tenía el ocurrente nombre de Pipiola y solía traer a casa más dinero en propinas del que podría recoger yo si alguna vez decidiese vender mi culo—. ¿Cómo voy a soportar esto? ¿Cómo puedo esperar ir a ninguna parte, ser rico y famoso, si ni siquiera estoy haciendo nada?

¿Qué síndrome es éste? ¿Por qué tantos gays jóvenes se sienten como si tuvieran cuarenta años a los diecisiete? A mí también me pasó, sólo que yo me sentía como si tuviese cuarenta a los diez. Ahora, a los veintiséis, todavía me siento como si tuviese cuarenta y tengo aspecto de tener veintiséis, lo cual me asusta aún más; pero, de vuelta al síndrome de «estoy acabado», es como un momento crucial en el que sentimos que, de repente, ya hemos vivido los mejores y más despreocupados años de nuestras vidas. Algunos factores que precipitan este síndrome incluyen, pero no se limitan a:

(1) La pérdida de la virginidad. ¡Oh!¡Uh!¡Ah! —eres un adulto, no de la noche a la mañana, sino tras cinco minutos de intensa actividad—. En el instante en que te corres delante de otra persona, sientes cómo envejeces. Suele confundirse con la acogida de la madurez, pero si miras atrás, puedes reconocer en ese momento un paso de gigante hacia la mediana edad.

(2) Un trabajo de mierda. El primer trabajo en que la cagas, o en que sufres el tormento de un jefe asqueroso, mezquino y ególatra, o del que te echan, o al que estás condenado a volver día tras día durante el resto de tu vida. Todo el tiempo que has pa-

sado en ese trabajo ha sido inútil, y no importa cuándo mires el calendario, te das cuenta de que has estado allí diez veces más de lo que creías. En definitiva, te has pasado años y años en ese trabajo, perdiendo el tiempo mientras envejeces... envejeces... y envejeces.

(3) La primera ETS. Una vez has tenido ladillas, te percatas de la porquería inherente a la actividad sexual, y tu depresión por el recién descubierto desprecio hacia el sexo te hace darte cuenta de que, en realidad, vives para el sexo. Por no mencionar la gran suerte de tener una enfermedad para toda la vida como las verrugas, una enfermedad para toda la vida e increíblemente incómoda como el herpes, o una enfermedad para toda la vida increíblemente incómoda y mortal como el sida. Todas estas enfermedades, ya se trate de algo tan relativamente inofensivo como las verrugas o de algo tan abominablemente terrible como el sida, te obligan a aceptar que tu cuerpo —con la llegada de este nuevo y eterno virus— ha cambiado para siempre jamás, concepto que vendrá a sumar de golpe diez años más a tu vida en apenas diez segundos.

(4) El desamor. La propia palabra habla por sí misma, excepto que vale la pena mencionar que acudir sin compañía a los bares de siempre sólo para descubrir que ya te has acostado con la tercera parte de los clientes puede ser una experiencia particularmente amarga y envejecedora.

Sin duda Joe ya se había topado con dos o tres de estas situaciones en los últimos tiempos, siendo el asunto de la virginidad el único del todo imposible puesto que él había perdido la suya en el Precámbrico. Le com-

prendía, y pensé que, para hacer que se sintiera mejor, tenía que animarle. Enseguida se sentiría mucho mejor, y más joven y menos inútil... aunque sólo fuese durante una hora. ¿Pero no es siempre así? ¿En qué consiste acostarse con alguien, si no?

Joe me conmovía. Me conmovía continua, inútilmente. Era tan dulce, tan auténtico... ¿Inocente? Puede. ¿Y a qué maricón no le gustaría ser rico y famoso y enseñaros el culo a vosotros, repugnante familia desertora? Pero incluso yo, en mi hastío, era incapaz de resistirme a la naturaleza ilusa de Joe. Anhelaba algo así para mí mismo. Tal vez estando a su lado podría absorber un poquito...

Decidí que podía hacer algo bien y no estropearlo todo follándomelo.

Pero ahí, en su habitación, Joe me miraba con ojos de carnero degollado murmurando que me parecía a su primer amante.

—Oh —tartamudeé.

—Chuck.

—Oh.

—Es igual que tú.

Me miró con ojos apasionados, tratando con todas sus fuerzas de captar mi atención y mi deseo. Estaba suspendido en el aire, iba a echarse a volar o a caer, todo dependía de mí. Yo era la ley de la gravedad y tenía que tomar una decisión. Decisiones, decisiones.

—Oh, ¿de verdad? —sonreí—. Desde aquí no lo sé, estoy demasiado lejos.

Se acercó a mí, se arrodilló en el suelo apoyando una mano a cada lado de la silla, dejándome en medio.

—Bueno... Yo estoy lo suficientemente cerca y te digo que os parecéis como dos gotas de agua.

Joe sabía que me prostituía. Lo había sabido desde el primer día, cuando yo estaba trasladando mis cosas a fin de hacer sitio para las suyas y mi libro negro con to-

dos los números de teléfono de mis clientes aterrizó ante sus pies.

—¡Joder! —exclamó—. Éste es el libro negro más gordo que he visto en toda mi vida.

—Sí, bueno, ya sabes lo que dicen; eso de que los negros la tienen más gorda —bromeé, arrebatándoselo de las manos.

—Tendrías que ser como mínimo un chapero para llenar un libro negro de ese tamaño.

Dejé en el suelo lo que llevaba, le dirigí una mirada desafiante y dije:

—Bueno, es que lo soy.

Había estado a punto de decir algo, pero cerró la boca en cuanto vio mi mirada feroz. En lugar de acojonarse, al final se encogió de hombros, sonrió y dijo:

—Eso está bien.

Yo debería de haber presentido entonces el problema con el que tendría que vérmelas más tarde, en el apartamento, a las tantas de la noche, con Joe echándose encima de mí.

El olor a jabón y la piel de Joe eran tan embriagadores que estuve a punto de rendirme. «¿Quién sabe? A lo mejor me gusta.» Pero algo iba mal. No habría tenido una erección ni queriendo. Es fácil cuando te pagan, pero no tanto cuando el gasto corre de tu cuenta, o tal vez Joe me gustaba de verdad y por eso no quería joderle más de lo que ya estaba.

Algo iba mal, de acuerdo: simplemente no era Andrew.

—Eh, chaval, estás tan cerca que resulta incómodo —dije amablemente, y le despeiné el pelo húmedo. «Ojalá pudiera secárselo y ver esa melena suya.»

Se incorporó inmediatamente y esbozó una sonrisilla falsa, de niño pequeño.

—Lo siento. Yo...

—No, no lo sientas. Es sólo que... ya sabes. Última-

mente no me gusta follar con tipos que no sean clientes. Casi me siento... infiel... —No sabía qué decir, pero Joe sí sabía que no había tenido ninguna cita desde que me conoció. Se lo tragó.

Joe rió amigablemente.

—No, no, si lo entiendo. Ser fiel está muy bien... Ojalá mi primer novio hubiese sido como tú en lugar de parecerse a ti físicamente. Cuando descubrí con cuántos tíos se había ido a la cama mientras estuvimos juntos, casi me vuelvo «normal».

—Sería peor el remedio que la enfermedad —dije bromeando—. Supongo que soy un adicto al trabajo. Además, estoy reventado. Lo siento, pero creo que no voy a acabarme el vino.

Puse el vaso en sus manos con cuidado y me levanté para irme. Me siguió hasta la puerta con animación, tratando de restarle importancia al hecho de que acababa de ser rechazado, hablando rápidamente. Le pellizqué el brazo en señal de que no había pasado nada malo y me largué, escabulléndome por el pasillo hasta mi habitación.

CONFESIÓN 3

SOY UN ESCLAVO DE MIS BAJOS INSTINTOS

Joe se había fijado demasiado en mí, pero si alguna vez Andrew había llegado a hacer algo así como mirarme de reojo, desde luego, yo no había sabido insinuarme.

Entré en mi apartamento y cerré la puerta a todos los pensamientos sobre el deseo inocente de Joe, dejando que la oscuridad de la habitación me envolviera.

Mis reflexiones se vieron interrumpidas por la pregunta de Andrew.

—¿Dónde coño estabas?

Me estremecí, alargando el brazo para buscar a tientas el interruptor en la pared. Una luz tenue iba iluminando el cuarto a medida que giraba el botón; la luz se fue intensificando hasta que distinguí los tonos carnosos del pecho de Andrew, el brillo de sus ojos y sus mejillas. No veía sus dientes... ¡vaya!, ¡no me digas que no sonríe! Parecía algo imposible, pero mis ojos confirmaron mis sospechas.

Intuí que una luz más intensa no sería demasiado bienvenida, así que la dejé a medias. Andrew estaba reclinado en nuestro sofá semicircular, de cara, con su cuerpo tan bien proporcionado... casi rozando la perfección sin esfuerzo alguno, cubierto de cintura para

abajo por una sábana fina y tal vez por un par de calzoncillos. Mi vista de águila descartó del todo esta última posibilidad. Movió sus pies grandes y pesados durante mi comprensible vacilación; asomaban por debajo de la sábana y eran la parte de su cuerpo que estaba más cerca de mí.

Me volví loco de deseo por Andrew en el mismo instante en que lo vi, el año anterior; había aparecido en mi puerta en respuesta a un anuncio que puse en un periodicucho gay buscando a un compañero de piso platónico. Con el dinero que ganaba, podía haberme permitido un ático por un precio razonable; pero no había ninguna necesidad de ir aireando dinero negro por ahí, por lo que buscar un par de compañeros de piso me pareció una decisión prudente. Además, ya había pasado un año desde mi obsesión por Nervioso en el autobús número seis y todavía no había tenido cama, cama de la de verdad, con alguien con quien de veras me apeteciese follar. Había decidido que la mejor manera de hacer una selección de posibles parejas para un chico ocupado como yo era poner un anuncio buscando un compañero de piso «platónico». Creo que «platónico» es la palabra más irónica de nuestro idioma, aunque sea griega.

La primera vez que vi a Andrew, casi me desmayo de deseo puro y duro. No era sólo una atracción física por el hecho de que Andrew estuviese tremendo, porque siempre hay más hombres físicamente atractivos en cualquier revista o a la vuelta de la esquina; no creo que exista un hombre que sea el más atractivo de todos. A lo mejor si un día lo encuentro me abalanzo sobre él y nos hacemos una sola carne para siempre; ya os lo haré saber. No es que Andrew fuese el hombre más perfecto del mundo, pero yo le deseaba ardientemente. Los designios de la lujuria son inescrutables: ¿cómo podemos explicarnos una predilección por los hombres peludos? ¿O por los negros? ¿O incluso por los pelma-

zos, los cabrones o los repulsivos? No hay ninguna explicación, ni tampoco deberíamos buscarla. La atracción es pura casualidad y, por casualidad, resulta que Andrew estaba para mojar pan.

Desgraciadamente, el deseo es una calle de doble sentido y Andrew ni siquiera había aprendido a conducir hasta hacía bien poco. Es cierto que había practicado hasta obtener un permiso provisional y yo era el encargado de hacer que tuviese algo de experiencia en carretera: con un poco de suerte, hacia finales de mes ya circularía por la autopista.

Para empeorar aún más las cosas, después de un año de acariciar la idea de acostarme con Andrew y salir con él, me encontré en la desagradable situación de estar loca e irremediablemente enamorado de él. Lo sé, soy gilipollas.

Ahí delante estaba mi todavía platónico compañero de piso, abrumado de tanto pensar, sin un solo rastro de sonrisa en sus labios. ¿Qué le pasaba?

—¿Me has oído? —me apremió. Me pregunté si el señor Kenna, mi profesor de anatomía del instituto, sabría el nombre del músculo que se le tensaba a Andrew junto a la clavícula cuando estaba cabreado... y sin camisa.

La cara de Andrew era grande (todo en él era «grande», incluso cosas tan intangibles como su personalidad y su sentido del humor) y primitiva, con alguna imperfección aquí y allá, una cicatriz al estilo Tom Berenger en *Platoon* en el labio superior, pómulos desiguales y un hoyuelo en la barbilla. Su cuerpo tenía forma de V que a veces, al doblarse, exhibía un poco de barriga y algunos michelines de poca importancia perfectamente enclavados en un marco sólido. Un cuerpazo.

En resumen, Andrew era sexy más allá de las palabras; si no podéis hacer esta conexión, dejad de leer ahora mismo. No me gustáis. ¿Pero qué estoy haciendo, contar una historia o explicar mi psique?

Me apoyé en la puerta con desgana, fingiendo cansancio (¿o lo que pretendía era escabullirme por debajo de ella y escapar?).

—Vengo de una cita, Andrew, y estoy muerto.

Ladeó la cabeza. «¡Por favor! No preguntes...»

—¿De una cita o de una «cita»?

—Para ser un paleto de Minnesota, me parece que vas de sabihondo.

Me reincorporé y me dirigí hacia él con los ojos casi cerrados por un arrebato de bravuconería, el valor que me había hecho falta para maltratar a Joe estaba haciendo su aparición con algo de retraso. De repente yo era guapo, ingenioso y gay, y capaz de tratar de imaginarme por qué Andrew estaba sumido en la tristeza por primera vez en su vida.

Tenía los pies cruzados, se los toqué (¡los tenía helados!) y los aparté un poco del reposapiés donde los tenía apoyados, dejando sitio para sentarme. Separó las piernas y apoyó cada una cómodamente a uno y a otro lado de mí sobre la alfombra. La escena era demasiado erótica, pero estaba acostumbrado a sublimar este tipo de cosas con Andrew, me limité a inhalar el aire del momento.

Le miré directamente a sus ojos sombríos.

—Por supuesto que no era una cita. Siempre es una «cita» los viernes, ya lo sabes. ¿Por qué te divierte oírmelo decir? ¿Quieres que deje de llamarlas «citas» y decir simplemente que estaba «trabajando»? ¿«Ocupado»?

Torció ligeramente los labios, con una sonrisa poco entusiasta. No había ninguna duda: éste no era el Andrew alegre y jovial que yo conocía; había pasado algo grave.

—¿Y por qué no dices que estabas puteando y ya está?

Supongo que puse cara de estar un poco sorprendi-

do, cuando la verdad es que estaba muy sorprendido. No podía creer que Andrew fuera capaz de decir «puteando» con tanta ligereza. Normalmente suelo soportar las palabras, metáforas y referencias peyorativas sobre la prostitución («puterío», «hacer chapas», «¡cacho zorra!») en la vida diaria con absoluta normalidad, pero no me gustaba oírlas de los labios mordaces de Don Alquiler Rebajado en mi propia casa. Tampoco se me escapaba el detalle de la asquerosa ironía que suponía el hecho de estar rechazando a Joe, que consideraba mis actividades como parte de mi encanto, y estar incurablemente colado por el puritano Andrew. Menuda faena.

—¿Adónde quieres ir a parar? —Cuando me acorralan, soy puro hielo.

Cabizbajo, apartó la mirada.

—A ninguna parte, lo siento, no es nada. —Era una cadena de pequeñas palabras afiladas como cuchillos, pero no quería hacerme daño, estaba triste.

Me incliné hacia él, esperando sentir su fragancia almizcleña que flota por todo el apartamento y que me persigue a todas horas; en cambio, sólo encontré olor a cerveza y el aroma salado de la angustia. ¿Habría muerto alguien? Le sujeté el hombro con la mano y oí mi voz desnuda, carente de fingimiento o sarcasmo alguno.

—¿Qué te pasa, Andrew? Dímelo.

Sacudió la cabeza pesadamente, con una sonrisa forzada en los labios. Sus ojos brillaron en la penumbra.

—Idiota —acertó a decir—, soy un completo idiota. —Respiraba hondo para recuperar el control, intentando hacerse el gallito y quitarse la angustia de encima, librarse de la amargura. Cuando levantó la cabeza de nuevo y me miró a los ojos, tenía una mirada desafiante, no hacia mí, sino hacia el hecho de traicionar cualquier otro sentimiento—. No es nada, de verdad. Bueno, es sólo que mi, bueno, mi última novia de... bueno, la última...

Algo se estremeció en mi interior, proyectando la imagen mental de Jill, la egoísta reina de las galas de instituto a quien Andrew me había descrito cariñosamente una vez, una chica que lo había dejado después de una relación de un año y un compromiso de meses cuando él se negó a casarse. Él le había dicho que prefería esperar, y menos mal que lo hizo (si no habría empezado a ponerle los cuernos con tíos un año después de los «Sí quiero»), y menos mal que él no se había hundido en el pozo de la depresión cuando la familia y amigos de la chica —que también habían sido los de Andrew— no volvieron a dirigirle la palabra nunca más. Era una mujer despreciada, excepto que no merecía ser llamada mujer. Pero no debo dejar que mi ardiente afán de protección me ciegue. Para ser justos, su compromiso con Andrew supuso para ella una pérdida de tiempo de un año... ¿Muerta?¿Estaría muerta?

A mi corazón despiadado le importaba un bledo que la zorra aquella hubiese muerto, pero simulé estar triste por Andrew. Mi voz ya no estaba desnuda, sino envuelta en alta costura.

—¿Ha... muerto? —susurré, esperando contra toda esperanza.

Su reacción fue una chocante carcajada tan estridente que se golpeó la cabeza dolorosamente contra el borde de madera del sofá. Me entraron unos sudores fríos al contemplar la sorprendente transición de la profunda apatía a la frivolidad. Su cuerpo entero se puso rígido, se convulsionó con alegría nerviosa y yo me eché hacia atrás un poco molesto y sintiéndome ridículo.

—¿Qué? —le pregunté—. ¿Qué coño te pasa?

Se fue tranquilizando poco a poco y se secó las lágrimas de los ojos, parpadeando con una enorme sonrisa burlona y quebrada.

—Lo siento, te juro por Dios que no me estoy riendo de ti... es sólo que cuando has dicho lo de «muerta»,

ha sido para descojonarse. Me ha enviado una invitación, va a casarse. —Señaló una tarjeta de color blanco que había sobre la mesa y empezó a resoplar un poco de nuevo.

Ah, no. Aquello era el colmo.

Le propiné un golpe en el estómago con la palma de la mano y me dispuse a levantarme, lleno de indignación. Se revolvió, soltó un gruñido por el golpe y estalló en risas de nuevo mientras me sujetaba con sus poderosas zarpas. Empecé a patalear y a retorcerme intentando escapar de él y casi lo consigo, además.

—¡Joder! ¡Eres un escurridizo hijo de puta! —Se rió.

Engañado, burlado y atrapado, empecé a reír tontamente:

—¡Nunca me rindo sin luchar!

Me tiró al suelo con suma facilidad y se sentó sobre mí, colocando sus enormes muslos a horcajadas y sujetándome las manos contra la moqueta con sus increíbles y musculosos brazos. Me había olvidado de que Andrew estaba desnudo hasta aquel momento, y aparté la vista rápidamente de lo que los escritores de novela rosa describirían cautelosamente como su «virilidad».

La verdad es que «virilidad» es un término bastante atinado. Yo la sigo llamando polla, picha o rabo, pero «virilidad» consigue expresar el complejo cúmulo de emociones que hallan su punto convergente en el pene y que obligan a almas tan temerarias como la mía a adorar ese órgano de un modo que nos avergüenza en nuestros momentos más lúcidos y racionales.

En todo un año de cohabitación y de camaradería total, nunca había visto la virilidad de Andrew.

Pero ¿qué veían mis ojos? ¡El pobre desgraciado nunca había sido operado de fimosis!

—¡Quítame ese buñuelo de esmegma de delante! —exclamé, todavía jugando, pero jugando de verdad.

Sus ojos se iluminaron.

—¿Esmegma?

—Sí... lleva a que te arreglen esa chapuza encapuchada; no confíes en nada que no puedas ver con tus propios ojos.

Andrew estaba escandalizado, como siempre, por mi vulgaridad.

—No sabía que un pene circunciso fuese más digno de confianza.

—Créeme —me burlé—, sí que lo es.

Me miró con ojos de bobalicón.

—Bueno, pues vamos a ver... —Y fingió que empezaba a desabrocharme los pantalones. Cuando mis manos libres no hicieron nada por impedírselo, Andrew se ruborizó y, visiblemente incómodo, puso fin a todo dándome un golpe en el hombro.

—¡Ay!

Me despeinó y salió de un salto de encima mío; después se colocó con aire indiferente la sábana alrededor de la cintura y se la ató con fuerza. Deambuló por el apartamento recogiendo su ropa de donde la había dejado antes.

—Idiota, idiota, idiota —siguió tarareando, y me di cuenta de que el tema de conversación había vuelto a lo de su novia. En realidad, en todo aquel rato no habíamos cambiado de tema.

Aquélla fue la primera vez que le di a entender a Andrew cuánto le deseaba, y su respuesta había sido totalmente ambigua. Él sabía que me habría rendido a sus pies, y había huido, eso estaba claro. Pero ¿por qué? ¿Mala sincronización? ¿Falta de interés por mí? ¿O era sencillamente su eterna confusión?

Si me lo tomaba con optimismo, tal vez Andrew no quería que yo pasase a formar parte de su lista de experimentos para entender su propia sexualidad. A lo mejor me estaba reservando para más adelante, con la ex-

pectativa de convertirme en su «amante» y no sólo en su «compañero sexual».

Tal vez simplemente estaba decepcionado por que su novia se iba a casar, como todos sus viejos amigos («normales»), dejándolo a él atrás y cada vez más cerca de la homosexualidad perpetua.

Tal vez para él sí había muerto alguien.

De todos modos, yo no podía saber cuál era su agenda, pero sospechaba que Joe no había sido el único que había estado esperándome despierto aquella noche.

Aun así, de repente, me sentí como Joe: descubierto, desesperado, cachondo y rechazado.

CONFESIÓN 4

SOY UN SENTIMENTAL

Sentir que había estado a escasos milímetros de tirarme a Andrew, sólo para sufrir una decepción y dejar que me diera un puntapié a kilómetros de distancia de él, me hizo reconsiderar a Joe. Reconsiderar a Joe me llevó directamente a una cuestión, a una razón de peso por la que comprendí que jamás podría irme a la cama con él.

En términos sexuales, existe una gran dicotomía en este mundo, una que aflora a la superficie continuamente a pesar de las tinieblas que rodean el tema de los roles sexuales y la reciprocidad. Hay dos clases de seres sexuales: los de encima y los de debajo, los que dan y los que reciben, los folladores y los follados, y si obtener dinero a cambio de sexo desde que tenía quince años me ha enseñado alguna cosa, es saber distinguir quién es quién. Sin ninguna duda, Joe era de los que reciben, y eso a mí no me iba nada.

Si alguien está leyendo estas líneas y piensa: «¡Y una mierda! ¡A mí me gusta dar y que me den, y si no que se lo pregunten a los chicos del gimnasio!», ya podéis iros olvidando del asunto. ¿A quién tratáis de engañar? ¿A mí? Ni siquiera estoy ahí, sólo soy una palabra tras otra en las páginas de un libro. Estáis a solas con vosotros mismos, así que ¿por qué no lo admitís? Ya sé

que podéis estar encima o debajo, que podéis correros en cualquiera de los dos casos, pero cuando se trata de admitir la verdad, sabéis dónde os gustaría pasar el último día de vuestra vida, ¿o no?

Todo el mundo puede hacer las dos cosas. Yo me he follado a equipos de fútbol enteros, en serio, me he tirado a más tíos que soldados hay en un regimiento. Incluso podía correrme tirándome a un tío —por unos cuantos pavos más, claro está—, pero ¿y qué? Puedo correrme con sólo chasquear los dedos, si quiero. Correrse no es el factor decisivo de lo que da verdadero placer.

Así que yo era el que daba por el culo, pero no por propia iniciativa, sino por dinero. Si hubiese podido elegir, lo que yo quería era que me follaran. Era y soy el Culo Número Uno de todos los tiempos, aunque por aquella época lo había conservado intacto durante tanto tiempo que casi ni me acordaba.

Me explico: me encantaba la idea de que alguien me follara o, mejor dicho, me encantaba el recuerdo distante y borroso de que alguien me follara, aunque sólo había dado mi consentimiento a semejante acontecimiento una vez en toda mi larga vida. ¿Sorprendidos? ¿Qué esperábais, el túnel del metro? «Es un chapero, seguro que lo han enculado más veces que vueltas da una peonza» (me apuesto lo que sea a que sois de los que decís «encular»). Bueno, pues sois un poquitín presuntuosos para tener una mente tan progresista.

En primer lugar, yo no era promiscuo, relativamente, teniendo en cuenta que casi la mitad de los maricas de este planeta lo hacían treinta y nueve veces más que yo a la semana y aún tenían tiempo de cascársela dos veces al día.

En segundo lugar, y esto es un factor clave: en el trabajo no dejaba que nadie me metiera mierda por el culo. Ni dedos, ni lenguas (¡en serio!; la gente, por mí,

que haga lo que le salga de los huevos, como si se quieren beber mi sangre; no me importa si las estrellas del porno se dan lametazos por el ojete; a las estrellas del porno no les queda tanto por vivir como a mí, y si no, que se lo pregunten a Joey Stefano), ni objetos inanimados (no soy «La cosa»), y desde luego ni hablar de penes, ni uno, nada, *niente.* Ni siquiera la puntita. Fuera, todo vuestro, gracias.

¿Por qué?

He hecho alusión al sida, pero el sida sería una correcta, prudente y aceptable mentira, con todas las letras, una excusa barata. A decir verdad se trataba de un pretexto muy cómodo para mí, uno muy bueno, además.

Para seros sincero, conservaba mi culo intacto *in memoriam.* Era una cuestión sentimental. Si hubiese dejado que alguien invadiese esa sagrada parte de mí, eso significaría equipararlo con Andy, y eso me habría hecho recordar, y yo no quería eso.

Vale, vale, muy bien; sé que no puedo continuar así, sin dar más explicaciones, lo admito. Todo se remonta a Andy, absolutamente todo. La puta historia completa empieza aquí, no en la página uno. ¡Oh, Dios!, me aterroriza pensar que tengo que sacar el tema de Andy ahora, pero ya veo que es demasiado evidente. Mi corazón está destrozado y ya va siendo hora de que lo recomponga. Ahí va la respuesta a la pregunta ¿cómo fue tu primera vez?

Yo tenía trece años.

A mis trece tiernas primaveras, nunca había besado a nadie. Nadie me la había chupado tampoco, ni yo se la había puesto a nadie donde realmente cuenta. A los trece yo era un ser virginal, recién salido de un período de obesidad, un aire desgarbado y fealdad en general. ¿Qué fue lo que me pasó ese año? Sabe Dios, o lo sabría si existiera. Sencillamente, me desperté un buen día, me

miré al espejo y sonreí... me había vuelto (más) firme, bien proporcionado, mis ojos destacaban y la línea de mi nariz se erigía con sutileza, mi boca era grande y graciosa, con una dentadura perfecta, y para colmo tenía un culito envidiable. En realidad, sólo era medianamente guapo, pero tenía a la belleza de la juventud de mi parte. Puede que mi transformación real tardara más tiempo, pero a mí me dio la sensación de que ocurrió de la noche a la mañana, y estoy seguro de que tendré que pagar por ello en algún momento de mi vida.

Por aquella época, ya era lo suficientemente mayor como para «entender» algunas cosillas. Desde luego, sabía que me gustaban otros chavales de la clase, pero aún me gustaban más los tíos mayores y, más que a la vida misma, quería a mi primo Andy (sí, ya lo sé —«Andy», «Andrew»—, la cosa se pone fea). Antes de dar rienda suelta a otra descripción medio lúcida de las formas masculinas, me gustaría hacer una aclaración: quería a Andy por ser Andy, le quería desde que era un chaval de trece años robusto pero con un cuerpo convencional, antes de que diera el estirón y se convirtiera en un voluptuoso Adonis de dieciséis años, perfeccionado por el deporte y por su irreflexiva afición a levantar pesas. Además, estaba su rostro. Como el de Andrew, tenía su propia personalidad, pero para entendernos diría que era una cara mucho más comercial. Tenía el cabello oscuro y ondulado (sí, lo sé, pero os juro que es cierto), ojos de un azul cristalino y labios sonrientes. Era fuerte como un toro, un pedazo de hombre corpulento y masculino que, sin embargo, lloraba como un crío con todos los melodramas sentimentaloides que echaban por la tele y con los episodios más conmovedores de «Las chicas de oro». Lloró incluso cuando murió la gatita de su primo pequeño... Ahora que lo pienso, nunca perdonaré a mis hermanas por dejar salir de la casa a Miss Alicia Fuzz.

Lo que me hacía estar más orgulloso de Andy era que, de todos los chicos del equipo de fútbol, sólo él se había negado a aterrorizar al único chaval judío de la escuela. Andy era, ante todo, dulce, el único bombón que he conocido en mi vida sin tan siquiera una pizca de maldad.

Lo veía todos los fines de semana en casa de nuestra tía prácticamente desde antes de nacer yo. La casa de tía Dell era el sitio donde se reunía toda la familia después de ir a misa (sí, he dicho misa) para saborear uno de sus platos de comida polaca. Andy era el centro de atención, un delicioso diablillo que se pasaba el día dando vueltas alrededor de los ogros, y los ogros sabían reconocer su «talento» natural; se les caía la baba con él y les encantaba escuchar sus historias sobre cómo sacaba las peores notas de la clase y aun así seguía siendo el primero de la fila de listillos.

A mí la única fila que me quitaba el sueño era la de los botones que abrochaban la bragueta de sus vaqueros.

Yo siempre me sentaba en la mesa grande justo enfrente de Andy, observando cómo se atragantaba engullendo patatas cortadas por la mitad y trozos de carne casi tan grandes como crías de dinosaurio. Andy siempre tenía un aire de no haber roto un plato en su vida mientras masticaba y se reía y nos contaba sus anécdotas.

Cada tres minutos exactos, ni un segundo más, ni un segundo menos, Andy levantaba la vista del plato, me miraba y me dedicaba una sonrisa clandestina. Nuestra camaradería era algo único y sus sonrisas lo eran todo para mí, deliciosos recordatorios de que estábamos juntos en medio de aquel gallinero, de todo el griterío y de la devoción que los demás sentían hacia él. Me comía los espárragos muy lentamente, pensando en lo exquisito que sería saborear aunque sólo fuese un muslo salado, hacerle gemir y morir de pasión primero

y de placer después, proporcionarle el éxtasis que, para hacer justicia, tanto merecían su belleza y su bondad. Mi boca... la justiciera... Pero más aún que mi boca, ¿qué era esa sensación de felicidad despreocupada en mi culo?

Uno de esos días —uno cualquiera, no creo que importe demasiado qué día fue— ocurrió lo impensable. Fue raro porque recuerdo que yo ya sabía lo que iba a pasar ese día en cuanto lo vi en casa de tía Dell.

Mis padres habían estado discutiendo sobre la frecuencia de nuestras visitas familiares a casa de tía Dell, la canción *Centerfold* de la J. Geils Band era la número uno del programa de radio de Casey Kasem, mis hermanas... bueno, ésa es otra historia; pero como les ocurre a los más mayores con el día en que asesinaron a JFK, todavía hoy tengo presentes todos los detalles de aquel día, aunque no consiga recordar la fecha.

Andy iba en pantalones cortos, de un color rosa chillón porque el rosa se había puesto muy de moda ese año entre los chicos normales, los chicos normales de repente vestían bien y escuchaban música New Wave. Llevaba una camiseta sin mangas desgastada, enseñando sus fornidos brazos morenos por el sol pero a punto de pelarse y una enorme, vigorosa e increíble sonrisa.

Tengo la teoría de que nosotros, los que entendemos, tenemos una especie de sexto sentido para detectar a los que son como nosotros, con o sin su consentimiento. Este sentido funciona más bien como unas antenas, que no dejan de moverse como locas constantemente en todas direcciones, recibiendo información invisible desde cualquier punto y retransmitiendo los resultados directamente al cerebro. Puesto que la primera vez que se me ocurrió esta idea fue cuando el sexo lo era absolutamente todo para mí, y puesto que el sexo todavía lo sigue siendo absolutamente todo para mí, la he rebautizado con el nombre de «antenas sexuales».

Aquel día Andy irradiaba energía, y mis antenas sexuales, que aún estaban en fase embrionaria, empezaron a dar espasmos de expectación. Estaba a punto de ocurrir algo.

Mi padre y Andy estaban de cháchara —en realidad sólo estaban contándose chistes machistas— y de repente nos vimos inmersos en el hormigueo de la masa familiar, con nuestras tías profusamente embadurnadas de maquillaje y los tíos apoltronados en el sofá viendo la tele. Sólo se oía un murmullo ensordecedor y las carrerillas de cientos de críos por todas partes mientras sus padres, aún jóvenes, observaban a los cónyuges de los demás y a sus respectivos cuñados y cuñadas imaginándose cómo serían en la cama, sólo para divertirse. Aquello parecía la fiesta de cumpleaños de una clase de párvulos: había más críos pequeños de lo humanamente soportable. El olor a col venía flotando en el aire desde la cocina repleta de abuelas inmóviles y de sus madres de cartón piedra, disfrazadas con vestidos de cóctel de hacía cuarenta años. ¡Ah, la familia!

Al cabo de una hora, cuando todo el mundo estaba en pleno movimiento, saludándose, riendo, dándose palmaditas en la espalda y colocándose en la zona donde se iba a formar la cola para la comida, Andy y yo acabamos en la parte de abajo de la casa, en la sala de la televisión. Esa sala era otro mundo porque el acceso a la misma era imposible para los niños pequeños y para los más mayores. Bajar por los peldaños de esa escalera era más difícil que descolgarse por una escalera de cuerda. La propia sala había sido «remodelada», otra de las modas de aquel año, pero todavía olía a humedad por ser un sótano convertido en habitación. El suelo estaba enmoquetado y había un montón de enormes almohadones donde solíamos estirarnos para hablar de «Los ángeles de Charlie», «Apartamento para tres», de máquinas de marcianitos, del cole y de otras chorradas por

el estilo. Estábamos tan aislados que el ruido en el piso de arriba se vio reducido a un murmullo irreal y, en algún momento de la conversación, las voces se apagaron del todo.

—Me he echado novia —dijo Andy.

Como la última vez que había abierto la boca había sido para hablar del Comecocos, lo que acababa de decir me dejó perplejo y, si no fuera porque lo tenía delante, mirándome, los ojos se me habrían salido de las órbitas.

—¿Que has hecho qué?

A esa edad todavía era capaz de sorprenderme; recuperé mi capacidad de asombro unos cuantos años después, la primera vez que puse los pies en un bar de ambiente.

—He dicho que me he echado novia —repitió. Me estaba mirando con una sonrisa de afectación un tanto pedante en los labios; arqueó las cejas (me encantaba cuando hacía esas cosas) y aspiró un poco de aire por la boca haciendo ruido con los dientes—. Ya ves... —Tenía el amaneramiento del bueno de Richie Cunningham, pero con el envoltorio de Richard Gere.

—¿Cómo se llama? —pregunté, tan rápido como siempre.

Se volvió hacia mí, apoyando el codo en el cojín y la cabeza en la palma de la mano; estaba medio hundido en la almohada que había más cerca de mí. Sus bíceps sobresalían obscenamente y me imaginé la existencia de Dios bajo la forma de una loquita cruel que se lo estaría pasando en grande a mi costa.

—Jennifer —respondió. ¡Menudo nombre! ¡Qué cosa tan chabacana y vulgar!—. Pero todo el mundo la llama Jenny. —¡Peor todavía!

—¿Y cómo es? —Yo era todo oídos, ojos, nariz y garganta, muy seca, por cierto, pero no iba a llorar, a menos que dijese...

—Mucho más guapa que tú —dijo, y se echó a reír.

Se incorporó y me alborotó el pelo. Por lo menos la risa sonaba falsa, sin ánimo de ofender. Los ojos me ardían y tenía el estómago tan revuelto que creí que iba a perder el conocimiento. Había estado temiendo aquel momento desde que tenía diez años, puede incluso que desde antes, pero fue a los diez años cuando por primera vez percibí a las mujeres como una amenaza capaz de interponerse entre ambos, y ahora, después de tres escasos años, nos veíamos separados sin remedio y para siempre por una... ¡chica! ¿Cómo era posible que mis antenas sexuales se hubiesen equivocado de aquella manera? Lejos de sucumbir a mis encantos, Andy se deshacía de mí como si fuese un lastre. *Ciao, ciao, bambino.* Hasta la vista, mequetrefe.

—No, lo digo de broma. —Sonrió y cerró los ojos con desgana—. Tú siempre me gustarás más que ella, has sido mi mejor amigo toda la vida y no voy a desaparecer del mapa sólo porque empiece a salir con una chica.

—Desde luego, has tardado lo tuyo —le solté, antes de darme cuenta de lo que estaba diciendo.

Los ojos de Andy se abrieron como platos y miró directamente a los míos.

—¿Se puede saber qué has querido decir con eso?

Paladeé el sabor a puro placer que supone lanzar palabras cargadas de mala intención a alguien que no se lo espera para luego callarse uno como un muerto y regodearse aún más en su tortura.

—Nada.

Fui rodando por el cojín con una sonrisa en los labios hasta llegar a la moqueta helada. Te pillé, Míster Capitán del equipo de fútbol.

Andy repitió la pregunta; a continuación, ante mi insistente silencio dijo:

—¿Y bien? ¿Qué has querido decir con eso de que «has tardado lo tuyo»?

—Tienes dieciséis años, Andy.

—¿Y?

Silencio. Silencio absoluto.

—¿Y qué? ¿Me estás diciendo que soy demasiado mayor para salir con una chica?

—No —dije tranquilamente—, nunca se es demasiado mayor para esas cosas. Lo que te estoy diciendo es que la mayoría de los chicos empiezan a salir con chicas cuando tienen mi edad, Andy. Casi todos están ya prácticamente casados cuando tienen la tuya...

Empezó a carcajearse.

—¡Menuda gilipollez! Intentas burlarte de mí porque resulta que soy un ligón algo retardado.

—No —respondí—, no eres un ligón retardado, Andy. Estás ligando cuando te toca; lo que te estoy diciendo es que te ha costado un huevo fijarte en las tías. —Cuando vi que aquello daba resultado proseguí—: Yo sólo me preguntaba a qué viene este interés tan repentino. ¿Qué? ¿La presión empieza a hacer efecto?¿Tienes miedo de que la familia se pregunte cómo es que Don Perfecto no tiene a su lado a una Miss Mundo todavía?

Andy me agarró del brazo y me hizo volverme hasta que estuvimos cara a cara, con una expresión en la suya de rabia y confusión.

—¿Qué coño estás diciendo?¿Por qué te comportas como un imbécil? Lo único que te he dicho es que tengo novia —de acuerdo, «por fin» tengo novia—, porque tú eres la única persona en quien confío lo suficiente como para contárselo. Me la trae floja lo que esos gilipollas de ahí arriba piensen de mí y si no se enteran de que tengo novia mucho mejor. Ya se saben mi vida de memoria y aún quieren saber más. ¡Joder! ¡Hasta mi puto historial médico está colgado en la nevera para que todo el mundo lo repase, por el amor de Dios!

Se le quebró la voz y lanzó una risita nerviosa, tra-

tando de aplacar lo que había comenzado como una especie de bronca violenta que le salía de las entrañas. Yo no estaba calmado, ni mucho menos, así que no me reí con él. Todavía me estaba sujetando el brazo con fuerza, y no me gustaba la idea de que me zarandease de esa manera... ¿O sí?

—Lo siento —dije con voz inexpresiva—, sólo estaba picándote un poco...

—Bueno, pues ya vale —me interrumpió—. Siempre estás picándome y haciendo comentarios para molestarme, y no me gusta nada.

Yo ignoraba que hubiese captado alguna vez alguno de mis pequeños sarcasmos y le pregunté por qué le molestaban.

—Hacen que me sienta idiota. A veces me haces sentir como si fuera estúpido. —Aflojó la presión sobre mi brazo—. Sé que no lo haces a propósito, pero de verdad que haces que me sienta idiota; eres mucho más listo que yo y lo sabes, y me lo restriegas por la cara sin querer.

Andy no era de los que sueltan discursos, pero desde luego esa tarde estaba recuperando el tiempo perdido. Si los del equipo de fútbol le hubiesen escuchado, les habrían entrado náuseas. En cuanto a mí, estaba ardiente de excitación.

—Yo... no tenía ni idea —contesté—. Lo siento... —Andy estaba distraído, se había fijado en la marca que me habían dejado sus dedos en el brazo.

—Joder, perdona, tío; no quería hacerte daño en el brazo.

Entonces sucedió.

Andy estaba soltando una especie de resoplidos mientras me pedía disculpas y miraba alrededor con aire avergonzado cuando, de repente, clavó su mirada en mis ojos azules y suplicantes. Supongo que yo era incapaz de ocultar por más tiempo mis ganas, del mismo

modo que a él le estaba siendo imposible reprimir las suyas, porque pareció percibir en mis ojos que sí, que estaba dispuesto. Se acercó a mí avanzando sobre los codos, apoyó su mejilla ardiente contra la mía, acurrucándose y tanteándome, y entonces me besó en los labios, respirando agitadamente. Me sentí sin fuerzas y atemorizado, como si me hubiese succionado el agujero del retrete de un avión que volara a nueve mil metros de altura. Recuerdo lo extraño y lo excitante que era sentir su lengua en mis labios y en mi boca, acariciándome los dientes. Nos estábamos besando como si eso ya no se llevase y, ¿quién sabe?, a lo mejor no se llevaba.

Recuerdo un montón de cosas de aquella tarde, cada detalle de lo que hicimos en los treinta y seis o treinta y siete minutos que nos atrevimos a pasar haciendo el amor en aquella habitación, sólo separados de todos los parientes por una puerta barata y sencilla que daba al jolgorio del piso de arriba. Recuerdo más rincones de su cuerpo de los que he llegado a imaginarme del mío y recuerdo haber sentido lo que jamás volví a sentir desde entonces, el arrebato obsceno de ser embestido una y otra vez.

Bueno, bueno, bueno.

El sexo anal es tan abstracto... No se parece en absoluto a nada que cualquier novicia pueda llegar a imaginarse, no tiene por qué ser complicado ni tiene por qué haber sangre (¡por favor!) y, sobre todo, no tiene por qué doler, ni siquiera un poquito. Si hay una sola parte de tu cuerpo que se resiente por la invasión, el dolor será proporcional. Si estás totalmente preparado tanto física, psíquica, como emocionalmente, será un maravilloso dolor proporcional. Es una deliciosa ruptura contigo mismo, una liberación de ese sentimiento de custodia abdominal. La rigidez desaparece —aunque, con un poco de suerte, no del todo— y te quedas gozando de una indefensa relajación interior. ¿Existe al-

go más sexy? La esencia del sexo no reside en la intensidad de la estimulación física, sino en el grado de abandono: hasta qué punto puedes dejarte llevar.

¡Y yo me había dejado llevar hasta el séptimo cielo!

¡Vaya por Dios! Mis palabras suenan ridículas, ya lo sé, pero supongo que tengo derecho a mostrar cierto reparo en hablar de todo esto ahora; al fin y al cabo, no tuve ningún reparo en el momento clave.

Baste decir que la experiencia fue como un tatuaje: siempre la llevaré dentro de mí (no conmigo, sino dentro de mí), tanto si me gusta como si no, y en los últimos tiempos me viene gustando más que durante los años inmediatamente posteriores. Es lógico que un chico gay como yo adorne el sexo con tanto sentimentalismo.

Tuvimos que parar, a pesar nuestro, cuando nuestro primo de tres años abrió la puerta y pegó un grito estremecedor, seguramente sin motivo alguno puesto que, desde aquel ángulo, era imposible que pudiese ver lo que estábamos haciendo. En fin, doy gracias a Dios de que no estuviéramos en plena acción, porque siempre se oyen esas historias de miedo de las salas de urgencia de los hospitales del estilo de: «Doctor, tengo un problemilla... Por cierto, éste es mi amigo Butchie, y verá... Parece que estamos como enganchados...» Igual que Suzanne Somers en la serie de televisión «Hollywood Wives».

Cuando el niño empezó a correr escaleras arriba, nosotros ya hacía un ratito que lo habíamos hecho también (me refiero a lo de corrernos); dos veces en un solo polvo, una proeza que aún tengo que superar, a pesar de lo que salga en las pelis porno o de lo que digan algunos fantasmones que pululan por ahí. Supongo que el problema soy yo pero, la verdad, cuando estoy solo no le veo la gracia después de la segunda vez y ninguno de mis clientes me ha pagado nunca por una doble.

Sin duda os habréis dado cuenta de cómo me he puesto a filosofar en los dos últimos párrafos. Pido perdón y reconozco que me estoy yendo por las ramas. Podéis ponerme una denuncia. Saltaos algunos párrafos si sois así de impacientes, pero se restan puntos por mala educación.

Después, recogimos un poco y volvimos de repente a la etapa de timidez y vergüenza que había precedido a la etapa de la penetración.

—Ha estado muy bien —masculló Andy.

—Sí —convine.

—Me apetecía —continuó.

—Ya lo sé... A mí también. —Sonreí y miré a mi alrededor—. Creo que ha quedado claro.

—Así que... No sé qué quiere decir esto.

Era la primera vez que tenía que poner nombre a mis emociones después de haberme acostado con alguien, por lo que no vi venir la señal de advertencia. Cuando empiezan a preguntarse lo que significa antes de que se seque el semen, suele querer decir que han disfrutado como bestias, pero que no se sienten cómodos con la idea. Como no sabía qué había que hacer en esos casos, me dispuse a inclinarme hacia delante, ofreciéndole el culo a Andy (podéis denunciarme otra vez), para complacerle.

—Yo tampoco. Significa lo que quieras que signifique; yo te quiero.

—¡Oh, Dios!

Me agarró por los hombros, casi con frialdad.

—Yo también te quiero, te quiero muchísimo y quiero hacer el amor contigo, me gusta... —¡Oh, la sinceridad!—. Pero...

Ese «pero» quedó suspendido en el aire, entre nosotros, mientras la casa temblaba sobre sus cimientos ruidosamente, alrededor nuestro. Pero, pero, pero...

—¿Pero?

La sangre me corría helada por las venas y todavía tenía el culo húmedo y en carne viva.

—Pero... no sé.

—Me importa una mierda lo que sepas o lo que dejes de saber. —Me subí los pantalones y empecé a abrocharme el cinturón con torpeza—. Has dicho que me quieres, ¿cuál es el problema?

¿Qué tal «estupro», «incesto», «homosexualidad»? ¿Cualquiera de los tres?

No olvidemos que yo era un crío por aquel entonces; al principio estaba seguro de que su reticencia era por el hecho de tener que admitir que era gay. Me gustaría estar tan seguro de eso en la actualidad, pero la verdad es que puedo haber estado subestimando al primo Andy durante todos estos años. Seguramente, el problema tenía que ver con algo más que con la homosexualidad. Tal vez tuviese que ver con la sexualidad en general.

Tenía la mirada vacía, con una expresión muda en su cara que quizás a alguien le recuerde aquello de «voy a dejarte por ninguna razón en especial».

—Te he querido desde mucho antes del día de hoy y voy a seguir queriéndote, ni más ni menos, pero...

—¿Qué es eso de «ni más»? ¿Me metes la polla y ahora me vienes con que sientes por mí lo mismo que has sentido toda tu vida?

Empecé a chillar como un histérico. Perdí el control sobre mi cuerpo por segunda vez en la misma tarde (contando la relación sexual como una vez en lugar de dos, puesto que cada orgasmo sólo era un punto álgido en mi pérdida de conciencia general). Quería que me tragase la tierra.

Andy me puso la mano en la boca con la suficiente fuerza como para que me mordiera la lengua y con la otra me envolvió la cintura, atrayéndome hacia sí, esta vez con absoluta frialdad, asexualmente, sin doble intención.

—¡Hostia puta! ¿Quieres cerrar la boca? ¡Va a venir todo el mundo a ver qué pasa!

¿De verdad le importaba? ¿O tenía más miedo de lo que yo pudiese decirle?

Luché con él inútilmente y al final perdí la batalla con lágrimas. Antes había estado a punto de echarme a llorar porque Andy tenía novia y ahora lloraba porque mi vida entera había dado un vuelco asqueroso, alguien me la había arrancado, la había estado masticando y ahora la escupía. Intentó consolarme con más delicadeza, acariciándome el pelo, pero yo sólo sentía repulsión, y el odio me dio el poquito de fuerza con el que conseguí derribar al todopoderoso atleta y echarme encima de él con la suficiente violencia como para dejarlo sin aliento.

El resto, como suele decirse, es historia. Me fui arriba, salí de la casa y eché a correr antes de que nadie supiese lo que había pasado. Fui corriendo y luego caminando los veinte kilómetros hasta mi casa, siendo poco práctico pero avanzando con admirable determinación. Además, me aseguré de estar lo bastante lejos de la carretera principal para no tener que encontrarme con los coches que salieran en mi busca.

No volví a llorar hasta ocho años más tarde.

Andy no fue a buscarme. Más tarde me enteré de que había salido corriendo detrás de mí y luego se había encerrado en su cuarto durante el resto del día. La verdad es que también se retiró de la vida. No, no se suicidó ni nada por el estilo; los homosexuales ya no tenemos que hacer esas cosas. Sencillamente, dejó de vivir. Se dedicó más que nunca a los deportes, consiguió una beca, se fue. También he oído que ahora va a por la competición profesional, sea lo que sea lo que eso signifique.

Se casó con Jennifer el mes de junio pasado y huelga decir que ésa fue una de las bodas a las que no asistí.

Oh, si hubiese podido ser la florista, habría ido; pero eso no era posible, más que la florista tendría que haber sido el padrino.

No he vuelto a ver a Andy desde aquel día, menos una vez, hace poco, que vi su foto en la sección de deportes de algún periódico.

Después de aquello, toda la familia creyó que yo estaba loco, saliendo de la casa de aquella forma y sin ningún motivo y apareciendo en la mía a las tantas de la madrugada. Mis padres (sobre todo mi madre, que se alegró mucho en su interior) aceptaron complacidos mi negativa a volver a casa de tía Dell. A ésta le destrocé el corazón, pero la vida es dura. No era nada personal.

CONFESIÓN 5

SOY CURIOSO

Después de Andy, Andrew, Joe y yo mismo —no por ese orden necesariamente— tendría que decir que la persona más importante de mi vida era Gregory. Era uno de mis clientes, pero también un valioso maestro y amigo. Aquel hombre de ochenta años, vestido impecablemente y de exquisitos modales, todavía tenía una figura espléndida cuando se reclinaba; era el único cliente al que hice una felación y me cuesta un poco admitir que una vez incluso me lo tragué todo. Si alguien cree que es difícil disuadir a un chico joven, musculoso y cachondo de que se corra en tu boca, debo decirle que, sencillamente, negárselo a un anciano resulta de lo más deprimente. Es como jugar a la ruleta rusa pero con proteínas.

Gregory se puso en contacto conmigo a través de Lucy, la camarera de una minúscula cafetería italiana de Hyde Park. Moda Fromaggia estaba a una manzana del lugar donde viví durante mis años perdidos de la facultad, y pasaba muchas tardes libres cenando allí con un libro del estilo de *Los diarios de Andy Warhol, Vida y milagros de Matt Dillon* o *Cómo entender la prostitución masculina.*

Lucy era una alcohólica, una vieja cursi que podía sentarse a tu lado y enterarse de la historia de tu vida con pelos y señales en tan sólo cinco minutos. Creía

que había hecho eso conmigo, pero en realidad lo único que sabía de mí era que soy un chapero. Con una revelación como ésa en su poder, me dijo dos cosas: la primera, sexo seguro; la segunda, que se quedaría con el veinte por ciento de comisión por cada cliente que me consiguiese. Le dije que le daría el veinticinco por ciento por cada hombre que acabara siendo cliente mío, puesto que no necesitaba cuerpos nuevos e incluso cuando alguno de los doce clientes habituales —más o menos— que tenía se mudaban, morían o desaparecían sin dejar rastro, era ridículamente selectivo a la hora de escoger sustitutos.

Justo después de que John, el sastre negro y honrado padre de familia, muriese repentinamente de un ataque al corazón (fue su mujer quien me informó de ello, habiendo encontrado mi número de teléfono en su agenda y suponiendo que yo era uno de sus clientes), Lucy me llamó para darme el nombre de su primer y único «contacto».

—Tengo a este viejo —susurró en tono de conspirador en el auricular— y todos los chicos de la UC dicen que es *mariquita.*

Para Lucy, los estudiantes de la Universidad de Chicago iban a clase a algún lugar místico llamado «laúce», y «mariquita» era la manera anticuada de decir «gay». Con el espectacular aumento del número de mariquitas radicales en todo el mundo, la buena de Lucy se quedó tan atrasada en su vocabulario que, de hecho, estaba a punto de atrapar a los más modernos. Es cosa sabida que llega un momento en que las cosas pasadas de moda de repente vuelven a ser lo último. ¿Quién habría dicho que un insulto llegaría a convertirse en un arma arrojadiza?

—Vive en la residencia de estudiantes que hay enfrente del lago, en el viejo hotel que convirtieron en edificio de estudiantes en los sesenta.

Según la leyenda, a los ocupantes originales de lo que había sido un hotel/residencia les dieron la opción de quedarse, pero la mayoría se largó. ¿Por qué querría nadie de mediana edad vivir en un edificio que habían convertido en residencia de estudiantes? Puede que por miedo a buscarse un nuevo lugar para vivir, por pura cabezonería o tal vez por el deseo de convivir entre jóvenes y vitales estudiantes, la verdad es que todavía quedaba un puñado de carcamales viviendo en algunas de las habitaciones laterales del Lake Shore, treinta años después de que los primerizos gilipollas empezaran a mudarse al lugar. Según parecía, uno de estos residentes de toda la vida era este viejo personaje, el señor Knopf.

Gregory Knopf había ido a Moda durante años y Lucy siempre había sospechado que le gustaban los tíos, observando cómo miraba a los lavaplatos. Después de espiar algunas de las conversaciones de los tíos de la fraternidad acerca del vejestorio, Lucy decidió hacerse amiga de él, charlando y descubriendo que era increíblemente entretenido, extremamente franco y un hombre desesperadamente solo. Una vez, hablando de su único amigo homosexual (yo), Lucy sacó a relucir mi profesión y Gregory, ni corto ni perezoso, le dio su tarjeta guiñándole un ojo.

No pude resistir la tentación de conocer a Gregory después de oír las alabanzas que Lucy le dedicaba; hacía que pareciese el hombre más interesante del mundo y, además, también sentía cierta curiosidad morbosa ante la idea de acostarme con un octogenario. ¿Sería un fósil a punto de palmarla? ¿Estaría arrugado como una pasa? ¿Sería capaz de follarme a una momia?

Conocí a Gregory en su espaciosa y desordenada suite de la planta superior del viejo Lake Shore, en sus orígenes un hotel de primera en cuya sala de baile se celebró la boda de la hija de Teddy Roosevelt y, posterior-

mente, una lujosa mansión residencial con vistas al lago para jóvenes indolentes. En los últimos tiempos —más o menos un año antes de que yo naciera—, el Lake Shore se había convertido en una simple residencia de estudiantes para los ricos, para genios esnob sin vida social ni clase. Atrás quedaban los viejos días de gloria, bruscamente ahuyentados por la vulgaridad, la juventud y la moqueta de poliéster multiuso.

Nadie se fijó en mí mientras iba caminando en dirección a las habitaciones de Gregory: todavía no hacía tanto tiempo que había dejado atrás la facultad como para levantar las sospechas de los guardias de seguridad. Para ellos simplemente era otro maldito estudiante blanco, una queja en potencia de que la presión del agua en mi habitación era insuficiente.

Gregory apareció en la puerta, rodeado por una increíble vista del lago por la que habría merecido la pena pagar varios miles de dólares al mes si no fuera porque estaba incrustada como una sanguijuela en el corazón de la sórdida zona sur de Chicago, aunque, eso sí, junto al acogedor Hyde Park.

—¡Hola! ¡Hola! —me saludó efusivamente. Era un vejestorio tipo John Gielgud pero con las articulaciones un poco más ágiles—. Pasa, por favor.

Gregory aparentaba sesenta años, no ochenta, e iba vestido con una vistosa chaqueta de punto que hacía juego con sus pantalones, zapatos, camisa y anillo. Era una visión del otoño en marrones, grises, un ligero toque de lavanda y óxido. Su mata de pelo invernal amarillo-blanco era el complemento lógico a su sonrisa de otoño. Vaya, lo de «sonrisa de otoño» me suena a vieja canción de los Carpenters. En general, Gregory era una vieja cabra atractiva de los de antes.

El apartamento de Gregory estaba lleno de libros y adornado con láminas de pájaros, gatos, ratones... cualquier cosa viva y pequeña con corazón diminuto que

late con fuerza. Me sentó en un diván que muy bien podría haber servido de asiento en otros tiempos a un general revolucionario y a su amante, y luego desapareció para ir en busca de una botella de Evian para mí y un té helado para él.

—Bueno, bueno —sonrió, al regresar con las bebidas—. Cuéntame algo de tu vida... Quiero saber el rumbo que tomará nuestro romance.

Bebí un sorbo y lo frené:

—No sé qué es lo que te habrá dicho Lucy, pero no vamos a tener un romance exactamente.

—Claro que vamos a tener un romance, por supuesto que sí. —Gregory era bastante inflexible en este punto—. Naturalmente, sé que te pagaré... lo adecuado a un chico tan bien parecido (intenté sonrojarme), por el sexo. Eso ya lo sé. Pero seguramente un muchacho de tu experiencia... debes de llevar por lo menos diez años haciendo esto (intenté no matarle), seguramente te das cuenta de que es imposible acostarse con alguien sin que haya algún tipo de romance de por medio.

Me reí a carcajadas y Gregory se rió conmigo, aunque sin ninguna duda lo que estaba diciendo iba muy en serio.

—Ya veremos, Gregory, ya veremos.

Solía pasar todas las mañanas del sábado en casa de Gregory, tres horas de conversación que al principio me trastornaban y luego me fueron interesando cada vez más. Su capacidad de observación rivalizaba con la mía, y sus conocimientos sobre las vidas de sus convecinos estudiantes eran tan amplios que parecía pasarse la vida pegado a las paredes de todos ellos a la vez.

—La chica de la 612 está embarazada, como lo oyes —me dijo una vez, con los ojos abiertos como platos por la impresión—, y la muy estúpida cree que puede tener el niño y luego volver a estudiar cuando empiece a llevarlo a la guardería. —Chascó la lengua—. ¿Sabes

qué? Dios no inventó los abortos así, por las buenas. Un escándalo... una tragedia... pero ¿y si no, qué? ¿Una madre de dieciocho años? ¿Te lo imaginas? Sí, claro que te lo imaginas, están por todas partes. Me gustaría que la gente fuese estéril hasta que cumpliese los treinta, que es cuando serían mejores padres de todas formas. Su madre es la que la ha convencido para que no aborte. Resulta que sé que la mujer se acostó con uno de los guardias de seguridad cuando vino a visitar a su hija en el día de la Madre. —Dejó de hablar para masticar una galletita salada—. Una católica típica, mucho hablar y ninguna moral.

Al principio, Gregory nunca quería sexo. Cuando yo sacaba el tema, se burlaba de mí diciendo:

—Paciencia, jovencito, paciencia. Ya llegará el momento; pero antes de llevarte a la cama, quiero que lo desees como mínimo la mitad de lo que yo lo deseo.

Cada vez que nos veíamos, se le ponía dura al arrancar el cheque de su talonario. Siempre me marchaba confuso, pero más rico, menos el veinticinco por ciento de Lucy.

CONFESIÓN 6

SOY UN LIBRO ABIERTO

A la mañana siguiente de la melancolía de Andrew, podría haber estallado la Tercera Guerra Mundial y yo ni me habría enterado. En la calle podría haber un alboroto con gente gritando y chillando y tirándose de los pelos porque les perseguía el monstruo del lago Ness por la calle de Lake Shore Drive, pero ese día dormí como un tronco hasta las tres de la tarde. Estaba agotado después de mi lucha por librarme de Joe y después de la lucha con Andrew por librarse de mí. Todo ese ejercicio requiere una gran dosis de energía de un chico como yo.

Abrí los ojos y vi a Andrew encaramado en la silla que había junto a mi cama y sentado en plan indio, con el ceño fruncido por el esfuerzo que estaba haciendo al leer un libro: Stephen King; no era de extrañar puesto que las selecciones literarias de Andrew solían figurar en las listas de superventas de cada temporada.

—¿Qué haces? —le pregunté, lanzando un gruñido. Tenía los ojos llenos de legañas después de tantas horas de sueño.

Me miró y ladeó la cabeza.

—Has dormido tres días, es lunes.

—Ya. —Me di la vuelta y pensé: «¿Por qué no te metes aquí conmigo?»

—Estaba esperando a que Cenicienta se despertase para que el Príncipe Azul pudiera extenderle una invitación formal.

Cuando me volví para mirarlo, era yo quien tenía fruncido el ceño.

—No era Cenicienta la que dormía, ésa era la Bella Durmiente. Pero claro, tú eso no puedes saberlo porque como solamente lees rollos de cadáveres y asesinos con hachas...

Se tiró encima de la cama y empezó a hacerme cosquillas por todas partes; la cosa se parecía bastante a la escenita que habíamos protagonizado la noche anterior. No tengo cosquillas, y además odio que me hagan cosquillas.

¿Es que no iba a aprender nunca? Tenía suerte de que no me hubiese dado un codazo en la pierna equivocada porque acababa de despertarme de un sueño húmedo y ahora me encontraba con otro delante de mis narices.

Le dije con voz de malo que parase y me hizo caso.

—Bueno, ¿y qué? ¿No me vas a preguntar de qué va la invitación?

—¿Qué? —bostecé.

—Bueno, es algo muy solemne...

Puse cara de escepticismo. Se lo estaba pasando bomba, con su sonrisa antes ausente y que ahora hacía una aparición radiante. El tío se estaba paseando con los pantalones de mi pijama rojo de seda, un regalo de un juez con muy buen gusto. Le lancé una risilla maliciosa.

—No es que me importe que lleves puestos mis pantalones —le dije, apretando los dientes—, pero ¿me vas a decir por qué coño los llevas aquí, en mi habitación, y te pones a leer un libro mientras esperas a que me despierte? Venga, suéltalo ya.

Se inclinó hacia mí rozándome la oreja; la proximidad física desbordaba mis sentidos con falsas expecta-

tivas. A veces estoy convencido de que lo hacen a propósito.

—He encontrado el pijama en la cesta de la ropa sucia, así que eso es jugar limpio. —Estaba bien eso de que Andrew se refiriese a mi cesta de la ropa sucia como si fuese ropa para caridad—. El libro se lo he pedido prestado a tu aprendiz, Joe, y la razón por la que estoy esperando a que te despiertes es porque estoy un poco nervioso por la pregunta que voy a hacerte.

El comentario sobre Joe me hizo pensar que tal vez Andrew sabía de qué iba el rollo con él. A lo mejor Andrew era más avispado de lo que yo creía, la verdad es que no era tonto; yo sólo quería que lo fuese para que no pudiera joderme la vida tan fácilmente.

—Sí, me casaré contigo.

Se cruzó de brazos con ademán desaprobador.

—Caliente, caliente; no vas mal encaminado. Se trata de una boda, pero no de la nuestra. Mm... yo... quería pedirte que me acompañaras a... este... la boda de mi novia.

Me tapé la cabeza con las sábanas, pero sólo unos instantes porque Andrew volvió a destaparme.

—¡Ni hablar!

—¿Por qué? —Sabía que acabaría acompañándolo de todas formas, me gustara o no—. Te lo estoy pidiendo en calidad de amigo porque sé que esto va a ser un mal trago para mí; no me gusta la idea de que Jill se case, aunque ya no sienta nada por ella, y tengo la sensación de que si voy lo pasaré fatal.

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—Te voy a necesitar como apoyo moral, como a un entrenador. Eres el único que me ha llevado a los bares de ambiente, tú me presentaste al primer hombre con el que hice algo...

Era verdad, aunque parezca increíble. Lo llevé a una fiesta que había organizado un concejal amigo mío,

una velada gay, y tuve que contemplar, sin poder hacer nada, cómo una réplica de Andrew lo arrancaba de mi lado y se lo llevaba escaleras arriba hacia las habitaciones. Si hubiese habido una pistola en la casa, me los habría cargado a los dos y luego me habría cargado a todos los demás sólo por despecho. Para colmo, ni siquiera le gustó la experiencia; la cosa había sido un poco rara, según me contó Andrew, aunque no conseguí que me explicase qué había querido decir con eso de «rara». Con lo verde que estaba Andrew, algo como el sexo oral podría haberle parecido exótico.

Nunca llegué a saber la historia completa, pero lo que se me quedó grabado fue cuando más tarde, una vez en casa, Andrew me abrazó y me dijo:

—A pesar de que no puedo hablar del tema ahora mismo, el simple hecho de tenerte aquí a mi lado es muy importante para mí. Gracias, tío... eres el mejor.

Había habido otros hombres en la vida de Andrew, normalmente habían sido romances cortos, enfermizos y decepcionantes. El único rollo que tuvo de alguna importancia duró cuatro meses e hizo que yo engordara diez kilos y empezase a fumar de nuevo. Dejé de fumar cuando Andrew abandonó a su novio y perdí doce kilos, muchas gracias.

Lo cierto es que nunca me insinué abiertamente a Andrew, no porque yo fuese el «mejor», sino porque sabía que me rechazaría, y nunca permitiría que nadie me humillase de aquella manera. La sumisión es una cosa, pero todo tiene un límite. Yo sabía que él tenía en mente la posibilidad de acostarse conmigo, pero que había algo que lo detenía. Su negativa opinión sobre mi carrera tenía todos los números de ser la causa más probable, razón por la cual habíamos pasado un año entero viviendo juntos sin insinuaciones propiamente dichas... tan sólo juegos inocentes. Fue un gran alivio para mí el día en que Andrew me confesó que nunca había ido

más allá de la masturbación mutua con su novio; no estaba emocionalmente preparado para llegar más lejos. Las pajas no cuentan como hazañas sexuales: yo todavía podía ser el primero para Andrew.

Todo el mundo tiene su propia opinión sobre lo que cuenta como sexo y lo que no. En la universidad había tres chicas coreanas (compañeras de piso) que me juraban y perjuraban que cualquier actividad imaginable que no implicase la rotura del himen, las dejaba seguir siendo vírgenes. Esto las convertía en tres chicas para salir excepcionalmente divertidas cuyas experiencias sexuales incluían la penetración anal, las prácticas lésbicas y el sexo oral durante horas. En vista de lo ridículas que me parecían las tres, no puedo justificar el hecho de considerar que los trabajos manuales no tuviesen la categoría de sexo «verdadero». Supongo que en aquellos momentos me resultaba más fácil pensar que Andrew todavía era virgen. Ahora podéis cortarme el rollo si queréis.

De vuelta al tema de la boda.

—Por segunda vez en dos días, ¿adónde quieres ir a parar, Andrew? —Se encogió de hombros—. ¿Y qué te hace pensar que voy a aceptar algo así? ¿Qué pasa si alguien insinúa algo? ¿No te das cuenta de lo que va a pensar todo el mundo si nos ven llegar a una boda agarraditos del brazo los dos?

Andrew se quitó el peso de encima con determinación:

—¿Y qué? ¡Que piensen lo que les dé la gana! Además... —Cerró un poco los ojos con perspicacia, endulzando su tono de voz—. Te doy permiso...

—¿Permiso? ¡Me da permiso ahora! —Yo sólo bromeaba.

—¿Me dejas terminar? Te doy permiso para ser mi pareja gay a los ojos de todos; te estoy pidiendo que seas mi pareja en la boda.

La trama cobraba interés.

—¿Podemos hacer la loca en Hadley, Minnesota?

Fuego rápido.

—Sí, podemos hacer el mariposón si tú quieres.

—¿Podré decir lo que quiera?

—Todo lo que tú quieras.

—¿Y hacer todo lo que quiera?

—Todo, todo, todo.

—¿Y hablar de cosas de maricas poco apropiadas en los momentos más inoportunos?

Andrew levantó las manos.

—¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Puede ser una demostración en toda regla si quieres, o más sutil y manipuladora.

Compartimos una malévola sonrisa burlona. La idea de insinuarles a los habitantes de Hadley que nuestra relación era gay era incluso más perversamente seductora que aparecer vestidos de *drag queens* en la plaza del pueblo. Todo el mundo se preguntaría, muertos de curiosidad: «¿Lo serán o no lo serán?», con el único fallo, por supuesto, de que no lo éramos. Aun así, a lo mejor sería divertido; algo así como hacerlo en mi propia ciudad, pero con la ventaja de que en Hadley no conocía absolutamente a nadie. Además, quería creer que esto era una especie de prueba para Andrew, un ensayo general para una posible relación. No hay nada malo en practicar, siempre y cuando la práctica lleve a la perfección.

Me miró con ojos bobalicones y acepté de mala gana alquilar un coche y conducir hasta el sur de Minnesota para asistir a la boda de una mujer cuya defunción imaginaria mi amado había celebrado con tanto regocijo unas pocas horas antes.

El alquiler del coche era asunto mío puesto que yo era el rico de la película; estaba tan acostumbrado a que en mi trabajo me agasajaran gratis que lo cierto es que me gustó la idea del cambio de papeles. A lo mejor tam-

bién por eso le hacía una rebaja en el alquiler. Mmm... ¿una especie de padrino?

Andrew estaba como un flan ante la perspectiva de ir a la boda, y ver a Andrew como un flan era todo un espectáculo. Caminaba por todo el apartamento de puntillas con una sonrisita estúpida en la boca y se ponía a brincar y a bailar mientras hacía cosas como abrir una lata de melocotón en almíbar o preparar el café. Está tan lleno de vida, tiene un corazón tan despreocupado que yo no pensaba que existiese gente así (aunque lo cierto es que, cuando encuentro gente así, lo que suelo hacer es burlarme de ellos). Es una de las cosas que me hicieron enamorarme locamente de él... Mientras bailaba, yo deseaba que se pusiese a bailar encima de mí, cara a cara en la cama, aunque sólo fuese para que se me pegase una parte de esa energía.

Por encima de todo, creo que lo que me volvía loco de Andrew era su absoluta normalidad. Leía best-sellers número uno, se ponía las prendas de la cesta de la ropa sucia, iba de compras al Gap, tenía ex novias... incluso tenía amigos. Era la clase de chico que se pasaba una hora y media hablando por teléfono con su madre todos los viernes para ponerla al día. Él era el hijo que mis padres nunca tuvieron y se parecía más a Andy de lo que yo quería reconocer. Envidiaba esa normalidad, esa normalidad y esa alegría por estar vivo, y ese carácter tan mandón, y su pecho, no olvidemos su pecho.

Andrew es listo, pero su capacidad de atención se parece bastante a una de esas comedias de situación. Veintidós minutos, los anuncios y ya está listo para emprender un nuevo capítulo de su vida. Su trabajo le iba como anillo al dedo: era el encargado del videoclub Blockbuster. Mirar hasta que te aburras, pausa. Si me hubieran dado diez centavos por cada película gratis que vi durante aquella temporada, incluso podría haber sobornado a Andrew para que me follara.

De hecho, Andrew había conocido a Jill en un videoclub familiar de Hadley y ahora Jill se casaba con su propio primo, un pedazo de bruto al que Andrew siempre había temido durante el tiempo en que salieron juntos. El novio, Abe para los amigos, siempre aparecía en las fiestas de Jill y daba la impresión de que sentía algo más que simple cariño fraternal hacia ella. Jill le dio la vuelta al asunto diciendo que todo era fruto de la imaginación desbordada de Andrew, pero cualquiera que conozca a Andrew sabe que carece de imaginación, así que ahí queda esa teoría. Al final, Andrew acabó por olvidarse del tema porque Abe se alistó en el Ejército y pasó a mayor gloria en la liberación de Panamá. De hecho, todo el mundo le dio por muerto durante un mes, hasta que resultó que había desertado. La verdad es que quedó exento después de un examen psiquiátrico. Los rumores decían que llevó el lazo amarillo de «Solidaridad con nuestras tropas» hasta que se le destiñó y se convirtió en un lazo blanco de «Derechos de ciudadano retirado».

Jill y Abe tenían todos los números para que les salieran unos hijos muy guapos. A fin de cuentas, de lo que no se ocupara el incesto se haría cargo la inestabilidad mental hereditaria.

Yo estaba dando saltitos en la ducha, divirtiéndome con la idea de ser la pareja de Andrew en una boda de paletos. ¡Andrew me había dado carta blanca! Podría decirle a todo el mundo que Andrew y yo éramos gays e incluso podría hacerles creer que estábamos enrollados si me daba la gana.

Era el siguiente paso en su proceso de salir del armario, lo cual no dejaba de entrañar sus riesgos, teniendo en cuenta la reputación del novio y el hecho de que la multitud de invitados a una boda cuyo banquete se celebraría en el salón Alce —Hadley, Minessotta— seguramente no estaría demasiado familiarizada con el

movimiento gay; pero cuando llegas a los veinticinco y no recuerdas cuándo fue la última vez que disfrutaste de verdad con el sexo, te mueres de ganas de tener un poco de diversión. Me encantaba la idea.

Cuando salí de la ducha y me puse los vaqueros y una camiseta de rugby, oí la voz de Andrew hablando con alguien en el comedor. O había llamado su madre o el casero se había dado cuenta de que yo había cambiado la asquerosa puerta del apartamento por una nueva y flamante de color blanco... lo sé, soy un poco quisquilloso.

Pero cuál sería mi sorpresa cuando encontré a Joe en el comedor hablando con mi Andrew. Sí, claro que vivía allí, pero casi nunca se acercaba al comedor, siempre prefería hibernar en su área privada o tal vez adivinaba el disimulado fastidio que me provocaba que apareciese ahí, estorbando, de vez en cuando.

—Hombre, Joe — «¡Hombre! ¿Joe?»—. ¿Qué te trae por aquí? ¿Necesitas algo? —«¿Necesitas a Andrew?»

No me gustaba nada verlos a los dos en el mismo escenario, Andrew en descarados pantalones de pijama de seda y Joe en descarada ropa de hacer jogging: pantalones cortos ceñidos de color negro, una breve camiseta blanca y zapatillas de deporte rojas, desabrochadas y sin calcetines. Entre los dos, llevaban menos ropa de la que yo llevaba debajo de la mía.

—No, la verdad es que no —contestó—. Sólo le estaba pidiendo a Andrew si podría traerme una película esta noche.

¿Joe al desnudo?

—¿Cuál?

Andrew sonrió.

—Este mocoso quiere que le traiga una peli porno.

—Tengo la edad. —Joe le siguió el juego. En Blockbuster ni siquiera hay películas porno, sólo comedias con algo de sexo.

—¿Cuántos años tienes, Joe? —¡Vaya! De repente, Andrew se había convertido en el biógrafo de Joe.

—Diecisiete y medio.

A veces costaba creer que Joe no intentara ir de guapo a propósito. El descaro no tiene género. En aquel momento, lo único que le faltaba era una gorra con propulsor, y lo único que me faltaba a mí era un objeto contundente.

Joe coqueteaba con todo el mundo, lo cual no significa que yo me pudiese acostumbrar a ver cómo coqueteaba con Andrew. Puedo ser muy posesivo: o es eso o es que soy una auténtica zorra.

—Oye, Andrew me ha dicho que vais a una boda la semana que viene.

Me senté en un enorme trono que había rescatado de un club que cerraron y empecé a hojear los cómics, pero no encontré nada que no me pareciese normal comparado con la escena que se estaba desarrollando delante de mis narices. El bueno de L'il Abner estaba por ahí contemplando divertido mi reacción ante Joe.

—Pues sí. Seré su pareja, puede estar bien... —¡Chúpate ésa!

No le estaba cortando el rollo a Joe ni me sentía especialmente cruel por ello. No me gustaba verlo exhibiéndose allí dentro. Sentía muchísimo afecto por el picarón de Joe, pero era un dilema emocional sobre dos patas. El flechazo que sentía por mí le convertía en una imagen refleja andante y parlante de mis luchas con Andrew, y además era un trozo de carne fresca sexualmente muy atractiva.

Por la expresión de Joe supe que se había percatado de la situación. Sabía que su compañía no era bien recibida.

—Bueno, ya me contaréis cómo ha ido.

Se encogió de hombros, sonrió y nos dijo adiós; luego empezó a correr nada más traspasar la puerta. La

mirada de Andrew pareció posarse sobre él un poco más de lo estrictamente necesario; tenía un aire pensativo, pero lo cierto es que resulta difícil no quedarse mirando a un exhibicionista, aunque sólo sea por el elemento carnavalesco que conlleva.

Yo me sentía bastante confuso respecto a aquello, preocupado como un paranoico pensando que tal vez Andrew sintiese un repentino flechazo por Joe, lo cual no sería nada extraño. Los colores primarios de los cómics brillaban delante de mí mientras intentaba concentrarme en alguna viñeta en particular. Esta actividad duró unos... dos segundos.

—¿Desde cuándo sabes que Joe me va detrás?—le pregunté airadamente, apartando el cómic.

Andrew había cerrado la puerta, apoyándose contra ella, sellándola del todo y dejando lo que había fuera irrevocablemente fuera. Tenía un aspecto increíble apoyado en la puerta alta y blanca. Tal vez, de forma inconsciente, yo había sustituido la puerta vieja sólo para colocarle a Andrew un marco mejor. Luego adoptó una de sus posturas más deliciosamente espontáneas, inclinó la cabeza y sonrió con sorprendente reserva, sin su franqueza de siempre. Vaya, aquello no me gustaba nada.

—Desde que sé que tú me vas detrás.

CONFESIÓN 7

SOY UN ROMÁNTICO

Esa misma tarde, un poco más tarde, yo estaba sentado en el estrafalario diván de Gregory, disfrutando de un momento de paz después de veinte minutos de conversación. Me llamó la atención una fotografía, un imponente retrato color sepia en un marco de latón. Aquel rostro en dos dimensiones podría haber servido como arquetipo perfecto de la belleza masculina; era la fotografía de un hombre de tez morena, con una amplia mandíbula y unos rasgos impactantes: ojos profundos, pelo ondulado y engominado, labios anchos sin el menor rastro de alegría pero con una incuestionable promesa de habilidad y posibles detalles de ternura, y cejas interminables.

—¿Quién es ése? —pregunté perezosamente mientras Gregory me observaba—. ¿Era tu marido?

No me respondió enseguida y cuando me volví a mirarlo percibí el último resquicio de una expresión de perplejidad. Por segunda vez en dos días, había hecho, inocentemente, una pregunta cargada de emoción para mi interlocutor sobre una fotografía enigmática.

—Bueno, pues sí, supongo que ése era mi marido —suspiró Gregory. Se detuvo y a continuación siguió lanzando una retahíla de atropelladas palabras—. Fue mi amante durante muchos años y yo le quería muchí-

simo. Vivimos juntos durante un cuarto de siglo; tuvimos una relación amorosa que duró treinta años antes de mudarnos aquí. Sí, podría decir que era mi «marido»... Desde luego, no era mi «novio».

—¡Qué fuerte! —Yo estaba impresionado. Una relación (un rápido cálculo matemático con los dedos de la mano) de cincuenta y cinco años entre dos hombres. La mayoría de los gays se sienten como si estuviesen casados al cabo de dos semanas. Yo mismo ni siquiera había tenido una relación en mi vida, ni una siquiera; pero mi dote era algo impresionante.

—Renaldo —pronunció en voz alta, leyéndome el pensamiento—. El hombre que me mantuvo en vilo acerca de sus sentimientos hasta el día en que se vino a vivir conmigo. Cuando se divorció y empezamos a vivir juntos, supe de verdad que me quería.

—¿Un divorciado?

—¡Sí, sí! —Rió, con los ojos brillantes de alegría y luego añadió—: Verás, Renaldo y yo ya éramos amantes aquí, en el Lake Shore, cuando apenas éramos unos críos, pero sufrimos muchos... altibajos... y acabó casándose con una mujer a la que quería como a una hermana, pasó por la aventura de tener hijos para luego renunciar a ellos... por mí.

¡Era demasiado! De repente, lo de Andrew me pareció del todo trivial, Renaldo era Andrew elevado al cuadrado. Yo no sabría qué hacer si Andrew se casase. Miré a Gregory con renovado respeto y, después de echarle otro vistazo a la foto de Renaldo, también con envidia. Gregory era un jubilado aún atractivo pero, para enrollarse con Renaldo, de joven debió de haber sido un auténtico Valentino.

Gregory sonrió.

—No he hablado de Renaldo desde hace siglos... Murió en agosto a los ochenta y dos años, y ninguno de nuestros amigos comunes está vivo excepto su herma-

no, que no está en condiciones de acordarse; lo cierto es que está fatal. —Me vinieron a la mente imágenes de ancianidad decrépita, paralítica y agonizante.

Gregory salió de la habitación y regresó con un plato humeante de estofado de cordero. La comida me resultaba misteriosamente conocida, casi como la que me servían en los comedores universitarios sólo que más sabrosa. Mientras comíamos, Gregory me contó la historia de cómo se conocieron él y Renaldo, una historia de amor más compleja que la mía propia. Tendréis que perdonar la narrativa empalagosa de Gregory, yo lo hice.

Gregory nació y vivió hasta los quince años en Inglaterra, de ahí su peculiar acento. Sus padres habían sido aristócratas, unos esnobs jóvenes y aburridos que no tuvieron que tomarse la molestia de trabajar simplemente porque podían permitírselo, dada la inmensa fortuna familiar que habrían de heredar. Se fueron a vivir a Estados Unidos para estar cerca de sus propios padres, socios y dueños de una empresa que trasladaron a un lugar más rentable: Chicago.

Los Knopf se fueron a vivir al Lake Shore a finales de los años veinte y ocuparon una espaciosa suite en la que acabarían pasando los siguientes treinta años, decorándola con toda clase de antigüedades poco inspiradas y pomposas obras de arte.

A Gregory le aterraban las enormes diferencias entre Inglaterra y Estados Unidos, el país salvaje que, según le habían dicho, había pertenecido a la corona británica hasta que sus monstruosos habitantes se lo arrebataron por la fuerza.

El jovencito Gregory estaba fascinado por los niños de color a quienes, por primera vez en su vida, podía observar de cerca. Los niños negros provenían de familias de clase media que vivían en Hyde Park y eran terriblemente americanos, descarados y repletos de una

vitalidad que Gregory halló ausente en los recuerdos que conservaba de la vieja y amistosa Inglaterra. Se daba por supuesto que Gregory no debía mezclarse con los niños negros; sus experiencias con ellos se veían limitadas a breves encuentros en la parte trasera de las tiendas de caramelos o a los minutos sin la institutriz en el parquecito que había en frente del Lake Shore. Ya de adolescente, Gregory iba en busca de cosas que fueran, de algún modo, diferentes.

También estaba tajantemente prohibida cualquier tipo de relación amistosa con las familias latinas que trabajaban en el Lake Shore como porteros, cocineras y conserjes. Desde el primer momento, Gregory se sintió atraído por lo que él mismo llamó «sus divertidas bromas, su aspecto exquisito y su honesta ética del trabajo». Más incluso que a los negros, a quienes su padre odiaba tanto que se pasaba la vida hablando de ellos, a Gregory le gustaban los latinos, a quienes su padre consideraba mediocres.

El padre de Renaldo era cubano y su madre, italiana. Tenía un año menos que Gregory, pero a los catorce ya estaba físicamente mucho más desarrollado que él. Gregory se había fijado en Renaldo desde el día en que llegó al Lake Shore, pero nunca se había imaginado la razón de su inmensa curiosidad por el otro chico.

—Recuerdo el primer día en que comprendí que deseaba a Renaldo sexualmente —me dijo Gregory, con una sonrisa que pasó de ser leve a convertirse en amplia y abierta—. No lo he olvidado porque también fue el día que follamos por primera vez.

Cuando me reí con disimulo ante su deliciosa desconsideración por el romanticismo, Gregory añadió:

—No te equivoques: la única clase de sexo que merece la pena es cuando ambas partes lo hacen ante todo para darse placer a sí mismos; pero tú eso ya lo sabes, eres un chapero... sabes que los hombres disfrutan co-

mo nunca cuando están contigo, pero que tú no gozas en absoluto. Eso pasa porque lo haces para complacerles a ellos y no a ti.

Mi propio silencio me sorprendió, y Gregory siguió relatando su historia sin más comentarios.

—Nunca olvidaré aquel día... Se había desatado una tormenta de mil demonios, el fragor del oleaje en el lago era más atronador incluso que los propios truenos y las olas eran tan altas que estábamos en alerta por si tenían que evacuarnos a todos. Yo sólo tenía quince años; justo empezaba a tener suficiente confianza en mí mismo para sospechar que era una persona independiente de mis padres.

»Estaba irritado porque el tiempo había arruinado mi excursión secreta de todos los días hasta el lago, cuando se suponía que estaba en la cocina del piso de abajo comiendo algo, o en la biblioteca, o incluso en mi habitación, echando la siesta. Me senté, sintiendo vergüenza ajena por el ritual de mis padres, que consistía en mirar por la ventana sin que importase si pasaba algo o no fuera. Este hábito precedió a la televisión durante más de veinte años. Ese día, yo sabía que la tormenta los mantendría ocupados. Con total tranquilidad (quién sabe si tendríamos que desalojar el edifico y entonces no me encontrarían en la habitación), me deslicé por el pasillo y bajé las escaleras hasta llegar a un descansillo al que solía ir para tener un poco de intimidad y que me proporcionaba un lugar de observación ideal para vigilar las idas y venidas de Renaldo.

El «descansillo», como él lo había llamado, era un rellano de tres metros cuadrados justo encima del hueco de la escalera. Tenía un ventanuco pequeño a un lado y quedaba totalmente oculto por unas cortinas tupidas puesto que nadie lo utilizaba para nada. Nadie excepto Gregory, que podía divisar el hueco de la escalera sin problemas desde esa posición, unas veces asomando la

cabeza entre las cortinas y otras sólo arriesgándose a echar un vistazo desde detrás.

—Renaldo era todo un concepto para mí, el concepto del amor verdadero, más que un simple ser humano. ¡Eso no era considerarlo un objeto, sino convertirlo en un dios! ¡Era un cumplido, no un insulto! —Estaba hablando a la defensiva, como si alguien se lo hubiese echado en cara alguna vez.

Me maravillé ante las furtivas excursiones de Gregory, profundamente celoso de su relación con la pasión más elemental, algo a lo que yo había tenido acceso en alguna ocasión, pero que nunca había podido controlar. Contaba sus experiencias con tanta vehemencia que yo tenía la sensación de que me habían pasado a mí. Siempre que pienso en ellas, o cuando intento explicar alguna parte, me infiltro irremediablemente en la voz de Gregory y veo las cosas a través de sus ojos.

Tal como Gregory lo contaba, a los catorce años Renaldo tenía un cuerpo bien formado, no era todavía el hombre robusto y vigoroso en el que se convertiría más tarde... todavía había zonas blandas entre los músculos, suavidad en su piel y un cierto atractivo femenino que pronto se convertiría en una amenazadora y asombrosa belleza al estilo Marlon Brando. Si su apariencia física —«sus larguísimas pestañas, ojos de liebre, la curvatura sutil y poderosa del labio» (Gregory pretendía continuar)— era femenina en su atractivo, su comportamiento era cualquier cosa menos eso. Renaldo era un chico duro, había crecido desarrollando trabajos muy duros y, prácticamente, sin que nadie se ocupase de él, era un hombrecito que tenía sus propias ideas acerca de cómo había que hacer las cosas. Era capaz de tratar a la gente con la misma dureza con que manejaba las cajas.

Renaldo solía bajar al sótano que había debajo del descansillo privado de Gregory, mientras él permanecía

oculto tras una puerta entornada y recubierta de cortinas viejas y pesadas que colgaban de la ventana que había en lo alto. Los hombros de Renaldo sobresalían de una camiseta interior blanca sin mangas, y sus muslos tensaban el mono de trabajo sucio y desgastado por los años de uso. Su mirada tenía una determinación interna, casi cerebral, como si con su trabajo su cerebro estuviese nutriéndose, fortificándose contra cualquier intrusión. Renaldo era un solitario antes incluso de que el término existiera.

Renaldo siempre sabía cuándo estaba siendo observado. Miraría atrás hacia Gregory, sentado en el descansillo. Gregory se sentiría avergonzado por haberse visto sorprendido mientras espiaba al otro chico desde las cortinas y entonces saldría de su escondite como si no hubiese estado escondiéndose y se sentaría de golpe en el suelo, dejando que sus pálidas piernas se balanceasen entre los barrotes de latón que rodeaban la escalera.

Los ojos de Gregory nunca se fijaban en una parte en concreto de la anatomía de Renaldo, sino en todo su cuerpo. Renaldo dejaría lo que estaba haciendo un instante para hacer un saludo brusco con la cabeza a Gregory; éste se estremecería ante la ligera señal, sin saber si Renaldo lo hacía porque era una «cortesía de clase» o por interés personal.

Gregory sentía una extraña adoración por aquel chico brutote, a quien nunca relacionó con las cosas sucias que, según sus amigos, los chicos hacían a las chicas. Me di cuenta de que era como mi adoración heroica por Andrew, excepto que yo ya entendía desde niño. Gregory sumó dos y dos el mismo día de la tormenta.

Gregory se quedó muy quieto y sentí como si él y yo estuviésemos compartiendo la misma respiración. La habitación echaba chispas con el fantasma de Renaldo.

—Me senté allí, en el descansillo, melancólico por

el tiempo, suspirando por algo, no recuerdo el qué. De repente hubo como una enorme conmoción a mi lado y me sentí abrumado por un fuerte peso contra la puerta, seguido por una sensación de caída mientras alguien abría la puerta con una sacudida. En mi esfuerzo por aclarar la confusión, me encontré tendido en el suelo, mirando hacia arriba mientras Renaldo invadía mi espacio secreto. Dejó la puerta en su posición original y tiró con fuerza de las cortinas, con lo cual quedamos sumidos en la más absoluta oscuridad.

»"Sabía que vendrías", dijo susurrando, chorreando gotas de lluvia desde donde estaba de pie, encima de mí. Yo no tenía ni idea de lo que había querido decir con eso. ¿Mis visitas formaban parte de algún ritual especial?

E.M. Forster era otra persona a la que Gregory me recordaba, o mejor dicho, el personaje de la literatura de E. M. Forster, el ambiente de *Maurice.*

—Sentí que un miedo atroz me revolvía el estómago; el solo hecho de tenerlo tan cerca me aterrorizaba. Intenté ponerme de pie y los brazos de Renaldo aprisionaron los míos, tirando de mí hacia arriba y atrayéndome hacia sí. En mi familia el contacto físico no era algo habitual, y doy gracias a Dios de que así fuera porque, de lo contrario, mi primer encuentro cara a cara con la proximidad física no habría sido ni la mitad de arrolladoramente emocional de lo que fue. Renaldo estaba calado hasta los huesos y tenía el flequillo pegado a la frente haciendo zigzag por encima de los ojos. Sólo llevaba su camiseta de siempre y, pese a la oscuridad, yo distinguía sus pezones morenos a través de la tenue tela mojada. Me atrajo con fuerza hacia su propio cuerpo y yo me resistí, sin darme cuenta de que lo hacía a propósito. ¿Por qué iba a querer abrazarme?

»Pero lo cierto era que sí quería. Me abrazó con todas sus fuerzas, frotó todo su cuerpo contra el mío has-

ta que me sentí al borde del desmayo y entonces me hizo suyo. ¡No habría podido sorprenderme más aunque me hubiesen dicho que había marcianos llamando a la puerta! No tenía ni idea de que era físicamente posible que los hombres pudiesen besarse, con que... ¡imagínate tener relaciones sexuales!

Gregory empezó a reír a carcajadas, recordando la ingenuidad de sus años de juventud, algo que yo no recuerdo haber tenido en los míos. Yo siempre había entendido. En casa, si había alguna revista guarra como el *Hustler* o el *Penthouse Forum,* desaparecía en mis manos para poder aprendérmela de memoria, de forma que a los ocho años mis conocimientos sobre el sexo de cualquier clase ya eran enciclopédicos.

Gregory se echó hacia delante para dar énfasis, gesticulando mientras seguía contando la historia.

—Me agarró de la camisa, con mucha fuerza —Gregory apretó los puños, con fuerza—, y empezó a acariciarme los pezones con los pulgares. Conseguí recuperarme lo suficiente como para calibrar la enormidad de la situación; empecé a chillar y a retorcerme, pero su lengua en mi boca y en mi garganta sofocó los gritos. Sentí como si estuviese lamiéndome toda la cara, devorándome la piel y volviendo a lamerme con más ímpetu y energía. Me mordió los labios hasta que casi empezaron a sangrarme y sentí que mi cuerpo respondía, las piernas me dolían... De repente, estábamos en el suelo, mis rodillas se debilitaban y se volvían dóciles mientras él me las separaba con sus muslos. Le apreté el cuello con las manos y empecé a respirar agitadamente en sus oídos mientras me mordisqueaba la garganta. Empezó a darme besos y mordiscos por todo el pecho, y yo le acaricié por debajo de su camiseta, arañándole la piel. Sin instrucciones, llegué a sus pantalones y tiré con fuerza de su pene, sobrecogido por la extraña soltura y suave elasticidad de la punta. No tardó ni un segundo

en levantarse, arrancarse la camiseta, bajarse los pantalones hasta las rodillas... Tenía una polla enorme, de color oscuro y ligeramente rosada en el prepucio, algo que yo no había visto nunca ni de lo cual había oído hablar jamás, que se convirtió instantáneamente en algo exótico y deseable. Le acaricié las pelotas con las palmas de las manos, masajeándolas hasta que se le encogieron de excitación. Se cogió la polla y empezó a frotársela enérgicamente, con los ojos cerrados y la punta de la lengua en la comisura de los labios. Le puse las manos en las caderas y tiré de él hacia mí; sabía que tenía que comerme su polla, como si probándola pudiese demostrar que era algo real. Se acercó con una pierna a cada lado de mi cara y me lo pensé dos veces... aquello olía a sudor y seguramente hacía días que no había pasado por la ducha, pero también era algo fascinante... ¡aquello era Renaldo! Me la comí. Al fin y al cabo, no era el sabor sino la emoción... la sensación de tener el corazón palpitante de alguien en tu boca. Se sentó a horcajadas en mi cara y se levantó un poco... le chupé los testículos con avidez y gemí cuando de repente me levantó la barbilla bruscamente y me metió la polla en la garganta. No podía respirar... mis ojos se hinchaban mientras él arremetía contra mi boca; sus jadeos y sus suspiros eran mi recompensa por estrangularme la garganta para darle placer. «Eres mi mujer —dijo—, te voy a follar como a una mujer.» Sí, era primitivo pero a mí me gustó.

Dimos un rugido.

—Me dio la vuelta y me quitó los pantalones. Luego me metió un dedo por el culo, rozándome los calzoncillos. Le supliqué que lo hiciera, gimiendo, empinando las nalgas y embistiendo contra aquel dedo brutal. El dedo se convirtió en dos dedos, mojados en saliva... me gustaba tanto dirigir aquellos dedos, dirigir la saliva con la que aliviaba mi escozor... Cuando se sentó sobre mí y me metió la polla solté un grito de angus-

tia. ¡Nunca me habían hecho tanto daño! Intenté escapar, pero me retuvo con el antebrazo. «¡No! —grité—. ¡Para, por favor!» Me embistió una y otra vez, más allá del dolor, y me ordenó que me callara. Después del dolor vino la despreocupada sensación de formar parte de un mecanismo con un látigo resbaladizo. Mi agujero del culo era su polla. Al fin y al cabo, yo estaba hecho como una mujer, una puta para que aquella bestia me follara cuanto quisiera. Sus arremetidas aumentaban y yo quise pedir clemencia de nuevo, pero en cambio le supliqué que lo hiciese con más fuerza y violencia hasta que supe que la estaba sacando del todo para hincarla de nuevo de un modo atroz. Me corrí en los calzoncillos, con los espasmos sincronizados con sus embestidas. Antes de haberme recuperado, sentí cómo se derramaba dentro de mí, goteando cuando se echó para atrás y dio contra la pared. Renaldo estaba jadeando, pero se vistió de inmediato. Yo me quedé inmóvil, con el culo en pompa, y sus gotas de semen resbalaron por mis testículos hasta el charco que la lluvia había dejado en el suelo.

»Se marchó. Cuando se iba, se arrodilló a mi lado, me acarició las nalgas y me dio un beso en la frente sobre el pelo húmedo. "Otro día lo repetimos", se limitó a decir, y desapareció entre las cortinas, casi olvidándose de correrlas bien para que no me viesen.

»De pronto, me había vestido y estaba petrificado... no podía moverme por el temor del descubrimiento que acababa de realizar. "¿Cómo era posible algo así?", me preguntaba mientras subía con paso vacilante por las escaleras hasta mi apartamento. Había olvidado que debía mantener en secreto mi escapada y mis padres sospecharon que había estado deambulando por ahí en plena tormenta mientras creían que estaba plácidamente dormido en mi cama. Me castigaron muy severamente, pero no recuerdo cómo.

Gregory estaba vibrando por la emoción de rememorar su glorioso momento erótico. Me recordó el mío propio, pero su reacción parecía mil veces más intensa, cuando no teatral. Me miró con sus ojillos asustados y murmuró:

—Renaldo...

Mirando a Gregory, en lo único que podía pensar era en Andy.

Me volví hacia él y me puse a sus espaldas, listo para follármelo como sólo Renaldo lo había hecho.

Pareció sorprendido ante mi reacción.

—¡No! ¡No! —protestó enérgicamente.

—¿Por qué? —le pregunté con voz calmada, más perplejo que ofendido.

—Lo único que te pasa es que te has puesto cachondo. Todavía no me deseas lo suficiente.

Soltó una risa ahogada y se levantó de un salto para ir a lavar nuestros platos.

CONFESIÓN 8

SOY PACIENTE

Después de la insólita confrontación de Andrew con nuestros sentimientos recíprocos, nos sentamos para discutir cómo estaban las cosas entre nosotros. Creo que Andrew me había echado en cara mi deseo por él para poder reconocer que él también sentía lo mismo por mí... o algo así.

Admitió que nunca se había sentido tan cerca de alguien como de mí y que podía imaginarse perfectamente pasando juntos el resto de nuestras vidas, pero que todavía no estaba cien por cien preparado para lo del sexo.

Ésa era, probablemente, la cosa más desagradable que me habían dicho en toda mi vida. Era algo que no podía controlar en absoluto: no podía cambiar de peinado, ni ir al gimnasio cuatro horas diarias, ni hacerme vegetariano; tampoco podía tratarlo mejor ni ser más malo con él, ni siquiera podía actuar de un modo más convincente. No había absolutamente nada que yo pudiese hacer para conseguir que me deseara, así que ¿dónde estaba la gracia?

—Es algo muy raro —me dijo sentándose en el suelo y mientras su nueva gatita, Judy, irrumpía en la cocina.

Andrew estaba espatarrado sobre el suelo de linóleo rojo, y como siempre el sudor dejaba huella en la

ropa interior que llevaba puesta, mi favorita: unos calzoncillos sexy de color blanco inmaculado, una camiseta de tirantes como las que usan los viejos y como las que llevan los modelos de los catálogos. Calcetines de deporte. Estaba medio apoyado en el canto del armario, golpeando la puerta rítmicamente con el balanceo de su cuerpo. Me estiré boca abajo con mi traje arrugado, sin la americana, y percibí el rastro de mi colonia; siempre me ha parecido que huele mejor al final del día, cuando casi se ha disipado del todo. Había ido con el juez a ver una obra de teatro, *M. Butterfly.*

—Me resulta rara la idea de acostarme contigo después de todo el tiempo que hemos pasado juntos sin enrollarnos ni siquiera una vez —dijo—. No te miento si te digo que te quiero y que eres uno de los tíos más atractivos que conozco, pero... no sé. Supongo que tendré que enseñarle a mi rabo a prestar más atención al resto de mí.

Yo no sabía qué decir; me limitaba a contemplar a aquella bola de pelo que daba saltitos sobre las noticias del día anterior; era una cosa tan insignificante que la pobre apenas si veía hacia dónde iba. Andrew la había secuestrado de la camada de mi último gato, Malcolm, el bueno de Malcolm, el gato que no sobrevivió para ver a sus cachorros, el único ser vivo más maniático que yo. En cierto modo, descubrir que había dejado preñada a la bola de algodón de los vecinos me decepcionó. Siempre había acariciado la idea de que Malcolm era un gato gay; me observaba atentamente todas las mañanas cuando me hacía pajas como un mono mientras oía a Andrew en la ducha y pensaba en lo mucho que me habría gustado en esos momentos ser los chorros de agua. Malcolm siempre ronroneaba y se desperezaba cuando me corría, clavando sus garras entre mi melena rojiza. Pues sí, el viejo Malcolm estaba ahí delante cuando yo me la machacaba, pero además se dedicaba a ir engen-

drando gatitos por ahí. A lo mejor había sido bisexual; o a lo mejor simplemente estaba confuso acerca de su sexualidad.

—¿Me estás escuchando? Estoy intentando explicarte todo este rollo.

—Sí —contesté en tono amargo mientras acariciaba al quisquilloso nuevo miembro de la familia—, estoy escuchando todo lo que dices. Anda, sigue.

Emitió un profundo suspiro y estiró los brazos por detrás de la espalda para desentumecer los codos. Probablemente tenía el pecho más tenso que el agujero del culo del angelito de Bobby Brady; Andrew se estresa con facilidad.

—Siento impulsos sexuales, pero sólo en la cabeza... Cuando pienso en el sexo con hombres a veces me excito. El sexo con mujeres ya no me excita tanto como antes, pero el sexo con hombres... la idea me gusta.

—¿Y cuando se trata de ponerlo en práctica?

Sonrió y posiblemente lamentó haberlo hecho.

—Ni hablar. La primera vez, cuando estuve con aquel tío... fue demasiado raro para mí. Sencillamente, no podía hacer la conexión entre mi calentura mental y la fláccida realidad; y con los demás tíos con los que he estado... la cosa era demasiado forzada.

Se cubrió la cara con las manos, un gesto del que siempre desconfío porque cuando uno se tapa la cara, no sólo oculta la nariz y los ojos, sino que hay algo más que intenta ocultar también. ¿Qué iría a decirme ahora?

—Pero creo que estoy mejorando... —murmuró.

Rasqué el lomo de Judy y observé a mi presa con curiosidad.

—¿Por qué lo dices?

De repente, la habitación se hizo más pequeña.

—Hablar de esto me está haciendo imaginarme... cómo sería hacer el amor contigo. Ahora mismo tengo... una erección.

Se me erizó el vello de la nuca y casi me cargo a la pobre Judy. Por suerte para ella, se puso a maullar dócilmente y la solté para que se abalanzara despavorida sobre las páginas del horóscopo.

Iba a preguntarle qué iba a hacer al respecto pero, obedeciendo a un impulso, me acerqué a él y le presioné con la mano la parte interior del muslo, tocándole el miembro cálido y notando cómo aumentaba de tamaño bajo mis dedos. Andrew gimió y se relajó al instante, para mi sorpresa.

—Me gusta —susurró, mirándome por fin por las rendijas que había entre sus dedos y murmurando el par de palabras capaces de motivar a cualquier ser humano; deberían acuñarlas en las monedas e incorporarlas a la bandera: «Me gusta.»

Le acaricié suavemente durante un rato e inclinó el cuerpo hacia mis manos; los ojos me escocían, no porque tuviese lágrimas en ellos sino por el torrente de deseo, y empecé a sudar. Luego puso sus manos sobre las mías, las sujetó con fuerza y detuvo el movimiento. Le miré y lo comprendí... casi, pero todavía no. Tenía una expresión de alerta en la mirada que combatía sus esfuerzos por dejarse llevar.

Yo no podía evitar preguntarme si sería por lo mío de la prostitución.

—Yo quiero pero...

Le interrumpí con una intencionada mirada de comprensión, no quería hablar del tema si lo que iba a hacer era empezar a hablarme de mis citas.

—No me expliques nada más, ¿vale? No quiero saber cómo te sientes teniendo que pasar por esto pero supongo que no debe de ser divertido. No me cuentes nada más, Andrew; deja de darme explicaciones y espera un poco más de tiempo. —Traté de que mi voz no sonara demasiado brusca—. Estaré aquí.

«Siempre estaré aquí.»

—¿Que estarás aquí?

Me cogió por los hombros y el contacto físico hizo la inevitable anulación del sexo aún más dolorosa.

—El contrato del alquiler no se nos acaba hasta la primavera, así que... —Sonreí, era el comentario menos venenoso que había hecho en meses y pusimos punto final a nuestra conversación con una carcajada mientras Judy se meaba en mi americana.

Casi todos los maricas que conozco no se quejarían. Aunque sólo fuera eso, por lo menos Andrew me quería...

Algo tendría que ocurrir.

Pronto.

CONFESIÓN 9

SOY UN MONSTRUO DEL AUTOCONTROL

Me fui a la cama, pero no para dormir.

Me gusta masturbarme. Me gusta tocarme y sentir cómo mi cuerpo reacciona de manera involuntaria, con el pellizco de un pezón haciendo que se me cierren los ojos y que me crezca el pene. Me paso una hora entera jugueteando con mi cuerpo antes de correrme... no vale la pena echar leche en cinco minutos. Hacerlo sin prisas es otro factor que obliga a mi cuerpo a no correrse demasiado pronto, me enseña a mantener el control para cuando tengo que follar por obligación.

Dale que te pego, venga, venga, venga.

Me encanta la sensación de mis manos machacando mi erección, frotando arriba y abajo como un émbolo que no para nunca; el sonido de la fricción húmeda cuando estoy a punto lubrica mis dedos y me dejo arrastrar por el placer, inmovilizando el brazo con un ritmo mecánico. Cuando me corro, siempre contemplo el absurdo milagro de un pene erecto, completamente tieso y explotando luego en ríos de gelatina viscosa... Después, el momento, el espectáculo y la sensación se combinan; echo la cabeza hacia atrás bruscamente y doy golpes con ella sobre la almohada... «Sí, sí, sí, sí.»

Es curioso... digo «sí» como si le diera permiso al orgasmo en lugar de aceptar su poder.

Durante esos segundos de éxtasis ilimitado, me siento omnipotente por ser capaz de proporcionarme a mí mismo tanto placer. Dos segundos más tarde me siento feliz. Dos segundos más y estoy agotado. Luego me pongo triste y de malhumor... ¿Qué significa todo eso?

Así que el orgasmo es una trampa, pero la masturbación en sí misma es una maravilla, y no es una actividad solitaria, o por lo menos yo no lo creo. No estoy solo, estoy con un amante que hay en mi interior, una imagen del hombre de mis sueños que guardo en el pecho... muy superior a Andrew o a Andy o a cualquier otro. Lo llevo dentro de mí a todas horas. Si tengo que morir, no moriré solo. Es eso lo que me da valor para ser tan orgullosa y audazmente gay y, aun así, tener tantos prejuicios. No me veo obligado a conformarme con una pareja permanente a cualquier precio... siempre le tendré a «él».

Mi mano no está confusa acerca de lo que siente por mí.

A veces incluso me masturbo después de una chapa (al fin y al cabo, eso es lo que es, ¿no? Sí. Muy bien. Sí). Puede doler si te corres tan pronto después de hacerlo, pero purifica.

Es como un detergente.

Me dormí, pegajoso y limpio.

CONFESIÓN 10

NECESITO AFERRARME A ALGO

Me sentía tan frustrado por lo de Andrew que mis citas del viernes siguiente a la escena de la cocina fueron un auténtico desastre. Francamente, no di la talla con ninguno de los hombres con quien estuve, más concentrado en no perder la erección que en satisfacerles.

El juez se mostró bastante comprensivo. Creo que se habría quedado la mar de contento si le hubiese metido cualquier trasto por el culo y hubiese empezado a decirle palabras guarras al oído. Por lo general, solía pasármelo bien con el juez, aunque sólo fuera por la cantidad de casos suyos que salían a relucir mientras estábamos follando, cosa que no dejaba de sorprenderme. Él quería que le hablase como los chicos de la calle, que soltase tacos y obscenidades, y fingir que estábamos en su despacho del juzgado haciendo una especie de trato. Yo sentía curiosidad por saber si él habría hecho algo así en la vida real, pero cuando una vez se lo pregunté, mientras almorzábamos, se limitó a guiñarme un ojo y a seguir masticando.

El otro cliente era tan bruto que dejó de ser un cliente. Estaba acostumbrado a que le hiciese mimos y carantoñas, pero ante mi descarada falta de interés de aquel día, en lugar de hacerse cargo de la situación y de considerar que tal vez yo estaba pasando una mala ra-

cha, se puso agresivo y me ordenó que me «despertara». Bueno, hasta ahí podíamos llegar. Salí de él tan rápido y le pegué una bronca tal que se quedó atónito. Lejos quedaban mis días de juventud, cuando los caballeros de edad se sentían agradecidos por poder pasar una velada con un jovencito como yo.

¿Dónde estaba aquella gratitud de la vieja escuela? ¿Dónde estaba mi querido doctor Rabo?

No volví a necesitar dinero después de mi segunda visita al doctor Richard Rebo, odontólogo, en el verano de mis quince (!) añitos. El «doctor Rabo» (tal como lo llamaba yo para mis adentros y más tarde en su propia cara) era un buen profesional, hacía las limpiezas de boca a conciencia y no era tan pesado ni infantiloide como la mayoría de los dentistas. Era un hombre normal y corriente, de pelo oscuro con mechas grises en algunas zonas, tenía unos ojillos burlones color avellana y era de complexión robusta. Era un hombre grande y fuerte como un toro, pero el pene lo tenía pequeño, de los del montón.

No todo el mundo puede describir el pene de su dentista; yo sí puedo porque durante dos años, hasta que terminé el instituto, me lo follé con cierta frecuencia mientras iba acumulando una buena cantidad de ahorrillos para la facultad.

Mi primera visita había sido tranquila y me había gustado su actitud. Aquel día pensé que el tío debía de ser gay porque llevaba los pantalones muy ceñidos, una señal inequívoca, sobre todo si el hombre que los lleva no está particularmente dotado para ir por ahí marcando paquete. En la segunda visita, yo llevaba unos pantalones cortos un poco anchos y una camiseta sin mangas. A los quince, estaba más desarrollado que cuando me enrollé con Andy: tenía unas formas ya adultas, aunque no era demasiado peludo ni musculoso. Cuando miro mis fotos de entonces, comprendo por qué se sintió

atraído por mí: no era «varonil», sino que parecía más bien un atleta atractivo y heterosexual.

Yo no era consciente de mis encantos, y mucho menos consciente de que me había moldeado a mí mismo para parecerme al primo Andy el máximo posible. El doctor Rabo sí era consciente de ello. Estaba muy claro que temblaba cada vez que se dirigía a mí, una alteración que noté enseguida, y me daba la sensación de que estaba a punto de pasar a la acción en cualquier momento. Me empezó a hablar del colegio, haciéndome preguntas peligrosamente concretas (como, por ejemplo, «¿Dónde está tu taquilla en el colegio?») antes de preguntarme sobre los deportes.

Le contesté que odiaba los deportes y que sólo iba a clase de gimnasia por obligación. Las gotas de sudor le brillaban en las cejas cuando me preguntaba por el gimnasio y por los vestuarios.

—Y dime, ¿los chicos todavía os hacéis aquellas bromas en los vestuarios? —preguntó, fingiendo desaprobación.

—¿A qué se refiere? —le dije. Se encendieron las lucecitas de alarma en mi cabeza; había leído todo lo referente a cómo los viejos se andan con sigilosos rodeos, para tantearte. Había leído *The City and the Pillar,* la novela de Gore Vidal.

—Sí, hombre —contestó, hurgando entre los incisivos en busca de alguna caries—. Me refiero a las típicas bromas masculinas... eso de pegarse unos a otros con las toallas... llamarse «lamepollas» entre ellos... hacer payasadas...

—¿«Lamepollas»? —pregunté con aire de absoluta inocencia, separando un poco las piernas, casi imperceptiblemente; mi erección voluntaria amenazaba con hacerse notar.

—Sí... —Seguía escarbando con el bisturí—. ¿Todavía os decís esas cosas entre vosotros?

—Mm, déjeme pensar... no sé... creo que no. —Me detuve, frunciendo el entrecejo y luego añadí—: Supongo que algunos chicos sí que lo dicen.

Dejó lo que estaba haciendo; los ojos le ardían de tanto mirarme la entrepierna. Dejó caer una mano en mi hombro, hundiéndola pesadamente, con obscenidad, sobre mí.

—Porque... no hay ninguna razón para intimidar a un jovencito porque haga cosas que cualquier jovencito hace en algún momento de su vida.

Levanté la mirada hasta encontrarme con los ojos de mi dentista, unos ojos que se esforzaban por parecer paternales; una mirada desesperada y asustada. En mi cabeza empezaron a aparecer imágenes con el signo del dólar y a sonar campanas y música celestial; supongo que esa habilidad para ver más allá del sufrimiento humano y fijarse directamente en el beneficio personal resulta muy útil para triunfar como chapero en la vida.

—¿Quiere decir que está bien hacer... esas cosas con... otros chicos? —pregunté tímidamente. ¡Dios! ¡Qué cinismo el mío...! No olvidemos que estábamos en los ochenta, no en los cincuenta; Rock Hudson no había contraído el sida por pincharse con una aguja, ni yo había perdido la virginidad dos años atrás en manos de Casper, el pequeño fantasma... Desde luego, yo ya sabía lo que era la homosexualidad.

Me miró con la avidez de un agente de seguros a punto de cerrar un contrato.

—Claro que sí. Claro que está bien. Es algo muy natural.

Estaba deslizando sus manos ligeramente hacia abajo, hacia mi pecho. Yo le ayudé un poco, apoyándome en un brazo para que sus dedos se clavaran en mi pezón erecto y fingiendo que no me daba cuenta de nada.

—¿Usted hace esas cosas con otros chicos? —le

pregunté en un susurro y con los ojos abiertos como platos. Luego, antes de que pudiese responder, volví a preguntarle—: ¿Quiere hacer esas cosas conmigo?

Colocó las palmas de las manos sobre mi pecho y empezó a acariciarme por encima de la camiseta de algodón, muy despacio y con gran solemnidad.

—Oh, sí... me encantaría hacerlo contigo. Voy a hacer que te sientas muy bien y tú vas a hacer que yo me sienta muy bien... pero no... —se interrumpió y siguió acariciándome— no se lo digas nunca... a nadie.

Yo me sabía todo aquello de memoria por los programas especiales que echaban por la tele después del colegio, pero aquellos documentales intentaban protegerme precisamente de lo que yo andaba buscando. Tuve ganas de echarme a reír, pero me contuve y, con una sonrisa alegre, me incorporé sin más a la representación.

—¡Bien! ¡Siempre he querido ser sexy con un hombre y me encantaría hacerlo contigo!

Era mi revancha particular contra todos los pedófilos que iban por ahí tomando lo que no era suyo gratis.

El buen doctor estaba a punto de echarse a llorar de alegría por su increíble hallazgo. Cuando se hubo quitado su aséptica bata blanca, empecé a arrancarle los botones de la camisa de cuadros y di la bienvenida a las embestidas de su pelvis contra la mía con un coro de gemidos y jadeos de placer. Celebró su buena fortuna durante toda la tarde tras cancelar sus citas. La buena fortuna del doctor Rabo se convirtió en mi buena fortuna.

No tuve que pedirle que me pagara. Estaba a punto de hacerlo mientras acababa de ponerse el uniforme de nuevo, pero me interrumpió con un tono de voz de conspirador, como el del gato que se acaba de comer el canario de quince años.

—Quiero que sepas que lo que acabamos de hacer es normal y absolutamente natural. Muchos hombres lo

hacen, hombres normales y corrientes. —«Vale, tío. ¡Yuju, estoy aquí... soy homo!» Me dispuse otra vez a pedirle dinero, pero él continuó—: No quiero que te preocupes por si lo que hemos hecho aquí es sucio o perjudicial para la salud. —Además de chupármela y de tragarse mi semen, el dentista también me había lamido el ojete, así que no tenía más remedio que mostrarme un poco escéptico ante sus palabras. Por supuesto que era algo sucio... ¿No se trataba de eso precisamente?—. Ten... —dijo, volviendo la cara hacia mí y apoyándome la mano en el hombro—, quiero que te quedes con esto.

Me colocó cien dólares, cinco billetes de veinte, en la palma de la mano. ¿De dónde había sacado el dinero? Debía de tener algo escondido entre su instrumental médico. Antes, mientras le estaba haciendo una paja, se había abalanzado sobre la escupidera, así que la posibilidad de que escondiese un montón de billetes sucios entre el instrumental «esterilizado», no quedaba del todo descartada.

—Esto no es en pago de tus servicios, es porque me gustas.

Sin embargo, nunca volvió a ocuparse de mí profesionalmente. Cuando volví a acudir a un dentista en la universidad, no detectó ningún problema. Le echaban flúor al agua, así que la labor de los odontólogos era algo innecesario.

Muchas veces pienso en la gente que ha contraído el sida en la consulta del dentista. ¿Qué puedo decir? El mío, desde luego, se ponía siempre los guantes de goma, pero... ¡alto! Aquella temprana relación en una época en que el sida no me preocupaba lo más mínimo ha convertido mi prueba del VIH en una aventura periódica. Siempre he dado negativo. Por ahora.

Aun así, no tengo remordimientos. Tan sólo siento una inexplicable simpatía por el doctor Rabo, un ángel de corrupción, o mejor dicho, siento simpatía por la

etapa en que aún no conocía a Andrew, el obstáculo más frustrante de toda mi vida.

No tengo ningún remordimiento concreto. No borraría ni una sola de las decisiones que he tomado; más que nada, sólo lamento el hecho de que ya no soy virgen en ningún sentido. Mi cuerpo ha tomado y ha sido tomado de todas las maneras imaginables. Uno de mis clientes y yo solíamos bromear diciendo que lo único que conservábamos virgen eran las orejas; así que un día, retozando, me colocó su pene en la suave cavidad auditiva.

Ahora ni siquiera tengo esa virginidad.

Ya he amado en una ocasión, así que tampoco me queda eso. El último reducto, la última «primera vez» era ser amado, y ahora con Andrew también lo estoy perdiendo. Me da miedo; ya no soy virgen. Ya ni siquiera recuerdo cómo se siente uno siendo virgen, sólo cómo se siente uno cuando no le aman. De eso me acuerdo perfectamente. No me gustaba. No creo, vamos; pero tampoco estoy seguro del todo.

Durante la época de mis altibajos con Andrew, descubrí algo sobre Joe que me sorprendió de verdad. Joe y yo habíamos salido a ver una película. Fuimos al Fine Arts Theatre, ese antiguo teatro con el techo muy alto, bóvedas de color amarillo, piezas decorativas con relieves muy ornamentados y varias salas repletas de gente en las que echan películas de cine de autor. Es un buen lugar para ir a ver algo exuberante, grandioso y con reminiscencias británicas, como el propio teatro. Es una especie de reina Isabel de Inglaterra de los cines, pero cincuenta años más viejo.

Estábamos viendo un ciclo de películas de Andy Warhol.

Yo estaba medio dormido, pero pensando que ojalá hubiese sido yo el artífice de The Factory, y Joe estaba muerto de aburrimiento y decepcionado, menos en la

escena en la que al chico se la están chupando, con lo que se sintió identificado, supongo. Cuando acabó (por fin), nos quedamos sentados un momento antes de salir y Joe me preguntó cómo se escriben los guiones para películas en las que no ocurre absolutamente nada.

—Muy fácil —le contesté—. No escribieron el guión, en absoluto... de eso se trataba precisamente, el rollo ese de la improvisación y tal... Querían deshacerse de todos los precedentes.

—Eso asusta un poco, ¿no? —dijo, encogiéndose en su asiento. Llevaba su camiseta sin mangas favorita y unos pantalones vaqueros cortados a la altura de las rodillas; seguramente estaban tiesos de frío después de dos horas de aire acondicionado sin parar—. A mí me gustaría tener algo a lo que aferrarme, no sé, ¿no? Digo yo, en vez de... no sé... deshacerme de todo y empezar de cero, de la nada.

—¿Y tú qué coño sabes de eso? —creo que le dije, o alguna impertinencia por el estilo, porque entonces él me contestó que en una ocasión había tenido que empezar de cero y que no le gustó nada. Pensé que se refería al hecho de salir del armario y echarse a la calle, pero me lo negó con un gesto.

—No, no es eso... una vez mi casa se quemó entera.

—Me estás tomando el pelo. ¿Toda entera? Se quedó... bueno... ¿hecha cenizas?

Me volví a medias y le miré de perfil. Asintió y un mechón de pelo le cayó en forma de arco sobre la punta de la nariz. Joe estaba mirando los créditos de la película que se deslizaban por la pantalla, estaba como en una especie de trance.

—Mm... fue hace cuatro años. Fue algo bastante fuerte... lo perdimos todo; me tuvieron que comprar ropa nueva, muebles nuevos y todo eso. Pero lo peor fue que perdí mi... ¡joder!, ni siquiera he pensado en esto desde hace no sé cuánto tiempo y ahora vas tú y...

—¿Qué fue lo que perdiste? —insistí; evidentemente, aquello no tenía nada que ver con Andy Warhol.

—Mira, por aquella época yo llevaba un diario. Escribía una página cada día religiosamente, sin saltarme ni uno, desde que a los ocho años nos lo hicieron hacer como tarea escolar en el colegio, pero yo continué escribiendo. En él hablaba sobre cosas como que creía que era gay, lo que iba a hacer al respecto... todo. Todo lo que me había pasado estaba ahí escrito; y también algo de poesía muy mala. Además perdí todos mis dibujos... todo lo que había dibujado en mi vida se redujo a cenizas. Era como... —hacía grandes esfuerzos por encontrar una buena comparación— nada. De repente, nada. Sencillamente... ¡todo desapareció!

No le pregunté qué había provocado el fuego, presintiendo que todavía había algo más detrás de aquella terrible historia, pero estuve pensando en la pérdida de Joe durante mucho tiempo. La idea de perderlo todo de repente me asustaba; pero lo peor era que no conseguía pensar en ningún objeto que realmente apreciase... nada personal como un diario (no, por Dios), ni poesía (¡no... por Dios!), ¡ni mucho menos dibujos artísticos...! Pero aun así, ¿cómo se puede volver a empezar de cero? ¿Se olvidaría uno de lo que poseía o, en el caso de los diarios, se olvidaría uno de cosas que le habían pasado?

En la facultad, una vez escribí un estúpido diario durante un mes entero, contando cosas como si fuera uno de esos universitarios normales y virginales. Me sirvió de existencia paralela y también como ejercicio de redacción. En la última página describí muy gráficamente «mi» violación a manos de mis compañeros de fraternidad y cuánto me había gustado la experiencia. Luego, dejé el diario en la caja de objetos perdidos que había en la puerta de la redacción del periódico universitario: el titular de primera plana del día siguiente no se puede reproducir aquí.

Mucho tiempo después, cometí el error de decirle a Joe que se asegurara de hablar bien de mí en su diario, y Joe se volvió hacia mí con aquella misma mirada perdida.

—Ya no llevo ningún diario —dijo en tono indiferente.

La verdad, me parecía lógico que Joe hubiese acabado viviendo tan impulsivamente como lo hacía a los diecisiete años, después de haber comprobado por sí mismo el peligro de confiar en la nostalgia material a los trece. Su único golpe de suerte con lo del incendio fue que también había borrado las cosas malas, los remordimientos.

Sin embargo, como ya he dicho, yo no tenía ninguna posesión especialmente valiosa, ni tampoco tenía remordimientos; por tanto, ¿qué se llevaría el fuego si mi casa se incendiase?

Yo no tenía remordimientos, sólo quejas, y mi queja número uno era que había tardado veinticinco años en acumular exactamente... nada.

¿Era culpa del doctor Rabo o tal vez culpa mía? ¿A quién le importa? El resultado no variaba.

CONFESIÓN 11

SOY UN ÁNGEL GUARDIÁN

El día antes del viaje a la gran boda, me estaba preparando para ir a los almacenes Marshall Field a comprar un traje nuevo y elegante. ¿Qué se pone uno para asistir al enlace de dos cretinos? El azul marino siempre queda bien, independientemente de la estación del año o del estatus social de los anfitriones.

Era tarde —puede que fueran las nueve— pero los almacenes abrían hasta medianoche porque estábamos en plena temporada de las absurdas rebajas anuales, y pensé que tal vez yo sería el único cliente si iba un viernes por la noche. De ese modo, podría probarme ropa sin temor a ser observado por ojos críticos, ni a que me intentaran ligar una pandilla de dependientes salidos, quienes sin duda les habrían cambiado el turno a sus compañeras femeninas para no perderse la siempre decisiva noche del viernes.

Joe salió del baño que compartíamos todos envuelto en una nube de aromas gays: jabón, desodorante, pasta de dientes y desde luego demasiada colonia. Todo él parecía un anuncio de gel de baño; era toda aquella limpieza escrupulosa la que convertía los aromas en algo típicamente homosexual.

Joe llevaba puestos unos vaqueros blancos cortados, una camisa tejana de manga larga con las mangas

subidas hasta la mitad del antebrazo, una camiseta blanca reluciente debajo, unos calcetines a juego enrollados en los tobillos y mocasines marrones. El toque final al uniforme lo daba una sencilla cruz de plata que oscilaba entre pectoral y pectoral mientras Joe entraba dando saltitos en la cocina, moviéndose al ritmo de aquella canción que todo el mundo bailó durante un año entero, ¿la de los católicos con voz gutural? No sé, no me acuerdo bien.

Es posible que cada persona sea un individuo, pero la mayoría de los individuos funcionan como tales dentro de los confines de un grupo más extenso. En primer lugar están los estereotipos y luego están las embarazosas verdades. Existen grupos diferenciados cuyos miembros se identifican a simple vista. No es del todo ridículo buscar lesbianas de pro fijándose en quienes llevan Doctor Martens, o hacer un recuento de homosexuales concentrándose en las cabezas con el pelo cortado a cepillo. Dentro de estos grupos generales se encuentran las facciones más pequeñas, como cuando en el instituto cada uno se incluye dentro de unos cuatro o cinco grupos diferentes. Se llama el síndrome de «El club de los cinco».

Entre los gays, existen varios grupos. Dos de los más importantes son subgrupos de chavales que se pasan la vida de bar en bar. Un grupo son los «niñatos de discoteca». Van de negro, se emperifollan hasta extremos insospechados, con gorras de Jughead, anillos terroríficos, el maquillaje de sus madres, plataformas, gasas, arreglos de flores secas... lo que sea. Se consideran a sí mismos unos artistas, hayan creado algo o no, y también se creen demasiado enrollados como para mover un dedo para buscar trabajo o como para malgastar ni una pequeña parte de su elevadísimo cociente intelectual en algo tan trivial como pensar. En cambio, se dedican a inhalar cualquier cosa que les quepa por los aguje-

ros de la nariz y generalmente rivalizan unos con otros hasta que alguno la palma, después de lo cual o bien se reforman y se convierten en aburridos empleados de McDonald's con pinta de llevar un colocón, o siguen con el rollo hasta ser los siguientes en aparecer en la página de necrológicas.

El otro grupo, hermano mellizo del anterior, son los «chicos de la fiesta». Los chicos de la fiesta se dejan guiar por la lujuria, mientras que los niñatos de discoteca sólo lo fingen. Los chicos de la fiesta llevan vaqueros, tienen las mismas debilidades de clase media que sus padres (además de un gusto aberrante por la música tecno), y poseen una moralidad y valores muy estrictos que no aplican en absoluto al tema del sexo, que consideran algo gratis para todo el mundo. Son más americanos que la tarta de manzana, votan a los republicanos en secreto, se mueren por conducir coches caros y por vivir en casas enormes en las zonas residenciales y han estado comprometidos con una mujer. Ellos, como los niñatos de discoteca, viven en los bares; pero, a diferencia de los niñatos de discoteca, no se engañan a sí mismos creyendo que están en el bar para pasárselo bien. Saben que están en el bar para exhibirse, para ir a la caza, para ligar algo o que se los liguen. La verdadera diversión vendrá más tarde, cuando ellos y el/los chico/s que está/n con ellos se corra/n. Los chicos de la fiesta beben mucho, pero no se drogan, con la excepción de un poco de chocolate de vez en cuando, que no consideran una droga, y se pasan sus tiernas vidas pasando por relaciones basadas en el sexo y condenadas a durar tres semanas, follando como locos, yendo al médico a que les queme las verrugas genitales y/o rectales, marginando a las mujeres en el trabajo y llamándolas «chochas» a sus espaldas, yendo a las reuniones familiares de cada año y haciéndose los locos ante las sugerencias de si van a ser los próximos en casarse, y trabajando en lugares con

una buena paga, contrato indefinido y de poca categoría social, lo más lejos posible del salario mínimo. Les gusta llevar una sola cadena de oro para conseguir un toque de clase. Se hacen mayores sobre los taburetes de los bares y se les cae la baba con jóvenes fotocopias de ellos mismos. Les gustaría estar muertos antes que morir por causas naturales a los cincuenta.

(Lo siento mucho si no soy una *cheerleader,* ya sé que hay un millón de cosas maravillosas en el hecho de ser gay, pero también hay dos millones de aspectos asquerosos en el hecho de ser gay; pero entonces, ¿cuál es la alternativa? ¿Ser normal?, ¿asexual?, ¿bi? Nada que me impresione ni que pueda considerar deseable o menos conflictivo.)

Aunque siempre le llamo niñato de discoteca, Joe seguramente era un chico de la fiesta por excelencia, con algunos toques de niñato de discoteca.

—¿Adónde vas hoy? —le pregunté, apoyándome en el marco de la puerta que hay entre la cocina y el comedor, viéndolo bailar mientras se servía la tercera copa.

—A Boykultur —me contestó, con una pronunciación ininteligible. La mitad de los homos de la ciudad creen que el sitio se llama Boypicture, os lo juro; qué ironía, ¿no?, los nazis del cuerpo y no saben pronunciar una palabra en alemán. Boykultur era un sitio enorme, de estilo gótico, con una bóveda y completado por pequeñas torres donde follaban los tíos; era uno de los primeros clubes de Chicago parecidos a los grandes clubes de Nueva York. Servía de centro de abastecimiento para los chicos de la fiesta, viriles y masculinos, reunía a los suficientes niñatos de discoteca con los bolsillos llenos como para sobrevivir y a veces organizaba algún que otro sarao con una diva cansada y un puñado de editores de revistas para hacer el agosto. Se decía que si no ligabas en Boykultur, no ligabas en ningún sitio.

—He quedado con Steve y David. —Eran famosos por sus simpáticas gorritas—. Parece ser que hay un montón de marineros por la ciudad. Es la semana de la flota y no me lo quiero perder. —Se rió un poco. Parecía haber terminado con el baño después de tres agotadoras horas.

—Te crees el rey del mambo, ¿no? —le provoqué.

Joe lanzó una risa estúpida y se puso a bailar obscenamente al ritmo de una canción hortera de Taylor Dayne que salía de su estéreo. No respondió, se limitó a bailar como si con eso contestase a mi pregunta.

—Bueno —dije en un tono de voz paternal—, ten mucho cuidado con esos chicos. Son muy rápidos y los marineros no son exactamente el tipo de hombres que piensan en el matrimonio. —Odiaba oírme a mí mismo intentando parecer falso cuando en realidad estaba preocupado. Además, ¿quién era yo para hacerme el estrecho? Era un chapero de mierda diciéndole a un chico que no hiciese el loco.

—¡Socorro! ¡Policía! ¡Mamaíta! —se burló y entró dando saltos en su habitación—. Sé cuidar de mí mismo, lo he hecho durante mucho tiempo. —He ahí la cuestión.

Me metí en el cuarto de baño y empecé a revolverlo todo dentro del armario de las medicinas, saqué el secador de Joe y se me rompió... ¡Vaya! Bueno, tampoco hacía falta decírselo justo entonces. Saqué mi maquinilla eléctrica y me dispuse a afeitarme antes de lanzarme a las peligrosas calles de Chicago en busca de Marshall Field, que estaba en la calle State, en ese barrio de mala muerte... Si dejaba pasar más tiempo, tendría que abrirme paso a codazos entre la muchedumbre de negros casados que se cruzaban en la puerta de las grandes ofertas de Woolworth's. Bienvenidos a la tercera ciudad más grande de América.

—Bueno, tú sólo ten cuidado —le advertí—. Te

comportas como si ya no necesitases los consejos de tus amigos. —Y me habría gustado añadir: «Sólo porque no quiera acostarme contigo, no me tortures acostándote con todo el mundo menos conmigo.» Si Joe estaba intentando hacer eso, se iba a quedar con las ganas; yo sería como ese último cromo de béisbol, ni siquiera demasiado difícil de conseguir, que falta para completar un álbum de 792.

Yo nunca sabía cuándo Joe se iba a poner tierno conmigo, ni cuándo me miraría y me lanzaría risitas y pondría los ojos en blanco. Esta vez me sorprendió por detrás mientras me estaba afeitando y se abalanzó encima de mí, abrazándome con mucho cariño y ternura. Yo me puse tenso y él lo notó, pero no se apartó y al final apoyé las manos en el lavabo y me relajé, era como si le devolviera el abrazo sin tener que utilizar los brazos. Cuando Joe se hizo a un lado, vi su imagen reflejada en el espejo: las mejillas oscuras, la sonrisa angelical... era la imagen de un chico con la esencia de un hombre. De repente me invadió un deseo voraz que me resultaba familiar, pero se me pasó enseguida. Seguí con la maquinilla y él continuó con sus preparativos de última hora.

Al parecer, había quedado con los chicos para calentar motores antes de salir... cualquiera que estuviese en Boykultur antes de la medianoche y/o sobrio era una bruja maricona o un sociólogo en busca de información sobre ellas.

—Sabes que te necesito —dijo Joe en un tono de voz algo melancólico; intentaba parecer sincero a pesar de que ya era sincero y no necesitaba fingir.

Después de saltar un poco más al son de su música festivalera, Joe salió despreocupadamente por la puerta hacia La Meca.

No sé por qué, no pude quitarme a Joe de la cabeza inmediatamente. Supongo que mis continuos fraca-

sos con Andrew y la historia de Gregory y Renaldo seguían rondándome y daba la casualidad de que Joe estaba lo bastante cerca como para que mi nostalgia le salpicara.

Un poco más tarde me sorprendí a mí mismo en medio del pasillo, contemplando su habitación vacía. Era un cuarto tan juvenil... un despilfarro de cachivaches y tonterías que la mayor parte de la gente sólo valora durante la adolescencia y que los hombres gays aprecian a lo largo de toda su vida.

—¿Qué pasa?

Di un salto. Era Andrew, lo tenía justo detrás. ¡Me había pillado! Pero yo no estaba haciendo nada malo, ¿o sí?

Andrew miró por encima de mi hombro hacia la habitación y se fijó en la última adquisición de Joe: una muñeca barata pintarrajeada para que se pareciese a Madonna.

—Mucha creatividad la del chaval este que tenemos con nosotros; mucha, pero que mucha... creatividad.

—¡Pues sí señor, sí que tiene creatividad! —exclamé, defendiendo a Joe—. Es un chico muy listo, lo único que le pasa es que está un poco... distraído.

Ambos sabíamos que las pulseras que hacía Joe no eran nada del otro mundo, y mucho menos algo por lo que valiera la pena pagar dinero.

Andrew parecía indeciso y yo me sentía indeciso, pero también me sentía bien por defender a Joe ante la competencia de Andrew, aunque lo que en realidad quería era que su competencia me empujase contra la pared y me causara daños y perjuicios graves.

—¿Estás a punto para la boda?

Le dije que sí, y de hecho así era. El coche estaba preparado, hacía siglos que había hecho la maleta con mis escasas ropas y me faltaba una hora para estar en posesión del traje perfecto. Me había ajustado a mis pla-

nes: había comprado una cubitera preciosa y había hecho que la envolvieran profesionalmente. Me había pasado dos noches en vela pensando en lo agobiante que iba a ser aquella odisea. ¿Estaba listo? Sí.

—Cuando vuelva de Field's esta noche, estaré listo del todo. Luego te tocará a ti llevarme hasta Minnesota. —Él era el conductor.

—Y a ti te tocará ayudarme a superar el mal trago.

—Yo estaré allí como apoyo inmoral —le contesté—. El mal trago lo superarás tú solito.

Andrew parecía cansado, seguramente también había pasado unas cuantas noches en vela por culpa de la ceremonia dichosa.

—Tú nunca estás «allí» simplemente. Eres incapaz de ser algo sin importancia. Tú eres quien ha estado ahí cada vez que me han asaltado las dudas, tú eres quien me ha ofrecido más apoyo, más incluso que mi madre; por lo menos tú no lloraste cuando te confesé que era gay. —Respiró hondo, lentamente, y luego añadió—: Tú eres mi roca.

Así que Andrew y Joe me querían por mi estabilidad. Yo quería a Andrew por su inestabilidad.

Era una roca para demasiada gente. Me estaba hundiendo.

—Nos vemos mañana por la mañana —le contesté, escabulléndome por el pasillo, limpiando la pared con el hombro y tambaleándome abrumado por un vertiginoso sopor.

CONFESIÓN 12

ESTOY CHAPADO A LA ANTIGUA

La mañana siguiente trajo consigo un repentino descenso de las temperaturas con escarcha a primeras horas, unas condiciones meteorológicas ideales para emprender un viaje. El trayecto hasta Hadley, Minnesota, fue una experiencia que nos unió mucho a los dos. Tenía todos los ingredientes de una película de esas de buen rollo entre dos colegas y tal, con la diferencia de que el trasfondo homosexual, tradicionalmente implícito, en esta ocasión se hacía explícito.

Andrew se comportó como un completo idiota en la primera parte de nuestro viaje porque, según él, había hecho algo bueno: había confesado que me quería y me había dejado tocársela. Se comportaba como un padre primerizo.

Sin embargo, yo estaba de un talante más bien voluble; de hecho, nunca había estado de un humor tan variable en toda mi vida. Mi victoria me parecía especialmente superficial: ni siquiera nos habíamos atrevido con el sexo.

Para colmo, estaban todos aquellos sentimientos por Joe.

Para evitar problemas, traté de fingir que simplemente estaba de malhumor, pero creo que Andrew sabía que se trataba de mi frustración, que estaba haciendo

una aparición tardía después de haberme mostrado tan comprensivo con los apuros que él había pasado en la cocina. Para empeorar aún más las cosas, aquella mañana Joe me había pasado una nota muy tierna en forma de conejito por debajo de la puerta para despedirse: «Que te lo pases bien en la boda, por si no te veo. Besos.» Sólo «Besos», ningún nombre. Demasiado tierno. Peligroso.

—¿Por qué sigues haciendo chapas? —me preguntó Andrew a bocajarro. A veces tiene la habilidad de decir justamente las palabras que más nervioso me ponen. Para aquella pregunta, había puesto una voz de objetividad forzada: a aquellas alturas era obvio que mis citas le preocupaban. Salí de mi ensueño y me hundí un poco más en el asiento, devorando un dónut y tomando un sorbo de café.

—Porque gano mucho dinero y porque es interesante —le respondí en tono pensativo—. Y sabes que odio la frase «hacer chapas».

—¿Por qué es interesante?

Apoyé la cara contra el frío cristal de la ventanilla, viendo cómo mi aliento se condensaba en la superficie. Recuerdo que pensé: «Está bien, está bien; hablemos de ello, ¿por qué no?»

—Odio a la gente, Andrew, pero al mismo tiempo me fascina. Son todos unos bichos raros. Van por ahí con su sentido del ridículo, de cara al negocio y soltando sus sermones morales y luego de pronto se quitan la máscara y se lanzan de cabeza a ese ritual de bárbaros, donde todo vale...

—¿Te refieres al sexo?

—¿Te suena de algo? —exclamé, con los ojos en blanco.

Ocho kilómetros más adelante siguió con sus deducciones:

—Creo que sé lo que quieres decir. —«No, no lo sabes»—. Pero me parece un poco... extraño... que te

acuestes con la gente sólo por curiosidad; sólo para ver cómo bajan la guardia.

—¿Qué otra razón podría haber?

Una sonrisa provisional iluminó su semblante insólitamente serio; debía de haberse preguntado si me acordaba de nuestro pequeño encuentro en la cocina, si había significado algo para mí.

—¿El amor? —preguntó, encogiéndose de hombros.

—Acabas de caer en mi trampa, Andrew. —Le levanté un dedo reprobador—. Piensa en lo que acabas de decir: si siempre nos acostáramos con gente a la que queremos, tú, tal como has dicho, estarías ahora en la cama conmigo y no congelándote el culo en la carretera para ir a una boda de mierda.

Tensó los brazos y presionó la espalda contra el respaldo del asiento para estirarse.

—No... no... Te equivocas. No tenemos que acostarnos con las personas a las que queremos sino que, cuando nos acostamos con una persona, tendríamos que quererla, ¿no...? ¿Tiene algún sentido lo que estoy diciendo?

Empecé a dibujar caras sonrientes en la ventanilla.

—No —respondí malhumorado.

Sin saber cómo, nuestras manos acabaron entrelazadas.

¿Por qué seguía con mis citas? De pronto, me vino a la mente una cita en particular.

El cliente fijo que menos me gustaba había sido Cort, un hombre de unos cuarenta y cinco años, muy, pero que muy fuerte; un pelirrojo con el pelo cortado a cepillo y una tirantez que lo delataron como militar ya en nuestra primera cita. Era un conocido de mi juez; como hombre de hierro que era, su círculo social no podía estar compuesto por demasiadas personas: el juez, él mismo y luego yo.

Recuerdo la primera llamada de teléfono de Cort;

su voz sonaba como si prefiriese estar haciendo abdominales y flexiones en lugar de discutir sus preferencias sexuales.

—Me gusta admirar los cuerpos —comentó—. [El juez] me ha informado de que tu cuerpo es digno de admiración...

—¿Ah, sí?

—Y tendré que ser penetrado.

—¿Por la boca o por el culo? —le pregunté, sin poder evitar chincharle un poco.

—Por ambas partes —respondió, negándome el placer de oír a un tipo tan estirado decir la palabra «culo».

Quedamos para tres semanas más tarde, el primer sábado que yo trabajaba, pero me llamó tres días antes para pedirme que me lo cepillara en cuanto pudiera. No soporto que me presionen, pero sentía mucha curiosidad; además, no tenía nada que hacer aquella noche, ya que el juez me había llamado para disculparse (siempre sospeché que Cort había telefoneado al juez y le había convencido para que cancelase nuestra cita). Le dije que nos veríamos esa noche.

Fui el primero en llegar a la habitación del hotel. Unos minutos más tarde, ya le estaba abriendo la puerta y dirigiéndole al sofá. Me senté delante de él, en una silla dura. Yo ya me había desnudado hasta quedarme con un simple batín de color blanco y unas chanclas, con el pelo aún húmedo después de una ducha rápida. Por su meticulosa forma de expresarse, me había parecido que Cort era un forofo de la limpieza.

—Me alegra que te hayas lavado —dijo en un tono de voz inexpresivo—. Me gustan los hombres limpios.

Me aflojé el nudo del batín y subí una rodilla hasta la altura del pecho para apoyar el pie en el asiento. La postura era obscena... el tío podía verme los genitales y también un trocito del ojete. Me estaba exhibiendo como respuesta a su envarada reserva.

—¿De verdad te gustan los hombres limpios? —pregunté con aire de absoluta inocencia, como si estuviera charlando a la salida de misa—. ¿De verdad?

Ante la creciente desaprobación de Andrew hacia mi profesión, yo era consciente de estar tomándome cada una de mis citas desde una nueva perspectiva, incluso con más placer todavía.

Cort se puso en pie y con gran solemnidad se quitó el polo que llevaba; su excitación echaba chispas bajo un disfraz de aparente impasibilidad. Tenía el pecho amplio, musculoso, duro y firme. Tenía un poco de pelo de color óxido en el pecho, pero nada chocante en comparación con el vello color naranja del pene, que quedó al descubierto en cuanto se bajó los vaqueros.

Era sorprendente ver vello púbico de aquel color tan chillón, sorprendente y excitante de un modo poco oportuno... luché con el recuerdo borroso de un pelirrojo desnudo en el vestuario de la piscina municipal de mi ciudad natal, la primera vez que vi a un hombre maduro desnudo.

Cort se dejó puestos los calcetines y también una pequeña cruz de oro colgada de una cadena que se adhería con torpeza a su pectoral izquierdo. Sin preámbulo alguno, se arrodilló y frotó la cara contra mi barriga, lamiéndome la piel con la misma fruición con que un crío lamería un helado de chocolate. Me lamió y chupó todo el torso y se entretuvo cinco largos minutos en cada axila. Uno se siente bien cuando le besan el cuerpo... un beso siempre es dulce, sean cuales sean los sentimientos que haya detrás, y uno se reserva los besos corporales para dar placer puro e inmaculado. A mí me complacía.

Nunca hago pesas ni nada por el estilo. Soy robusto por naturaleza, así que no necesito hacer nada para mantener mis músculos firmes. No soy ningún Charles Atlas, el culturista, pero mi cuerpo nunca ha decepcio-

nado a nadie, ni siquiera al exigente Cort, que estaba bajando la guardia poco a poco, exhalando algún que otro suspiro ocasional de excitación.

Llegaba el turno de la inevitable mamada. Cort la chupaba de puta madre, era muy hábil para saber cuándo succionar como un loco salido y cuándo ralentizar el ritmo, lamerla suavemente, olerla y dar golpecitos con la punta de la lengua. Alguien que estuviese colgado por Cort se habría corrido sólo con aquello. Al parecer, mis pelotas y la zona húmeda que había detrás de ellas le ponían especialmente cachondo; a los fanáticos de la limpieza siempre les pone calientes comerse un culo. Yo estaba completamente seguro de que estaba lamiendo como un desesperado en dirección hacia mi culo, cosa que no estaba dispuesto a permitir que hiciera, así que cambié de tema.

—¿Quieres que te la meta en...?

—Sí —me interrumpió.

—¿... el culo?

—Sí —dijo, robando un rápido e inofensivo lametón de mi ojete. Me levanté, me coloqué un condón (lo saqué del bolsillo del batín) y le puse lubricante. Usé el resto del tubo de crema en mi condón y en su culo. Se arrodilló en el sofá, con las manos a la espalda y las rodillas enterradas en los cojines, el culo abierto y en pompa, restregándose contra mis dedos resbaladizos. Le metí el dedo y me maravillé de lo prieto que estaba. Empujé con más energía hasta que dejó escapar un gemido, lo suficiente para convencerme de que no era un robot al fin y al cabo.

Me lo follé sin sentimiento, y él me aceptó sin arrepentimiento.

Se hacía una paja mientras yo me lo cepillaba y se corrió un poco después de que yo lo hiciera.

—Siempre tienen que correrse ellos primero, si no no puedo —murmuraba mientras se desplomaba sobre

el sofá, jadeando. Le chorreaban gotas de sudor, semen y lubricante.

Se excusó para ir al baño; dejó la puerta abierta y entendí que quería que le observase mientras usaba una manopla mojada para limpiarse el ano. Aclaró la manopla y la dejó doblada sobre la barra de la ducha; se mojó la cara, se miró un poco al espejo, concentrado, y luego regresó al sofá en busca de su ropa.

—¿Te ha gustado? —le pregunté, tan cortés como siempre, ya con el batín puesto.

Me miró y estuvo a punto de decir algo espontáneo, pero se contuvo.

—Ha estado bien. Has hecho un buen trabajo —comentó finalmente.

Me dejó un sobre con dinero y lo vi dirigirse a la puerta... él pagaría la habitación y yo me iría un poco después. Charlamos muy poco, pero me enteré de que Cort había vivido al menos en otras dos ciudades en los últimos años, otra prueba de su vida secreta como militar. Por su comportamiento hostil y sus modales de serpiente llegué a preguntarme más tarde si no habría sido mejor que los gays votasen a favor o en contra de la admisión de militares en sus filas en lugar de abstenerse.

Cuando estaba a punto de marcharse, le enseñé el pene de nuevo y le dije sin preámbulos que se arrodillara y me la chupara para limpiarla. Lo hizo al instante, luego volvió a ponerse en pie y a continuación le hice un saludo con la mano al estilo militar, cosa que le hizo arquear un poco las cejas.

En una de nuestras siguientes citas, me dijo que su apellido era Marshall.

—¿Cort Marshall?* ¿Te llamas Cort Marshall? Bueno, he oído nombres falsos mucho peores.

* La pronunciación en inglés es igual que la pronunciación del término «court-martial», que en castellano significa «consejo de guerra». *(N. de la T.)*

Me dedicó un rictus inexpresivo, totalmente desprovisto de alegría.

—De todas formas, nunca creí que te llamaras Cort, siempre te llamaba Anthony para mis adentros.

Se tambaleó un poco al marcharse, una despedida un tanto extraña teniendo en cuenta el deber del decoro; incluso llegué a pensar que tal vez había acertado con lo de Anthony.

Sin embargo, la razón principal de que Cort fuera el cliente que menos me gustaba de todos los tiempos era que justo antes de mi viaje a Minnesota se había puesto muy pesado echándome sermones y me había contado una historia que no se me iba de la cabeza, una historia que me daba escalofríos mientras apretaba mi mano sudorosa sobre la de Andrew.

—Es posible que me hayas contagiado el sida —me dijo como quien no quiere la cosa, mientras nos secábamos con las toallas.

Un escalofrío de terror me recorrió la espalda.

—¿Lo tienes? —le pregunté con demasiada brusquedad.

—No —contestó—, creo que no; pero si tú lo tienes, hemos hecho bastantes cosas como para ponerme a mí en peligro. No he dejado que te corrieras en mi boca, pero he probado tu semen. Te he chupado el culo y hemos hecho otras cosas.

—Oye, si quisiera leer un folleto de prevención me iría a la clínica de ETS...

—¿Cuántos años tengo? —prosiguió luego.

Decidí tener un poco de consideración.

—Treinta y nueve.

Puso los ojos en blanco.

—Tengo cuarenta y ocho; llevo viviendo en esta ciudad, a temporadas, desde que tenía treinta y cinco. Antes viví en San Francisco, iba de vacaciones a Key West y una vez fui a Saugatuck. Me he acostado con de-

masiados hombres como para molestarme en —o siquiera poder— recordarlos a todos. Follaba siempre que tenía la necesidad, pero también tenía varias amistades masculinas en aquella época. Cuando la gente empezó a ponerse enferma —se quedó pensativo por un segundo—, me quedé desconcertado; no sabía qué pensar. Me preparé para ser el siguiente. —Estaba fumando y le dio una profunda calada al cigarrillo antes de continuar—. El cáncer gay se convirtió en GRID, el GRID se convirtió en el sida, el HTLV3 en el VIH, y luego vinieron los cofactores y el AZT... y así hasta hoy. Nunca me he puesto enfermo, no he muerto; siempre he dado negativo. Todos mis amantes, todos los amigos han muerto. ¡Han muerto! —exclamó como si fuese una súplica, como si todavía no pudiese creerlo—. Oía hablar de la muerte de uno, escuchaba la inminente noticia directamente de boca de otro, encontraba una necrológica en el periódico, me devolvían la felicitación de Navidad de otro con un aviso de «Destinatario fallecido»... Hasta llegué a recibir una de esas cartas anónimas que dicen: «A alguien con quien ha mantenido relaciones íntimas le han diagnosticado el sida.» Todos murieron de sida, algunos en 1982, otros en el ochenta y tres, en el ochenta y cuatro... Uno murió hace tan sólo un año y otro ha dado positivo pero aún no se ha manifestado la enfermedad, una nueva muerte que esperar en los próximos años, o meses, o días. Yo no lo entendía. ¿Por qué yo? ¿Por qué seguía sano? ¿No me contagiaba porque mi sistema inmunológico era más resistente? Luego hice unos cuantos cálculos matemáticos y me di cuenta de que me había acostado y había hecho de todo con aquellos hombres —sexo anal, oral, lengua... lo normal— justo antes de que se contagiasen. Albert, el que todavía está vivo, me ha dicho que cree que lo cogió en el cuarto oscuro de un bar al que empezó a ir en 1981, justo después de que rompiéramos. Estoy seguro de

que el siguiente tío al que se folló le contagió el sida. Yo sobreviví trampeando al destino, escapando a saltos del sida sin ser consciente siquiera de que estaba escapando... —Cort estaba exhausto. No había tenido la intención de hablar tanto ni de mostrar tanto de sí mismo—. Debería estar muerto —concluyó como si fuese una sentencia final. Luego me miró a los ojos y dijo—: Y tú también.

Puse punto final a nuestra cita y me negué a verlo de nuevo.

Antes de darme cuenta, ya le había contado la historia de Cort a Andrew, como en un susurro y sin censura alguna. Era como si mis pensamientos salieran disparados de mi cabeza como una ráfaga de metralla. No sé si lo hice para poner a prueba el amor de Andrew, para traicionarme a mí mismo o con cualquier propósito manipulador. Esta última posibilidad era la que más me asustaba.

Aquéllos eran los primeros detalles que Andrew oía de mis citas. La mueca de disgusto que apareció en su rostro se contradecía con la compasión de las yemas de sus dedos, que acariciaban los míos comprensivamente.

—Para el coche —dije con rudeza, retirando la mano involuntariamente—. Tengo que ir a mear.

Andrew paró en una gasolinera Shell y yo me metí en el servicio mientras él llenaba el depósito del coche de alquiler con bastante gasolina para el resto del trayecto hasta Hadley.

El servicio era una cámara de los horrores de lo más corriente: una caja de cerillas tan diminuta que ni siquiera era apta para las larvas de los mosquitos, con que no digamos para un chico tan delicado y frágil como yo. Eché el cerrojo a la puerta, respiré por la nariz y me dispuse a mear en la pila del lavabo; no estaba haciendo el guarro porque sí: el urinario ya estaba suficientemen-

te atascado con todo tipo de mierda como para que cupiese ni una gota más de meados. Había cagarros en la letrina, orines en el lavabo... por no hablar de lo que había en la taza del retrete que sobresalía de la pared de enfrente... ¿Jabón de manos, quizás?

Después de mear y de lavármela con el agua helada que salía del grifo del agua caliente, me refresqué un poco la cara y me sequé con la camisa. Cualquier cosa con tal de no usar aquella toalla que colgaba de un aparato como si fueran mocos colgando de la nariz de un crío de seis años. En realidad, la parte más limpia de la toalla parecía estar cubierta de los mocos de la nariz de un crío de seis años, eso siempre y cuando no fueran salpicaduras de la manguera de un camionero de treinta y seis.

Nunca entenderé qué le encuentran a los escarceos sexuales anónimos en los urinarios. A mí lo que me excita es saberlo todo del tío con quien me lo estoy haciendo, y no todo lo contrario; además, aunque no soy un maniático de la higiene como Cort Marshall, desconfío de cualquier nidito de amor con moho por las paredes y el virus de la viruela cultivándose en la papelera. ¿Con qué clase de numerito espera nadie encontrarse en un sitio como éste? Acudieron a mi mente imágenes de Vincent Price sonriéndome a través de un agujero de la gloria.

El espejo sí estaba lo bastante limpio como para que se reflejase mi cara, pero aquel día no es que estuviera demasiado satisfecho con ella precisamente. Parecía un drogado, con los ojos enrojecidos y las pupilas dilatadas. Darme unas cuantas bofetadas no mejoraría mucho mi estado, pero sería divertido probar... ¡Plas! ¡Plas! ¡Plas!

La llamada de apareamiento del servicio, supongo, porque inmediatamente alguien intentó abrir la puerta y se puso a maldecir a su madre y a soltar tacos cuando

descubrió que estaba cerrada. Podía haber sido peor: si no hubiese echado el cerrojo, algún tío me habría pillado con la polla colgando en la pila.

Me la guardé, me subí la cremallera y traté de concentrarme. Me prometí a mí mismo no volver a contarle ninguna batallita más a Andrew, al menos hasta que el tema de mi trabajo se hubiese aclarado... sólo podía llevar a malentendidos por su parte, puesto que yo únicamente había sentido la necesidad de contarle los aspectos menos atractivos, dejando aparte todos los momentos divertidos y las experiencias constructivas. Sí, vale.

Antes de salir, me peleé con mi pelo y me imaginé a mí mismo vestido de novia, con la cara radiante de felicidad bajo un velo de seda blanco. Desde luego, estaría muy guapo. Quizás hasta anhelaba que me hicieran la pregunta que toda chica espera escuchar algún día...

—¡Venga, tío!

Bueno, basta ya de tonterías.

Volví al mundo real y abrí la puerta, ansioso por respirar un poco de aire puro. «¿Qué coño es eso?», fue lo primero que pensé cuando vi la repulsiva criatura que esperaba para entrar en el servicio.

—Yo no he sido el que se ha cagado en el urinario —dije mientras me iba a toda leche hacia el coche, desesperado por aclararle al tipo aquello, y en el último momento le grité—: ¡Pero no bebería agua del grifo si estuviese en tu lugar!

Nos fuimos.

No podía dejar las cosas como estaban, así que al cabo de unos dos kilómetros le solté a Andrew:

—Si crees que mi dependencia de la prostitución es algo raro, ¿qué me dices de tu fobia al sexo, eh?

Andrew puso los ojos en blanco. Estoy seguro de que estaba cabreado porque yo había pasado de la turbación al malhumor.

—¿Qué? ¿No tienes ninguna explicación, o qué?

—Sí —contestó a la defensiva—, sí que la tengo. Sólo que, a mi entender, el sexo no debería ser algo que se pueda comprar y vender como si fuese una bolsa de caramelos.

—¿Por qué no?

Dio un resoplido.

—Sólo a ti se te ocurriría preguntar algo tan evidente. —Después de calmarse un poco, añadió—: No lo sé, supongo que me educaron para ser sexualmente conservador. La verdad es que... sencillamente decidí que para mí el sexo sería algo especial y maravilloso cuando me llegase el turno, porque en el colegio todos se lo tomaban a la ligera y parecían malas personas cuando hablaban del tema... —«Y yo, ¿qué parecía?, ¿buena persona?»—. Y todo el rollo de ser gay también iba incluido en eso. Cada vez que oía hablar de los homosexuales, siempre era algo relacionado con el sexo. Tú ya lo sabes; si has crecido en los setenta y los ochenta no podías evitar saber cosas acerca de los gays, sobre todo desde que Anita Bryant se puso a berrear lo asquerosos que eran todos. En vez de no hacer caso de ella ni de aquellas arpías amigas suyas, supongo que me puse de su parte. Me puse a la defensiva y empecé a pensar cosas como: «No todos somos unos adictos al sexo... algunos tenemos valores morales.» Total, que tenía un amigo... bueno, más bien era un seguidor; el chaval era el hijo de un amigo de mi padre, era dos años menor que yo y pensaba que yo era el tío más enrollado sobre la faz de la tierra. —Puse cara de escepticismo—. No, en serio; yo tenía mi círculo de amistades, nada más, pero el tío aquel era tan sumamente tonto que a sus ojos yo era como un dios. Me acojonaba, de verdad; era como tener demasiado poder. Por supuesto, yo ya era consciente de ser gay o bisexual o algo así, pero él no lo sabía —nadie lo sabía—, así que era como cuando alguien te felicita

por algo que en realidad no has hecho tú. Una vez estábamos en mi coche, delante de su casa. Lo había acompañado después de una fiesta y por lo general me costaba horrores echarlo del coche... siempre me machacaba para que le revelase secretos para ser enrollado, para ligarse a las tías y todo eso. Estábamos charlando de música y, no sé por qué, empezó a hablar de esa canción que acababan de poner por la radio, aquella cuyos beneficios estaban destinados a la lucha contra el sida, ¿sabes la que te digo?

Asentí con la cabeza.

—Al principio pensé: «¡Mierda! ¡También es maricón!», pero entonces, cuando comenté que estaba muy bien eso de recaudar dinero para lo del sida, puso aquella cara de asco y me soltó: «Pero ¿qué dices?» Y empezó a hablar de que la gente con sida se lo tenía merecido porque los maricones sólo eran tíos que habían ido por ahí follándose a todo dios, hasta que se habían aburrido y habían decidido probar el sexo asqueroso, el sexo con otros tíos. Aquel chaval pensaba así de los gays, le salía del corazón; pensaba que eran...

—Que éramos... —le corregí.

—Que éramos unos pervertidos, unos salidos que sólo buscábamos nuevas formas de pasárnoslo bien. Aquello me cabreó la hostia y fue el único punto en el que no estuvo de acuerdo conmigo. Todo lo demás, todo lo que yo decía se lo grababa en el cerebro como si fueran los Diez Mandamientos, pero se negaba a admitir otra cosa que no fuera que los gays eran unos depravados sexuales.

En la carretera, una señal: HADLEY, 120.

—Yo no me consideraba un depravado sexual. Me consideraba normal en todos los aspectos excepto por el detalle de que cuando soñaba con enamorarme, normalmente siempre era de otro chico, no de una chica. Acabé mandándole a la mierda... Nunca me perdonó y

se dedicó a arrastrar mi nombre por el fango a la menor ocasión; pero nunca se imaginó que lo había enviado a la mierda porque yo era gay.

—Y por eso...

—Y por eso me molesta el rollo de la prostitución y en general el rollo de la promiscuidad de los gays. Ya sé que la gente normal también lo hacen como conejos, pero el caso es que siempre he pensado que si la única diferencia entre un tío normal y yo era la persona de la que iba a enamorarme, debería tener los mismos tabúes que la gente normal. Acostarse con todo el mundo es de guarros. Ejercer la prostitución es amoral. Eso es lo que me ronda por la cabeza y lo que todavía tengo que digerir, ¿vale?

Volví a asentir con un gesto y miré por la ventanilla, seguro de que aquello iba a ser una batalla mucho más difícil de librar de lo que había imaginado.

Recordé con cariño los tiempos en que Andrew aún no sabía que yo estaba enamorado de él y que él estaba enamorado de mí. Me acordé de lo que había sido ser simplemente compañeros de piso.

Hubo un momento concreto de felicidad hogareña, hacía siglos, un día en que me desperté en plena noche y fui dando tumbos hasta el comedor, esperando, sin tenerlas todas conmigo, ser capaz de llegar hasta la cocina a por un vaso de agua. Era una de esas noches en que te acuestas con dieciocho mantas encima para protegerte de la ola de frío, pero te despiertas y te das cuenta de que el radiador de la calefacción se ha pasado de rosca y ha saturado el aire con calor seco.

No lo conseguí. En vez de encontrar la cocina, me tropecé con un montón de manos y rodillas de tíos estirados que estaban desperdigados por el comedor metidos en sacos de dormir, como si fuera una fiesta pijama. Los dos que había más cerca de mí estaban completamente despiertos, intentando descubrir si yo era un ladrón o

uno de los otros, enamorado indiscretamente en plena noche. Yo sentí un poco de vergüenza por haberme apoyado en el culo de uno de ellos para amortiguar mi caída.

—Lo siento —murmuré, pero no lo sentía. Sólo estaba cabreado—. ¿Qué pasa aquí?

—Mira, aquí tirados —dijo uno de los chicos. Resultó ser uno de los colegas de Andrew del Blockbuster, Larry, un tipo con cara de tonto que siempre llevaba gorras de los Cubbies de Chicago, incluso cuando se iba a la cama, por lo que pude observar.

Si eran ellos los que estaban tirados, ¿por qué era yo quien tenía la rodilla enrojecida por el roce con la moqueta?

Me levanté y pregunté, sin importarme si mi voz era demasiado ruidosa:

—¿Por qué? ¿Habéis fumado, o qué?

—No —contestó Larry con una voz quejumbrosa—, no vamos colocados, es que tenemos sueeeeeeño.

El otro chico al que había despertado empezó a reírse tontamente y lo reconocí como a otro de los compañeros de trabajo de Andrew, Terry, una loca maricona como no hay otra igual, aunque se empeñe en jurar y perjurar lo contrario. Era una especie de amanerado y no se podía confiar en él; hacía poco le había dicho a Andrew que un compañero de ellos había mangado una cinta de vídeo de aeróbic, como si no lo hiciese todo el mundo.

Ahora Terry estaba perdiendo el control, riéndose y haciendo esfuerzos para respirar. Aquello era como cuando te quedas a dormir en casa de un amigo y estás hecho polvo, muerto de sueño, pero sigues hablando y hablando hasta que las cosas más tontas te parecen divertidísimas y te ríes tanto que al final te meas, y a la mañana siguiente tienes que disimular y ocultar que te has meado. No es que lo sepa porque me haya pasado alguna vez, claro que no; lo habré oído por ahí...

Entré en la cocina y encendí la luz, mirando con desolación a mi alrededor, todo estaba patas arriba allí dentro; luego, me serví un vaso de agua del grifo. Todos los vasos estaban tirados por ahí, medio llenos de agua, cerveza, vino y/o gaseosa; había miles de bolsas vacías de patatas, galletitas y (¡puaj!) Combos de McDonald's; además, cinco cajas grasientas con restos de pizza ocupaban todo el mármol y parte del suelo.

¿Estaría drogado antes de acostarme, o qué? ¿Cómo era posible que hubiese dormido con todo aquel jaleo a tan sólo tres metros de mi cama?

—Lo siento —dijo Andrew, sobresaltándome. Venía del comedor, restregándose los ojos y desperezándose, con la camiseta y los vaqueros puestos—. Estábamos celebrando lo del aumento de sueldo para todos y les dije que podían quedarse.

Los amigos de Andrew no me caían bien, no me gustaba que Andrew tuviese otros amigos. Pasaba un montón de tiempo con aquellos y otros chicos —y chicas— fuera del trabajo y fuera del alcance de mi radar. Si no le apetecía quedarse a hacer el vago en el apartamento, tenía múltiples recursos: siempre podía llamar a Larry —uno de sus mejores amigos y un hetero bastante tolerante— o a Dough, o a Rand, o a otro Dough... o a Marcia, en el caso de que Andrew no estuviese quejándose como siempre de cómo Marcia utiliza su amistad para hacer lo que le da la gana en el trabajo.

No sé qué era lo que me ponía celoso de los amigos de Andrew; desde luego, no estaba celoso de aquella maricona acomplejada y cobarde de Terry, que se había olvidado en algún momento de su vida de convertirse en un hombre. Algunos de los demás no estaban tan mal. Larry era simpático cuando no iba de creído y Marcia podía hacer que te mearas de risa con sus ocurrencias después de una cerveza. No era la gente en sí lo que envidiaba, tan sólo el éxito social, o la posibilidad

de tener algo que hacer aparte de trabajar, descansar u obsesionarme con Andrew. No sería divertido llamar a mi mejor amigo John Maricón Perdido y decirle: «Eh, tío, vámonos a ver una peli»; no es que yo fuera capaz de decir algo así pero, en fin...

—No, si no me importa —mi voz se dulcificó—, es sólo que no me gusta compartir («compartirte a ti») este apartamento con más de dos personas. Al menos no sin avisar. Me acabo de caer en el culo de Larry ahí fuera.

—A lo mejor le has ayudado a satisfacer su curiosidad por la homosexualidad. —Andrew se había sentado sobre el poyo de la cocina y ahora se estaba acariciando una perilla inexistente en plan freudiano.

—Sí —contesté en un tono siniestro, como si fuese una mujer lasciva y sensual fingiendo que no sabe que lo es—, creo que tal vez ese roce fugaz haya conseguido que Larry encuentre por fin un... nombre... un nombre para esa sensación que se apodera de él cada vez que va a dejar a los niños a la escuela, cuando se para en un semáforo en rojo y cuando se está tirando a su mujer, cada vez más exigente...

—Estás loco —fue el diagnóstico de Andrew. Luego, riendo, añadió—: Vete a la cama.

«Vale, vamos.»

—Muy bien, de acuerdo.

Enjuagué minuciosamente el vaso que había utilizado, lo sequé mientras él me observaba con gesto pensativo y lo puse en su sitio. A continuación pasé por su lado con una tranquilidad pasmosa y fui sorteando los cuerpos —por supuesto, todos se habían cambiado de sitio— de camino a mi habitación.

Recordé aquella breve escena por su simplicidad y como ejemplo perfecto de lo despreocupadas que habían sido las cosas antes de haberle revelado a Andrew mis sentimientos, antes de confesarme. Sin embargo, sabía que al abrir mi corazón a Andrew, entonces, y al

hablarle de Cort, ahora, hacía lo correcto. Puedes acabar muy mal después de meses de amor no correspondido si no lo sacas fuera, y a mí me había costado casi un año.

La verdad es que tampoco había tenido la oportunidad; quiero decir que yo no habría podido seguir siendo tan sólo amigo de Andrew: yo no era Larry, Terry, Marcia ni ninguno de los Doughs. Quería algo más que simples fiestas con pizza y rollos del trabajo, sin que me importase el riesgo que corría; y lo había logrado: no me había rechazado. Aunque Andrew no estuviese loco de contento por el tema de mi trabajo, desde luego sí parecía estar loco por mí.

El recordatorio de aquel viaje a Hadley fueron una bolsa grande de Doritos y la pelma de Mariah Carey: escuchamos los American Top 40 todo el puto camino. Todo es bastante monótono en las emisoras de radio musicales: si amas a alguien, déjale libre; ámame o déjame; demuéstrame que me amas; es amor o no es amor; el sexo es amor, el amor es sexo... A ver si sois capaces de encontrar una canción de los Top 40 que diga: «Te quiero, pero no estoy seguro de lo que es el amor en realidad y el sexo no me interesa tanto como bla, bla, bla.» Eso es mucho más difícil de rimar.

El trayecto había sido largo y nuestras charlas, profundas, así que cuando por fin aterrizamos en Hadley unas seis horas más tarde me sentía agotado. Hablar con Andrew en aquel coche... ¡menuda batalla emocional! ¿Quién se iba a esperar que Andrew empezase a decir todas aquellas cosas sensibles e increíblemente provocativas? Y encima, así, de sopetón.

Tan de sopetón como nos enteramos de que el niño de Jill iba a nacer en cualquier momento, a juzgar por el aspecto de la futura mamá. ¡Así que por eso había sido lo de la invitación a última hora! Había un precioso mutante enano en camino... iba a ser un día magnífico

para una boda de blanco. Jill nos recibió en la puerta de la enorme y sencilla casa de sus padres. El edificio era gigantesco, espacioso y repleto de unos muebles tan robustos que parecían indestructibles, como el padre de Jill, Orin, la criatura baja y rechoncha que estaba de pie detrás de ella en el umbral.

—¡Hola, Andy! —gritó con entusiasmo desde las persianas. Hacía un frío de muerte, pero las persianas del invierno todavía estaban subidas. Me vinieron a la mente imágenes de la tía Dell; también fue un golpe oír cómo llamaba «Andy» a Andrew.

Al parecer, todo el rencor de los años pasados se había esfumado ahora que Jill estaba a punto de dar el «sí».

Jill abrió la puerta y nos hizo pasar al comedor para abrazar a Andrew y hacerle las preguntas de rigor como «¿qué tal estás?», «¿cómo va todo?», «¿qué tal el trabajo?»... Me sorprendió la euforia de Jill, teniendo en cuenta lo mal que se había portado después de su ruptura. Andrew también lo estaba asimilando, necesitaba ser perdonado por haberle robado a Jill aquel año de su vida cuando estuvieron comprometidos.

Jill no era la octava maravilla. Tenía el cabello liso —castaño rojizo— y las pestañas muy largas, las dos características que más llamaban la atención a primera vista. Su rostro era pequeño y alegre, una «monada», como seguramente la llamaban todos en el instituto: «demasiado guapa para olvidarla». Tenía un aspecto bastante normal metida en aquel traje de novia, menos por el detalle de su abultada barriga, pero no era un monstruo: era medianamente guapa.

Vale, está bien, lo admito. ¡Joder! ¡Era una muñeca!

Me ponía de los nervios imaginarme a Andrew besando a aquella adorable pelirroja y no resultaba menos inquietante ver cómo se abrazaban ahora. ¿Cómo podía haberse acostado con ella y haberse comprometido?

Traté de charlar un poco con su padre, pero el hombre no podía oír una palabra de lo que le estaba diciendo con los chillidos de su angelical hija.

—Está embarazada —rió el viejo, corroborando lo evidente. Se dedicaba a balancear su corpachón en forma de barril adelante y atrás—. ¡No puedo hacer nada salvo esperar que sea un varón!

—Claro, claro —sonreí, asintiendo con la cabeza como si supiera exactamente lo que quería decir. Luchaba por contener las náuseas, pero también me divertía el hecho de ver que aquella clase de padres existían fuera de mi extensa familia. Quizás eran una raza aparte, típica del Medio Oeste. Rememoré una vez, en mi ciudad natal, cuando a un tío abuelo mío casi le da un infarto al enterarse de que su nuera había dado a luz por tercera vez consecutiva a una niña, ni un solo varón. «¡Hay gente que ni a la de tres!», había exclamado con una risa socarrona al conocer a su nueva nieta.

Jill no me había dirigido una sola palabra, tal vez intuyendo que yo era una especie de lobo al acecho o, por lo menos, que no era su mejor amiga perdida de la infancia, precisamente.

—Me alegro de que hayas traído a un amigo, Andy —dijo con una sonrisa radiante, sin apartar los ojos de él. Su futuro marido no debía de haber estado «cumpliendo con sus deberes» en los últimos meses de embarazo, porque estaba pegada a Andrew como un sello a un sobre; como uno de esos sellos que ya vienen impresos en el sobre, para ser más exactos.

Tal vez todavía guardaba por ahí algún resto de sus sentimientos por Andrew de la época en que rompieron el compromiso. Tal vez... Andrew... todavía...

—Bueno, me pareció bien traer a mi compañero de piso.

—Ojalá pudiéramos sentarnos y hablar durante horas... —Suspiró.

—Oh, sí, seguro que le encantaría —aseguró su padre, riéndose y arreándome un codazo.

—... pero hay una boda por ahí a la que tengo que asistir.

La sonrisa de Andrew no se movió de su sitio y cada vez se hizo más tensa y más tensa hasta que...

—No pareces muy entusiasmada, Jill.

«¡Así me gusta, Andrew! ¡Directo a la yugular!»

De repente se puso muy seria y una parte de su belleza se esfumó; no se le veían los dientes y el labio superior, exageradamente grande y que había permanecido oculto hasta entonces, ocupaba un destacado primer plano en su nueva y solemne expresión facial.

—Le quiero más de lo que he querido a ningún otro hombre en mi vida, Andrew.

¡Ajá! Así que ése era su juego: traer al ex novio a su boda para restregársela por las narices. Debía de haber estado locamente enamorada de Andrew.

Andrew tenía las manos en los bolsillos y relajó un poco su sonrisa.

—Me alegro mucho por ti, Jill —afirmó de todo corazón, al menos en apariencia.

Nos condujo por las escaleras al piso de arriba y nos indicó un diminuto cuarto de baño donde nos cambiamos y nos pusimos ropa decente para asistir a las nupcias. Por lo que pude observar, no había más gente en la casa, supuse que porque ya se habrían ido hacia la iglesia a pesar de que la ceremonia no debía empezar hasta al cabo de dos horas.

Tan pronto como nos encerramos en el baño, me puse a despotricar de Jill, a señalarle a Andrew, no sin una pizca de resentimiento, el detalle obvio de su embarazo y a burlarme de lo estúpido que era respetar la ridícula tradición del matrimonio cuando ni siquiera respetas la ridícula tradición de no quedarte embarazada antes del matrimonio. Era como ser un Papa gay... y

puede que ni siquiera algo tan raro. Critiqué todos los rasgos (perfectos) de Jill, concentrándome sobre todo en su único defecto sobresaliente (el labio que se comió Minnesota). Le dije a Andrew que, desde luego, podría haber encontrado algo mejor que Jill si hubiese planeado quedarse dentro del armario en virtud de una alianza de boda.

Se había quedado en ropa interior y se volvió hacia mí, la maricona quisquillosa que estaba a su lado luchando por quitarse sus vaqueros. Al cogerme me hizo perder el equilibrio y me abrazó con fuerza, estrechándome contra él descaradamente, tal como había hecho Joe la noche antes de irme con Andrew a Minnesota. ¿Había llegado la hora?¿Iba a consumar mi pasión por Andrew en el cuarto de baño de los padres de su ex prometida? ¡Sí!¡ No podría haber un sitio mejor!

Le rodeé con mis brazos y apreté las yemas de los dedos contra su espalda, disfrutando de lo resbaladiza que estaba por el vapor. Andrew tenía la polla dura otra vez, y pensé en dar una fiesta para celebrarlo... ¡Se le ha puesto dura! ¡Se le ha puesto dura! Lo único que quería era que me follara y sentí que mi cuerpo se preparaba para someterse a cualquier cosa que sugiriese el suyo.

Sin embargo, aunque honró mi cuello con un dulce beso, comprendí que no iba a suceder, al menos no en aquel momento. Se apartó a un lado y me dedicó una sonrisa picarona.

—Tú cierra el pico —dijo con amabilidad—. Ya sé que Jill no es perfecta. Al fin y al cabo, no es como tú. —Me sentí como un perro al que acaban de cepillar: guapo, orgulloso y «perfecto»—. Pero he venido a esta boda por mí, no por ti ni por Jill. —Me lanzó una sonrisa diabólica—. Así que limítate a sonreír y a aguantar y entonces a lo mejor decido ser bueno contigo y te follo. —Se echó a reír como un histérico.

Le di un empujón y terminé de quitarme los vaque-

ros, me había quedado boquiabierto de horror al oír su último comentario. ¡Qué huevos, el tío!

—Eres un mal bicho.

Seguí vistiéndome, escandalizado. ¡Y pensar que había estado trabajándomelo tan cuidadosamente...! Pero en cuanto le había dicho que estaba coladito por sus huesos, el tío se había hecho con el control de la situación. El cazador cazado. No era que no me mereciese sus regañinas... no era que no me muriese de ganas de que me regañase...

Sin importar quién era el cazador y quién la presa, ¿cuánto tiempo más podría yo esperar? Me estaba muriendo entre los arbustos esperando a que alguien tuviera su trofeo.

Nos vestimos aprisa y en silencio, nos deslizamos por las escaleras y nos encontramos con padre e hija en la puerta, listos para salir. Jill parecía algo menos entusiasmada, como si se hubiese dado cuenta de lo maliciosa que había sido su treta para joder a Andrew. Me miró por primera vez, fijándose en mí con un poco de retraso; tal vez estuviera considerando una posibilidad que antes no se le había ocurrido. Se me puso la carne de gallina.

—¿La boda no era a las seis? —pregunté, ratificando el hecho de que Andrew no asistía solo a la boda.

El padre nos apresuró para que saliéramos.

—No, ahora es a las cinco. Luego hay un partido de fútbol y queríamos que viniese todo el mundo.

Jill esbozó una mueca y salió decidida hacia el sedán.

—Fútbol... ¡Qué asco!

Andrew y yo intercambiamos una mirada de complicidad de camino al coche.

La boda era algo verdaderamente extravagante, todo un espectáculo de exceso al más puro estilo pueblerino.

La iglesia era diminuta pero con multitud de adornos: las columnas de madera estaban cubiertas por más figuras que personajes aparecen en la Biblia. Las vidrieras parecían representar las ascuas del infierno con todos los colores del arco iris y muy poca consideración por el sentido de la estética. Los bancos parecían *kayacs*, eran unas construcciones grandes y adornadas con relieves, con huecos para las biblias y los libros de salmos a la altura de la rodilla.

Hadley era una ciudad luterana y las iglesias luteranas no son sino reductos de agradable vulgaridad. Están formadas por una congregación extremadamente laxa que no presta ninguna atención durante las misas que se celebran cada domingo sin excepción. Los luteranos temen a Dios sobre todas las cosas y lo utilizan como justificación para todo lo que hacen. Puesto que yo mismo fui educado en la religión luterana, creo que tengo derecho a despotricar sobre los luteranos en general. Es como cuando uso la palabra «maricón» y me quedo tan ancho: soy uno más.

Supongo que guardo algún que otro resentimiento hacia la religión desde el día aquel que escuché el sermón de los sodomitas que querían «conocer» al ángel, cuando el cura nos explicó lo que aquello significaba y que era prácticamente el único pecado que no se podía perdonar. Si la homosexualidad es la peor aberración que existe según la Biblia, ésta no me merece ningún respeto.

Lo cierto es que la iglesia me traía recuerdos nostálgicos. Hice una regresión a los tiempos de antes de aquel sermón asqueroso, cuando iba a misa cada domingo y me quedaba dormido en los bancos durante el servicio y hacía *play back* al cantar aquellos empalagosos salmos. Tía Dell me llevaba a la iglesia cuando a mis padres les daba pereza ir. Tía Dell temía a Dios literalmente; siempre tenía un miedo atroz a que Él la castiga-

ra o algo por el estilo. Al menos, así es como yo la recuerdo, y no creo que haya cambiado.

Me senté al lado de Andrew, conocí a todos los heterosexuales de Minnesota y me vi obligado a decirles a un montón de chicos jóvenes —con un físico increíblemente parecido al de mi primo Andy de hacía tantos años— que no, no sabía cómo iban en el partido de fútbol, pero que según fuentes fidedignas instalarían una pantalla gigante en el convite, siempre y cuando acabáramos de una vez con aquella maldita boda.

Andrew estaba tan nervioso que no paraba de morderse las uñas, preparándose para el inevitable reencuentro con las viejas amistades que había compartido con Jill.

—Me siento culpable —confesó—, como si fuera un fugitivo y me fueran a encontrar y a señalar con el dedo y... y a ¡arrestar!

—Tienes todo el derecho de estar aquí y estoy seguro de que Jill ya habrá anunciado a todo el mundo que vendrías —le tranquilicé.

—Sí, supongo; pero estoy empezando a pensar que tal vez no me siento tan dispuesto a enfrentarme con todo el mundo como pensaba. Me alegro de que estés aquí... me siento mucho más valiente.

—¿Por qué?

—Porque estoy seguro de que si alguien se mete conmigo le cortarás la cabeza.

—Estoy dispuesto a empezar a cortar cabezas ahora mismo aunque sólo sea para matar el aburrimiento. No comprendo cómo pudiste sobrevivir tanto tiempo en un sitio como éste.

Andrew se levantó un poco del asiento y miró por toda la sala, pero no reconoció a nadie aparte de la familia de Jill. Se habría sentido más cómodo si sus padres hubieran estado a su lado, pero estaban tomando el sol en Florida y Jill ni siquiera los había invitado. Cuando

se hubo desplomado sobre el asiento de nuevo, oímos un chirrido de grillo a nuestras espaldas:

—¿Andrew?

Andrew se volvió.

—Candace... Hola... ¿Cómo estás?

Aquél era el Andrew menos entusiasta que había visto en mi vida. Candace era una especie de ratón, un retaco de metro cincuenta bajo un montón de pelo, llevaba una permanente muy formal con el flequillo peinado hacia arriba —según los cánones de belleza del lugar— muy elegantemente y unas gafas de montura dorada con sus iniciales grabadas en el ángulo inferior de la lente izquierda. Llevaba un vestido de seda rosa que empezaba en el cuello y terminaba en las muñecas y en los tobillos, parecía una niña jugando a disfrazarse con los vestidos de fiesta de su abuelita. Al principio pensé que estaba hablando en un susurro, pero resultó ser su tono de voz habitual.

—¿Dónde están todos? —le preguntó Andrew al fin—. ¿Dónde está Rory? ¿Y Al? ¿Y Buck?

«Buck.»

—Si quieres que te diga la verdad, me sorprende verte a ti aquí, Andrew. —Candace abrió mucho los ojos para dar mayor énfasis a sus palabras. Me pregunté si no le habrían dado el premio de «Payaso de la clase» o quizá la «Sonrisa más bonita»—. Por lo que sé, soy la única de sus amistades de antes a la que ha invitado. —Lo de «antes» quería decir «antes de que Andrew dejara a Jill», naturalmente—. Hizo una auténtica limpieza cuando te largaste, Andrew; los mandó a todos a hacer puñetas, sin más.

Andrew hizo una mueca de dolor cuando oyó lo de «te largaste», pero parecía más desconcertado por el resto de la información.

—¿Y eso?

—Dijo que no podía confiar en ellos. Hizo una lista

de todas las malas pasadas que le habían hecho, incluso las más tontas, y los tachó a todos de la lista. Tuve suerte de que no incluyera los días de la escuela primaria o de lo contrario también me habría borrado a mí.

Lanzaron unas risitas ahogadas recordando no sé qué broma pesada que Candace le había gastado a Jill cuando aún eran niñas; tenía algo que ver con unos rotuladores.

—¿Pero por qué me ha invitado a mí? —preguntó Andrew—. Yo fui el peor de todos.

Candace se relamió de gusto con el cuchicheo que iba a contar, algo que la nueva Jill había tratado de ocultar.

—Mi teoría es que quiere restregártelo por las narices. —Lo dijo todo de sopetón, con el triunfo de un aficionado a detective que acaba de resolver un crimen—. Quiere joderte de verdad.

Candace ya no tenía nada más que añadir después de aquello y seguramente se lo iba a pasar bomba durante toda la ceremonia con la emoción de poner verde a Jill a sus espaldas.

Nos volvimos en el banco y tratamos de digerir la información que nos había dado Candace a la vez que manteníamos una agradable conversación con algunos desconocidos.

No le dije a nadie que era gay, ni Andrew tampoco. De hecho, mis apretones de manos eran cada vez más enérgicos, mi tono de voz era cada vez más grave y separaba las piernas al sentarme en lugar de cruzarlas.

—No puedo hacer esto —murmuré al oído de Andrew cuando hubo una pequeña pausa en los preliminares—. No puedo creer que sea así, pero no sólo no pienso decirle a nadie que soy gay, sino que encima voy a tragarme mi dignidad y voy a hacer todo lo posible por parecer «normal».

Andrew estaba muy incómodo con su único traje.

—Sí, ya sé lo que quieres decir. Estaba preocupado por si Jill sospechaba algo cuando estábamos en la casa.

—Esta gente se moriría, Andrew, o peor aún, nos mataría.

Eché un vistazo a mi alrededor a las caras anchas que tanto me recordaban a mi propia adolescencia. Todos aquéllos formaban parte de todos los equipos de fútbol que yo había visto en mi vida. Al fin y al cabo, ¿qué tenía yo en contra del fútbol? Bueno, nunca me habían dejado entrar en el equipo, eso sí; y un poco más y me linchan todos los jugadores una vez porque dije que la música de Culture Club era buena (que conste que me peleé por Boy George antes de que se pintarrajeara aquella tontería en la frente). Ahora, rodeado por unos tipos como los de mi época del instituto, no me cupo la menor duda sobre cuál iba a ser mi decisión.

—No tenemos que demostrar nada. Seamos unos traidores.

Andrew asintió con entusiasmo y nuestro plan para hacer «la loca» en Hadley se vino abajo en el nombre de la supervivencia y la comodidad.

Cuando se hubo sentado todo el mundo, por fin conseguí echarle un vistazo al novio. Por mí ya podía irse cañería abajo por el tejado de la iglesia... ¡Qué cosa más horrorosa! Era el hombre más alto que había visto en mi vida y la expresión de su cara era de lo más... maliciosa. Llevaba la cabeza rapada al cero y no dejaba de balancear su peso de una pierna a la otra. Le daba palmadas al padrino en la espalda y cuando sonreía se le veía más chicle que dientes. ¡Era un marine!

—¡Menudo pájaro! —le susurré a Andrew—. Bien mirado, esto puede ser entretenido.

Aun así, Jill iba a echar un polvo aquella noche; ¿qué tenía yo en mi agenda? ¿«Roseanne»?

La marcha nupcial empezó a sonar e intenté recordar cuándo había sido la última vez que la había oído.

En la iglesia de mi ciudad natal la habían prohibido cuando yo apenas si empezaba a andar. El cura había leído en alguna parte que la marcha provenía de una obra de teatro pagana que satirizaba las bodas, así que la prohibió. También prohibió que tiraran el arroz a la puerta de la iglesia alegando que era una reivindicación pagana de la fertilidad. Cuando dejé de ir a la iglesia, justo antes del instituto, el cura había prohibido casi todos los ritos tradicionales de las bodas y los contrayentes se limitaban a escuchar un par de votos, a asentir con la cabeza y a salir pitando de la iglesia, ya casados.

Preñada hasta las cejas, Jill parecía una sátira pesada vestida de blanco, sonriendo con delicadeza, cogida del brazo de su padre sudoroso. Éste la dejó en manos del novio y se fue a ocupar el lugar que le correspondía junto a su esposa, la enorme madre de Jill. La madre llevaba un caftán color lavanda y el pelo recogido en la coronilla en un gigantesco moño redondo que conseguía mantenerse en su sitio gracias a un sombrerito sin alas con un velo corto. Era como una matrona, con unos pechos inmensos que hubiesen podido amamantar a todos sus parientes directos a la vez. Ahora estaba llorando a moco tendido, posiblemente por la vergüenza de ver a su hija preñada en el altar junto a Quasimodo.

Entonces empezó el verdadero espectáculo, con el ritual y los votos y todo ese rollo. Las damas de honor de Jill, ataviadas con sus vestidos de gasa color lavanda, no dejaban de echar miraditas a la congregación, saludando con la mano a sus respectivos novios. Todo aquello parecía irreal... las bodas del infierno. Definitivamente, el novio ya podía prepararse para que le tiraran tarta a la cara en el convite.

El cuadro completo parecía recién salido de uno de esos *reality shows* en que los invitados cuentan sus miserias e intimidades. Éste hubiese llevado por título «Pesadillas nupciales».

Cuando la pareja se estaba intercambiando los votos, Andrew se inclinó hacia mí.

—Ya sé que esto es... una horterada, pero aun así... ¿no te parece romántico? —me susurró.

—No —le abucheé.

—Pero imagínate si pudiese haber bodas entre homosexuales.

—Entonces también habría divorcios entre homosexuales.

Se besaron y la multitud los vitoreó y el resto es historia de Hadley, Minnesota. Nos quedamos hasta que la novia lanzó el ramo y hasta ver el regalo del novio a la novia: un medallón brillante con la inscripción: «Antes la muerte que el deshonor.» No era el regalo más apropiado con que obsequiar a tu mujer preñada, pero ¡eh!, ¿quién soy yo para juzgar a nadie?

Jill se entristeció al tener que despedirse de Andrew.

—Adiós, Andy. Gracias por venir y gracias por el regalo.

Él no le había llevado ningún regalo, pero mucho mejor si ella creía que sí. Por mi parte, lo único que podía pensar era: «¡Que te aproveche la cubitera, zorra!»

—De nada —contestó Andrew en tono victorioso—, espero que seáis muy felices juntos.

Ella estrechó el medallón en sus manos y puso los ojos en blanco.

—¿Y cómo no íbamos a serlo, Andy?

Le besó durante demasiado rato en los labios y nos envió de vuelta al coche. ¡Adiós!

A pesar de todo, deseé que Andrew me pidiera que me casara con él. A lo mejor sucedería: al fin y al cabo, el ramo me había tocado a mí, sí. A aquella niña llorosa había que darle un escarmiento: monada, aquí el que no corre, vuela.

CONFESIÓN 13

NECESITO AMOR

Después de la boda tuve la tentación de llamar a Gregory durante mi tiempo libre sólo por el gusto de quejarme de Andrew, cuando me di cuenta de que había llegado a considerar a Gregory como un amigo. Si no había tenido ningún amante en diez años, tampoco había tenido ningún amigo, así que aquella revelación fue casi tan inquietante como cuando vi a Nervioso en el autobús y sentí palpitar mis testículos.

También me molestaba haberme encariñado tanto con un cliente, pero Gregory era algo más que un simple cliente. Era un confidente —el único que había tenido en mi vida— y un mentor. Veía mi propio futuro en Gregory, me veía a mí mismo reflejado en él. Si Gregory y Renaldo habían estado juntos durante tanto tiempo, ¿por qué no iba yo a tener una relación medianamente decente con Andrew?

Al darme cuenta de la magnitud de mis sentimientos por Gregory, me relajé un poco, me tragué mi tormento y me presenté en su casa el sábado siguiente. Llegué un minuto más tarde de lo habitual sólo para probarme a mí mismo que era capaz de esperar.

Gregory sabía que yo estaba taciturno por alguna razón, y no era muy difícil imaginar que Andrew era el motivo de mi preocupación.

Se acercó a mí en el diván y puso su mano sobre la mía, tenía la textura de la tela de seda arrugada. Le hablé francamente de lo que había pasado en la boda, eludiendo los detalles al describir los intentos ambivalentes de Andrew en el cuarto de baño de su ex novia y, previamente, en casa.

—Le deseabas con todo tu cuerpo —dijo Gregory con simplicidad.

—No —contesté, testarudo como el que más—. Sencillamente, estoy cansado de ir a su ritmo. Lo único que quiero es avanzar un poco con lo nuestro.

—Querías que te hiciera el amor, no tienes por qué avergonzarte de eso. Lo necesitabas y le necesitabas.

Escuché aquello con mucha calma, la cabeza me pesaba tanto que estuve a punto de hundirla en el cárdigan de Gregory, o en su pecho.

—¿Has tenido algún amante alguna vez?

—No —respondí, asustado por hablarle con tanta franqueza—. Al menos, ninguno que fuese sólo mío.

Se rió con complicidad y sentí el impulso loco y repentino de besar a mi abuelo adoptivo justo en aquel momento.

Yo sabía que Gregory iba ganando poco a poco, consiguiendo que le deseara como mínimo la mitad de lo que él me deseaba a mí. Ser consciente de que todavía no había alcanzado aquel punto intermedio me hizo apreciar cuánto debía de desearme Gregory.

Nos separamos y acepté una botella de Evian y más palabras de consuelo e incluso una breve historia sobre Renaldo.

—Estoy seguro de que crees que por haber estado juntos tanto tiempo, éramos inseparables y bastante felices casi siempre, pero no fue así. Renaldo ya era una persona muy obstinada incluso a los dieciséis años y el hecho de que al final aceptase su homosexualidad no significaba que aceptase los sentimientos que aquello

implicaba —Se estremeció por la visión de un apolillado recuerdo, era un narrador siempre cautivador, cuando no teatral—. Hubo un tiempo en que de repente dejamos de vernos. Puso como excusa que tenía obligaciones pendientes con su padre, el Lake Shore, sus amigos... Yo ni siquiera me había dado cuenta de que nos habíamos separado hasta que me detuve a pensar por qué me sentía tan desdichado. Tres semanas de estar lejos de aquel chico, tres semanas de echar de menos los encuentros con él en el descansillo... cuando un día intentó otra vez pasar de largo sin más mientras bajaba a las cocinas:

»—¡Renaldo! —le llamé con voz colérica—. Me has estado evitando durante semanas. No puedes dejarme solo tanto tiempo y esperar que lo acepte así, sin más.

»—Estoy harto de ti. No estoy a tu disposición —me dijo, apartándome de su camino.

»Yo me quedé perplejo, pero sabía que no podía creerme aquello. Decidí arriesgarme.

»—Renaldo, eres un mentiroso. Lo que te pasa es que tienes miedo de descubrir que no puedes acostarte conmigo sin sentir lo que un hombre siente por su amante. Somos amantes, Renaldo.

»Nunca averiguaré cómo sabía yo tanto acerca del amor y el sexo, yo, que hasta poco antes había estado completamente a oscuras en cuanto a la mecánica rudimentaria de hacer el amor, con que imagínate las complejas emociones que están detrás de.... del deseo. Renaldo se apartó un poco y permaneció en silencio durante un rato, pensando. Yo oía las risas de los cocineros debajo de nosotros en las cocinas, un contraste bastante extraño con la cara de severidad que tenía delante de mí.

Gregory hizo una pausa, Renaldo se había visto forzado a enfrentarse a la inevitabilidad de estar enamorado de otro hombre tres generaciones atrás. Yo quería

seguir escuchando la historia y no estaba de humor para aparentar indiferencia.

—¿Y?

—Pues... —Gregory soltó un leve suspiro, como una ligera brisa acariciando el césped—. Renaldo vino a mí aquella noche, se metió en mi habitación y me estrechó entre sus brazos con tanta fuerza como nadie ha vuelto a hacerlo desde entonces. —Rió complacido—. Todavía siento aquellos brazos.

—Si todavía sientes el cuerpo de Renaldo con tanta intensidad —pregunté—, ¿por qué quieres el mío?

—Todo el mundo utiliza pequeños recordatorios. La clave está en que tú eres como Renaldo... a los dos os hace falta que os recuerden que tenéis necesidades emocionales.

Cuando Gregory eludió mi pregunta y habló de Renaldo en tiempo presente, unos escalofríos recorrieron todo mi cuerpo, deseando ser un chico italiano con los brazos tan fuertes como para retener a mis amantes junto a mí para siempre.

CONFESIÓN 14

SOY DÉBIL

Mi apartamento parecía una caja de lápices de colores. A mí siempre me habían gustado los colores primarios, admiraba su simplicidad y la ironía de que rara vez encontramos los colores en su forma más pura. ¿Qué mejor sitio que mi apartamento para exhibir algo en su estado más puro? Doble ironía.

Tenía un sofá color amarillo canario, un juego de mesa y sillas verde lima, una nevera azul eléctrico y una alfombra color ciruela colocada encima de la moqueta. Cuando un día alquilé en vídeo la película *Dick Tracy,* me dieron ganas de suicidarme: ¿por qué Joe nunca me había dicho que nuestro apartamento parecía el decorado de una película simplona? La verdad es que estoy seguro de que a Joe le encantaba imaginarse que vivía en *Dick Tracy.*

Nunca hubo un trabajo de remodelación tan increíblemente rápido. Me gustaría no haber visto aquella película jamás; pero en la vida no se puede dar marcha atrás. Ahora mi apartamento es un batiburrillo más original de papel decorativo con fotografías impactantes y pósters artísticos antiguos. *Vive la différence.*

Además, antes de mi ataque de redecoración provocado por la Tracyfobia, tenía una máquina de esas antiguas de poner discos de color mandarina con todas las

canciones buenas disponibles en discos de vinilo de 45 revoluciones desde 1977 hasta 1989, cuando aquellos pobres discos pasaron a mejor vida.

A veces, cuando estaba solo en casa y en uno de mis mejores y más ridículos momentos anímicos, enchufaba la máquina de discos, sacaba la figura de Madonna que guardaba en el vestidor y me ponía a cantar *Like a Virgin* o *Burning Up*, las dos mejores canciones que ha hecho jamás. La figura se me quedaba mirando, negándose a cantar conmigo la letra de las canciones que se sabía de memoria; en lugar de eso, se dedicaba a contemplar mi actuación con aire socarrón. Muy típico, viniendo de un cartón.

Apretaba un botón y el cacharro aquel se ponía a cantar *Roxanne* con un estruendo capaz de hacer que el techo les cayera encima a mis vecinos de abajo. A mí me daba igual. El marido me pagaba cien pavos de vez en cuando por chuparle los pies, así que yo sabía que no dejaría que la parienta se quejara al casero por mucho que yo me pasara. Me ponía a bailar y a saltar durante un rato, poniendo a prueba mi poder.

Andrew había ido a la cocina y le oí servirse un poco de leche. Sin duda, Andrew aparecería con un tazón repleto de cereales. Estaba obsesionado con aquella porquería destinada a los niños, pero le gustaba comérselos por la noche. Para desayunar sólo tomaba pastelitos rellenos de mermelada, una caja entera con un buen trago de zumo de naranja. ¡Qué hombre!

Gregory me había aconsejado que diera rienda suelta a mis necesidades y decidí hacerle caso.

Antes de que Andrew saliera de la cocina, me coloqué rápidamente en el sofá-nido. Saqué la parte de la cama, algo perfectamente natural ya que lo hacíamos a menudo para poder ver las películas más cómodamente y luego me quedé en calzoncillos y camiseta interior. Desnudarme no era algo tan perfectamente natural. Yo ya

había visto a Andrew desnudo, pero dudaba que él me hubiese visto a mí en ropa interior, a no ser por el rápido cambio de ropa en el cuarto de baño de Jill. No es que tuviera nada que esconder, pero no me gusta nada pasearme por ahí casi en pelotas. Primero, porque es como quitarle gracia al asunto y segundo, porque el hecho de que ver cómo Andrew me veía desnudo a mí habría sido más excitante (visiblemente) que follar, y la táctica abierta no había parecido ser la estrategia más adecuada para conseguir tirarme a Andrew. Hasta entonces.

Me quedé a la expectativa, los ojos me dolían de tanto mirar aquel apartamento de colores extremos y, al mismo tiempo, extrema limpieza. Visualmente excitante y aburrido a la vez, como la MTV.

Andrew apareció con el tazón de cereales que yo había supuesto y se apoyó tranquilamente en el marco sin puerta que comunicaba el comedor con la cocina. Los marcos y rincones de mi apartamento, a diferencia de los demás objetos que había en él, eran de color blanco, como el marco de la puerta principal, y creaban un conjunto de junturas brillantes mirases donde mirases. Andrew iba en vaqueros y llevaba puesta una camiseta con el lema «A Taste of Chicago», y estaba apoyado allí, como un cuadro bellamente enmarcado, masticando y mirándome.

Me iba a follar... lo sabía. Lo nuestro dejaría de ser un amor platónico.

Andrew se estremeció ligeramente y fue entonces cuando me di cuenta de que en el apartamento hacía frío otra vez por culpa de nuestro rácano casero Marty, la Reina de Escocia, el escandaloso imitador de mujer escocés que siempre llevaba el monedero repleto con el dinero que se ahorraba congelando a sus inquilinos. Una desmejorada Judy, que no paraba de estornudar y de protestar después de que mis molestas caricias la hubieran arrancado de un plácido sueño, se alejó de mí

profiriendo quejidos hacia el otro extremo del sofá. Ella intentaba apoderarse de un trozo de manta y yo estaba tratando de contenerme para no echarla de un puntapié de mi lecho nupcial.

—¿Sabes qué? —empezó a decir Andrew mientras engullía los restos del tazón de cereales (¿con sabor a manzana?)—. Ahora mismo te quiero tanto que me entran ganas de... meterme ahí contigo.

Le miré por encima del hombro, tensé todos los músculos del culo y arqueé un poco la espalda, muy sutilmente.

—¿Seguro que estás preparado para esto? —Tenía que tentar a la suerte. Tenía que seguir con mi papel del amigo considerado.

Andrew estaba esbozando una leve sonrisa.

—No lo sabré hasta que lo intente, supongo; pero creo que estoy listo para empezar. Siento que quiero hacerlo.

Su voz sonaba tan ambigua que me asaltó un miedo repentino.

—Pareces indeciso.

Disipó aquella sombra de duda con la firmeza de su respuesta:

—No estoy indeciso sobre lo que siento por ti. Te quiero... lo digo de verdad.

Me hundí en el sofá como un gato, dejando que mi cuerpo se ablandara, relajado por saber que yo no era Joe. No iba a ser rechazado.

—Pero hay ciertas normas —añadió con calma.

Aquella imagen de Andrew vestido de cazador me vino a la mente con brusquedad. ¿Cuál sería su plan?

—¿Qué normas? —pregunté, dándome la vuelta perezosa y lentamente hasta que estuvimos cara a cara. Mi cuerpo seguía oculto bajo las sábanas.

Se había terminado los cereales y ahora se estaba mordiendo el labio.

—No es nada, en serio, sólo que tú... bueno... deberías poner un poco de freno a tu curiosidad por los hombres. Mucho freno.

Sentí que la sangre me subía a la cabeza y me dejaba embotado. ¡Cómo se atrevía a pedirme que dejara mis citas!

«¿Por qué querría nadie dedicarse a la prostitución?», debéis de estaros preguntando. ¿No es eso algo para los pobres, los que no tienen trabajo ni casa, los drogadictos y los que no se respetan a sí mismos? Sí, sí, todo eso es cierto; pero también es la única actividad laboral que veía apropiada para mí. Era más que un trabajo: una forma de vida. Era más que una forma de vida, incluso. Era mi vida. Era yo.

No sé cómo empecé con esto de la prostitución, bueno, sí que lo sé, «¡Doctor Rabo! ¡Doctor Rabo!», pero no todos los chavales habrían aceptado su ofrecimiento así como así. No sé qué hay dentro de mi cabeza que me predispuso a la prostitución —y no tener ningún remordimiento en absoluto por haber tomado la decisión—, igual que no puedo explicar por qué soy gay, fuerte, listo, ególatra, afortunado... lo que queráis.

La primera impresión que tuve de la prostitución fue, definitivamente, positiva: Liz Taylor en *Una mujer marcada,* Marlene Dietrich en *El expreso de Shanghai...* Marlene Dietrich en casi todas las películas que hizo. Cuando era niño, pensaba que las «fulanas», como las llamaban los adultos, eran las criaturas más hermosas sobre la faz de la tierra (después de Donny Osmond y de Richard Gere, quien, si lo pienso, fue la primera «fulana» hombre que vi en una película). Las prostitutas eran divertidas, ocurrentes y extravagantes. Iban cogidas de la mano del pragmatismo y miraban el mundo a través de lentes de contacto teñidas de cinismo, a la vez que olían a un millón de dólares. Presentí que estaba destinado a ser una de ellas.

Mi primer recuerdo es el de querer ser una Marlene Dietrich con una boa negra de plumas de marabú y la barbilla alta mirando hacia arriba, con los ojos y las mejillas rebosantes de belleza inteligente. Le pregunté a mi madre si aquello era posible y ni siquiera pestañeó: «No.» Bueno, no acabé siendo como Marlene, pero sí me acerqué tanto como me lo permitieron las circunstancias.

Lo que más me gustaba de las prostitutas de las películas era el hecho de que si no prestabas atención, si sólo te concentrabas en su fulgor y en su sarcasmo, se te podía pasar por alto el hecho de que siempre eran los personajes que tenían más que decir. Siempre podías aprender algo de una prostituta, eran las que decían las únicas cosas que valían la pena en una película.

No tenía ningún concepto en particular sobre el aspecto sexual del trato. No me imaginé lo que las prostitutas tenían que hacer en la práctica hasta que yo mismo lo hice, y entonces ya era demasiado tarde. Las admiraba y las veneraba y era a su mundo al que me había asomado tan felizmente en cuanto se me presentó la oportunidad. Para mí fue muy natural unirme a las filas de las actrices de Hollywood que habían interpretado a una prostituta. Todas las actrices de Hollywood han interpretado a una prostituta en algún momento de su carrera. Estaba en buena compañía.

Es curioso: nunca dejé de comparar lo de mis citas con la prostitución en el cine. Yo era Shanghai Lily, con la diferencia de que también hacía las escenas de desnudos. Estaba representando en la vida real todo el metraje que se suprimió en la versión final de la película.

Decir que empecé a dedicarme a la prostitución porque Marlene Dietrich interpretaba papeles de prostituta es fácil, pero no sé dar una lista de razones por las que me convertí en un chapero: «falso *glamour,* inseguridad, soledad...». Ya os gustaría a vosotros.

Sólo puedo decir que no me habría convertido en chapero si una parte de mí no hubiese querido hacerlo. ¿Creéis que he planificado mi vida entera en torno a algo que en el fondo no quería hacer? Sólo puedo decir que fuese lo que fuese lo que me hizo empezar cuando era un crío, me empujaba a continuar con ese tipo de vida como adulto.

Me puse muy tenso ante la petición de Andrew.

—¿Quieres que deje lo de mis citas?

Andrew sonrió y dio un resoplido.

—Sí. ¿Es pedir demasiado? —Lo dijo en tono de broma, sin imaginarse siquiera que yo no iba a dejarlo.

—¿Qué te crees, que esto es como cuando te jubilas y te regalan un reloj de oro? No es tan fácil como pensar: «Andrew dice que lo deje y yo lo dejo.» —De pronto deseé estar en el convite de Jill con una copa de ponche en cada mano. ¡Aquel chico era agotador!

—¿Qué dices? ¿Piensas seguir siendo una puta? —Empezaba a captar mis intenciones y su voz sonaba como si estuviera enfadado y perplejo.

—No lo entiendes —exclamé. El argumento final, irrefutable para cualquier adversario. Andrew era mi adversario.

—Puedes estar seguro de eso; no lo entiendo, no tengo ni zorra idea de por qué lo haces. ¡Actúas como si me quisieras con locura, pero esperas que acepte tener una relación con alguien que se tira a otros tíos por dinero! Muchas gracias por preocuparte tantísimo por mi salud...

No sabía a qué estaba jugando, la cuestión es que funcionaba. Me cabreé.

—¡No te atrevas a hablarme del sida, capullo! No estamos hablando del sida. Eso ni siquiera es materia de discusión, y punto. Sabes perfectamente las precauciones que tomo con todas mis citas, sabes perfectamente que tomaría precauciones contigo todas las veces y

también eres consciente de que cualquiera de los dos podría tenerlo ya sin saberlo siquiera...

Se puso hecho una furia.

—¡Pero qué montón de excusas baratas! ¡Como si existiera algo parecido al sexo seguro! ¡Como si acostarse con un montón de tíos no aumentara las posibilidades de cogerlo! ¡Como si siempre tomaras precauciones!

—¡Como por qué no te callas y te vas a a la mierda, Andrew!

La alarma sonó en nuestras mentes y nos quedamos en silencio, hirviendo por dentro en nuestra propia frustración y enfado por haber tenido nuestra primera pelea a gritos. Mi capacidad de reacción me había sorprendido. ¿Dónde cojones estaba mi ropa?

Había algo en el asunto de la prostitución que me ponía enfermo sólo de pensar en tener que dejarlo. En su lugar, a quien estaba dispuesto a dejar era a Andrew, alguien a quien hasta ese momento había estado acariciando como mi gurú sexual personal y el hombre con quien «sentaría la cabeza». ¿Había malgastado un año de mi vida? ¿O había malgastado diez años?

—Escucha. —Cuando rompió el silencio glacial Andrew parecía que tuviese mil años. Yo me sentía como si tuviese dos mil años—. Lo que creo es que eres un egoísta por poner en peligro nuestra salud.

Él estaba más obsesionado con tener una relación monógama que yo con mi prostitución.

Mi voz sonaba menos solemne que antes, pero igual de implacable.

—Tu salud, Andrew; la mía te importa un bledo, si no ya me habrías dicho antes lo preocupado que estabas por mí. Al fin y al cabo, llevo con lo de mis citas desde antes de que tú vivieras aquí, y lo sabes. —Cuando aquello hubo quedado lo bastante claro, añadí—: Lo que pasa es que ésta no es una discusión sobre el sida; si no existiese el sida...

—O la sífilis, o las verrugas genitales, o el herpes...

—O la tos ferina —le interrumpí bruscamente—. Aunque no existiesen las enfermedades de transmisión sexual, también me pedirías que dejara mis citas.

Andrew dio otro resoplido.

—Ya empiezas otra vez con lo de tus citas. ¡Con razón mi madre me decía que no quería que tuviese ninguna «cita» hasta que cumpliese los dieciséis...! ¡Dame una cita, dame una cita!

—Cierra la boca, Andrew. Tú escúchame, ¿vale?, ¿quieres escucharme?

—Di algo que valga la pena escuchar —soltó, inflexible.

Tenía ganas de morirme con toda aquella mierda, sobre todo al ver su preciosa cara ensombrecida por la preocupación. Parecía un hombre que lo hubiese perdido absolutamente todo en dos horas, y tal vez fuese verdad. Su sexualidad era tan estable como la de Denis Rodman y cuando al fin se había decidido a tener una relación conmigo, yo había resultado ser un chapero militante.

Yo no sabía qué hacer. En aquel momento, habría dado cualquier cosa para que me follara, pero no podía prometerle que dejaría mis citas. Era el núcleo del problema. ¿Cómo podía yo admitir que había perdido una década de mi vida? A lo mejor era mi turno de tomarme un poco de tiempo antes de dar luz verde a nada.

—Muy bien, tú ganas. No las llamaré citas nunca más. Ni siquiera sé por qué empecé a llamarlas «citas». Para hacerme el gracioso, supongo.

—Ése es tu problema; siempre te estás haciendo el gracioso. —Suspiró—. Demasiado gracioso, tanto que se vuelve contra ti. Te preguntas que por qué no te escucho siempre. Verás, a veces no tengo ganas de reír.

«¡Ay!»

Quise hacer una broma para suavizar un poco la si-

tuación, pero me di cuenta de que si decía algo gracioso en los veinte minutos siguientes, le estaría dando la razón a él.

—Baja la guardia, por lo que más quieras, baja ya la guardia, joder.

Le miré de arriba abajo, casi como con desprecio, consternado. Para decir lo que dije a continuación tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas y mi valor, y me sentí como una mierda por el mero hecho de decirlo.

—No puedo.

—¿Por qué?

Cerré los ojos e intenté decir lo que pensaba de verdad antes de que se me ocurriera una respuesta adecuada.

—Porque si lo hago, alguien... se aprovechará de mí. —Deseé poder retirar aquellas palabras en cuanto las hube pronunciado: demasiado crudas, demasiado reales. Hice un gran esfuerzo por no desmoronarme—. ¿Por qué me hablas de esto ahora?

—Ahora es el momento. Ahora o nunca.

—Tienes razón, ya lo sé —le concedí, fingiendo una profunda angustia, repitiéndome a mí mismo que sólo era una pose. Cerré los ojos y solté una sola lágrima. Casi estaba llorando de verdad en ese momento, de puro cansancio. «Dame una cita, dame una cita»—. Sé que nunca digo nada en serio. No puedo evitarlo. Creo que no soy sensato si no voy por ahí tomándomelo todo a cachondeo; pero aun así, sabes que yo también tengo razón. Tú crees que la prostitución es algo sucio de verdad, ¿no? No es sólo el miedo a la enfermedad o los celos de que yo pueda estar con otro tío, ¿verdad? Es lo de pensar que soy sucio, que soy moralmente sucio. No puedes superar tu educación.

—Lo has dicho tú, no yo —contestó. Luego, con más convicción, añadió—: Sí, muy bien, tienes razón. Creo que la prostitución es algo... repugnante.

Las palabras que había escogido me hacían tanta gracia que empecé a carcajearme con una risa nerviosa. Eso le ablandó y los dos nos pusimos a reír como un par de histéricos.

—Así que de eso se trata en el fondo, ¿no? Soy «repugnante».

—No. —Golpeaba la cadera contra el marco rítmicamente—. Ése es el problema. Tú no eres repugnante, pero la prostitución sí lo es. Me ha costado mucho relacionar las dos cosas: tú y la prostitución. Supongo que en el fondo no me creo que hagas todo lo que me describiste... todo lo que dijiste que habías hecho con aquel tipo, Cort...

—Yo nunca miento, Andrew. Hago todo eso.

—¿Por qué?

Me sentía como si estuviera en un interrogatorio, bajo los focos, yo solo en medio del enorme sofá-cama. Sencillamente, aún no estaba preparado para hacer mi autobiografía.

—Si supiera la respuesta a esa pregunta, a lo mejor no tendría que hacerme el gracioso todo el rato. ¿Por qué te pasaste un año de tu vida fingiendo que eras normal para contentar a Jill? —Le miré con absoluta franqueza y por su expresión deduje que la pregunta había dado en el blanco. Luego, seguí más dulcemente—: Por favor... no me pidas que lo deje, lo único que consigues con eso es que me resulte más difícil querer dejarlo. Yo quiero estar contigo siempre...

—Quien todo lo quiere, todo lo pierde.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué? El que dijo eso era un amargado.

No iba a mentir a Andrew de ninguna manera, decirle que iba a dejarlo por las buenas, echar un polvo y luego volver a mis citas al día siguiente. No, a pesar de las ganas que tenía, era lo suficientemente sabio como para pensar en el mañana. Quería a Andrew para algo

más que para un simple polvo. Tenía planes para aquel chico. Deseaba tener algo serio con él y si eso significaba dejar la prostitución, significaba dejarla de verdad; y más que cualquier otro pensamiento que hubiese tenido en mi vida, la idea de abandonar aquella actividad me aterrorizaba. Era como un artista contemplando la destrucción de todos sus lienzos para empezar de nuevo, de cero; o como Joe, contemplando las cenizas que antes habían sido sus diarios.

Como si estuvieran escondidos en algún lugar, acechando, sentí el extraño resurgir de mis sentimientos por Joe. Joe, a quien había rechazado tan alegremente. Joe, la carta segura. Estaba loco por Andrew, pero el abrazo de Joe permanecía guardado en mi memoria junto a Andrew. Decidí apartarlo de mi mente y concentrarme en Andrew.

Pensaréis que soy superficial y juro por Dios que estaba enamorado, pero mi cabeza no paraba de decirme: «Quiero echar un polvo, quiero echar un polvo...» ¿Entendéis esa sensación? Como las primerizas que tienen que perder la virginidad, con la diferencia de que yo tenía que perder la mía de nuevo... ¿Y luego qué?

Derrotado, Andrew se encogió de hombros, le dejó el tazón de cereales todavía medio lleno de leche azucarada a Judy y entró en su habitación para irse a dormir. Me pregunté si volvería a tener una erección en lo que me quedaba de vida.

CONFESIÓN 15

SOY FRÍVOLO

Como ya habréis podido adivinar, soy un poquitín insociable. Además, algunos de mis congéneres me dan un poco de asco, no voy por ahí buscando sexo ocasional y ni siquiera necesito ampliar mi lista de clientes fijos; así que os preguntaréis qué hacía yo en un bar gay unas dos horas después de mi pelea con Andrew.

El Falo era el único bar de ambiente en el que he estado dos veces. Para mí era como un zapato ya usado, como una zapatilla vieja muy cómoda. En vez del típico tugurio repleto de vejestorios con ropa de cuero (nunca perdonaré a Al Pacino por hacer que les cogiera tanto miedo a los tíos vestidos de cuero), o del club «selecto» con unas reglas de admisión súper estrictas y más cuarto oscuro que pista de baile, el Falo era un bar muy agradable y animado con un montón de estudiantes, tipos de lo más normalito, el vecino de al lado y aquel gay, el bueno del tío Artie, que tan bien nos caía cuando éramos unos críos. Todo el mundo se tomaba «una cerveza», y si les apetecía bailar había una pista sin demasiadas pretensiones pero con suficiente luz como para poder divisar al Hombre Perfecto y, al mismo tiempo, bastante penumbra como para echarle dos años menos al vejete de al lado.

¿Qué hacía yo en el Falo? Básicamente, pensar. Es-

taba sentado bebiéndome una botella de Evian encaramado en el taburete de una pequeña mesa junto a otro taburete vacío en el que siempre dejaba mi chaqueta para que nadie creyese que yo estaba disponible y aprovechase la oportunidad para sentarse.

Me gustaba ver quién era gay en los últimos tiempos, cómo se comportaban y la ropa que pensaban que era medianamente seductora para ir a ligar. Tampoco había demasiado humo ni, desde luego, marihuana, ni tampoco ninguno de esos listillos menores de edad vestidos con trajes italianos tratando de venderme algo de éxtasis o papelinas de coca. Cada dos por tres ponían una canción de REM, justo después de un clásico de Donna Summer, e intercalándola con cualquier cosa que estuviese en el número uno de las listas de éxitos de la semana.

En resumen, el Falo era un sitio al que podía ir a tomar algo y nada más, sin ningún añadido por el que tuviera que preocuparme.

Aquella noche estaba pensando en los problemas de Andrew con lo de mi prostitución y en mis propias opiniones al respecto. ¿Tanto valía la pena Andrew como para cambiar mi vida de una forma tan radical? Yo iba a renunciar a algo muy importante para mí, pero ¿a qué iba a renunciar él? ¿Al celibato?

Pero aquél era el tipo de mentalidad «una cosa a cambio de otra» de la que iba a tener que empezar a olvidarme. En el mundo de la prostitución, todo se mide según una cantidad determinada de dólares: cien pavos, puedes lamerme lo que quieras; doscientos pavos, puedes chuparme la polla; quinientos, te follo. Yo hacía las cosas por dinero.

Estar con Andrew significaría hacer las cosas (tanto en el sexo como en todo lo demás) no sólo porque él quisiera que las hiciese, sino porque los dos lo queríamos. No podía medir los méritos de Andrew de forma

pragmática y decidir basándome en eso. Lo primero era considerar que yo estaba enamorado de aquel chico y que le quería más que a nada en el mundo. Casi.

Di un sorbo a mi vaso de agua.

A mi alrededor, los chicos estaban en pleno cortejo nupcial de las palomas. ¿Habéis visto alguna vez a las palomas cuando están a punto de hacerlo en el parque? El macho ahueca las plumas mientras se contonea alrededor de la hembra, que continúa moviéndose ágilmente hasta que él la atrapa, salta sobre ella y follan como desesperados durante un minuto. Tratad de imaginaros lo mismo pero con dos machos: ambos con las plumas ahuecadas, contoneándose como locos, intentando saltar el uno sobre el otro y follando durante un minuto exacto... Eso es lo que parecía el Falo.

Todos los tíos estaban moviéndose de un lado para otro entre amplios grupos de chicos vestidos con polos y pantalones largos (un montón de piernas bonitas esta noche). Está bien mirar a veces, pero no entiendo por qué tienen tantas ganas de ir follándose a todo el mundo. Creo que es un poco degradante ir por ahí entregando tu cuerpo tan a la ligera, ¿no? Quiero decir, yo me acuesto con un montón de tíos, pero nunca a menos que me paguen. Algunos pensarán que eso es caer muy bajo, pero ¿no es mejor que infravalorarte tanto como para ir por ahí abriéndote de piernas ante cualquiera con una sonrisa bonita, un guiño y una habitación para pasar la noche?

Supongo que todo se reduce al placer. Si obtienes placer, debe de valer la pena. Mi pregunta es: «¿todos estos tíos obtienen tanto placer de verdad todas las veces?» Me da miedo pensar eso, porque no creo que sea físicamente capaz de correrme de verdad con tantos tíos. ¿Soy selectivo? ¿Puritano? ¿Algo no me funciona bien?

Además, se invierte muchísima energía en ligar.

Pensad en todo el tiempo que se emplea yendo al gimnasio, consiguiendo resultar atractivo a los demás, aprendiendo a ser encantador, vistiéndonos y arreglándonos, sentándonos en un bar buscando posibles parejas, bebiendo, charlando... Te acuestas con el tío y no vuelves a verle el culo en toda tu vida. Inviertes todas tus energías en ligar de nuevo, completamente seguro de que el siguiente será tu príncipe azul. Si los gays dejaran de gastar tantas energías yendo por ahí de bar en bar, pensad en todos los Leonardos da Vinci que tendríamos saliendo del gueto gay de los noventa; pensad en todos los Schuberts y Nijinskis. En su lugar, tenemos unos cuantos millones de tíos guapísimos —eso sí—, con un trabajo estable y una lista interminable de ligues de bar. Y luego estoy yo.

—Oye, ¿te importa si me siento aquí contigo?

No era Leonardo da Vinci. El tipo colocó mi chaqueta en mi regazo, rozándome la pierna con la mano, y se sentó en el taburete prohibido que estaba a mi lado. Era alto, rubio, clase media, un bigote fino, con un buen cuerpo pero probablemente un adepto reciente de la fe del culturismo. Tenía una cara bastante vulgar y su cuerpo grande parecía estar hecho a su medida, un tipo básicamente asqueroso que había conseguido mejorar un poco gracias a su cuerpo. A veces, cuando miro a mi alrededor y me fijo en mis congéneres gays, me siento como Donald Sutherland en *La invasión de los ultracuerpos,* con la diferencia de que aquí nadie roba el cuerpo de nadie, sólo se dedican a mejorarlos.

Me estaba mirando con una sonrisa forzada entre trago y trago de una Miller sin alcohol. No había tenido ni la más mínima intención de esperar a que yo le invitase a sentarse, así que yo no tenía la más mínima intención de que se fuese de la mesa con los cojones intactos.

Le dirigí una mirada llena de odio, con tanta mala

leche que por poco se cae del taburete. Luego recuperó la compostura y se lanzó al ataque.

—Pareces muy perdido en tus cosas. —(Trago/sonrisa/trago/sonrisa.)

—No —respondí—. Sólo intento tener un momento de paz y tranquilidad a solas. —(Sorbo/sorbo.) Ni hablar de darle conversación.

—Bueno, no deberías pasar tanto tiempo a solas. Eres demasiado mono como para no dejar que nadie comparta un trocito de ti.

—Ya en el parvulario no se me daba bien lo de compartir. —«Joder, todo el mundo quiere tener un trozo de mí, dejadme en paz.»

(Trago/sonrisa/trago/sonrisa.)

—Eres muy gracioso. Ya veo que estás acostumbrado a que te persigan los tíos; pero yo no quiero nada raro, te lo prometo. Sólo estaba pensando que a lo mejor te apetecía ir a comer algo conmigo. —«¡Qué pesado! Algo de comer... Como tu polla, por ejemplo.»

Estudié su cara detenidamente; pero no, no había nada interesante...

—¿Qué es exactamente lo que crees que te hace tan apetitoso? —le pregunté secamente—. ¿Qué tienes tú que no tengan otros cien mil tíos?

Le empezaba a quedar claro que no estaba jugando a hacerme el duro, precisamente, y que sus palabras y su actitud no me estaban poniendo cachondo. De hecho, sólo le había dicho algo bastante ofensivo, castrante incluso.

—¿Y a ti qué es lo que te hace tan atractivo? —se limitó a responder. Estaba cabreado.

(Trago/sonrisa/trago/sonrisa.) Copiar su estilo fue el golpe de gracia.

—¿Por qué no me lo dices tú?

Se fue con el rabo entre las piernas y murmurando algo de «gilipollas» y «jugar». ¿Había estado jugando

con él? Os lo pregunto a vosotros: ¿había coqueteado con él, le había mentido, le había estado dando cuerda? Que vaya a follarse a su novia.

Hasta nunca, señor Tragosonrisa; siempre nos quedará el Falo.

Se había acabado la paz y la tranquilidad. Me terminé el agua y me abrí paso entre la multitud en dirección a la puerta principal. A medio camino, vi al señor Tragosonrisa por última vez. Me estaba señalando con el dedo y hablándole de mí a su amigo, un universitario asiático bastante guapo con la cara sonrosada, bíceps abultados y labios rotundos. Cuando los dos me estaban mirando, le dediqué al señor Universitario la mirada más arrebatadora que tenía y moví los labios con la mayor claridad posible para vocalizar «Te deseo» justo antes de salir por la puerta.

Eso, mis queridos alumnos, es jugar con la gente.

CONFESIÓN 16

NECESITO A LAS PERSONAS

Sentado al lado de Gregory, me pilló completamente por sorpresa cuando al fin llegó el momento: la consumación. La palabra en sí rezuma sexo por todas partes, ¿no os parece? Si cierro los ojos y la pronuncio en voz alta, veo ramos de florecillas que empiezan a arder lentamente con una llama de fuego rápido y espiritual. En apenas un segundo se convierten en fuego y luego en cenizas; todo se ha consumado. Creo que la pasión real es así. Cierto que a menudo es un camino largo y penoso, pero a la hora de la verdad, cuando algo está a punto de ocurrir, es como las flores ardiendo... por un instante en tu mente hay un patrón de pensamiento delicado como la estructura de una flor. Luego te unes a otro ser humano y tu mente se desintegra: carne, fuego y humo. Es inevitable e irrecuperable. Por eso perder la virginidad es algo tan importante. No es que simplemente vayas a hacer algo por primera vez en tu vida, sino que te estás evaporando y continúas con tu vida como un elemento totalmente diferente y renovado.

Aquel día me traía sin cuidado si alguna vez me acostaría con Gregory o cuándo, ya había decidido bastante tiempo atrás que Gregory nunca creería que yo lo deseaba lo suficiente. Yo estaba recostado en su sofá, con las manos colocadas encima de la cabeza y balan-

ceándolas por encima del brazo del sofá, con los pies desnudos apoyados en el otro brazo, a treinta centímetros de Gregory, que se dedicaba a leer en voz alta el *Tribute* («¡Bette Davis ha muerto! ¡No puedo creerlo! Esto prueba que en efecto ha estado viva durante estos últimos años.» En realidad, estaba desconsolado por aquella pérdida) y a echar unos tragos de brandy de la copa más cursi que había visto en mi vida.

—Estoy muy preocupado por Joe —murmuré, sorprendiéndome a mí mismo. En realidad había estado pensando en mi discusión y mi guerra de silencio con Andrew. ¿O no?

—Por lo que me has contado —dijo Gregory—, parece estar perfectamente. Creo que sólo es un jovencito a quien le gusta divertirse e irse por ahí de picos pardos. Sí, claro, ha tenido la mala suerte de que sus padres lo echaran de casa, así que se va de picos pardos unos cuantos años antes que el resto de los chicos. —Siempre he sospechado que Gregory albergaba cierto resentimiento hacia la juventud gay de los noventa por dar por hecha su relativa libertad—. No estás tan preocupado por él como lo estás por tus sentimientos hacia él.

Me quedé pensando en lo que me acababa de decir durante un rato. Seguramente era cierto. Necesitaba a Joe porque él, como Gregory, era uno de mis pocos amigos. Necesitaba a Andrew porque... en fin, es como cuando me llamó su «roca». Necesitaba aferrarse a mí y yo necesitaba que alguien se aferrase a mí.

Estaba hecho un experto en divorciarme de los vínculos emocionales, lo había estado haciendo durante tantos años que era sobrecogedor necesitar de repente a Andrew y a Joe, aunque fuera de maneras distintas, a ambos a la vez.

El primer divorcio había sido el más duro, pero también había puesto los cimientos sobre los cuales lle-

garía a edificar los muchos divorcios que le siguieron. Estoy seguro de que la mayoría de los gays tienen que enfrentarse a este divorcio tarde o temprano, aunque hay que admitir —y esto me da un poco de envidia— que cada vez son menos los que se ven obligados a pasar por el mismo trance: tuve que perder a mis padres.

Como todo buen marica, tuve un papá a quien quise mucho y una mamá de cuyo regazo no me separaba ni por un momento. En los años de mi niñez, mamá era guapísima, con ese pelo largo y de color rubio natural tan típico de principios de los setenta, pero el sentido de la estética de una ama de casa muy mona: un retroceso con respecto a sus años de formación en los cincuenta. No trabajaba, y punto. No es que mi padre se lo hubiese prohibido, es que ni siquiera era un tema de discusión. Mi madre no había trabajado en toda su vida; simplemente vivió del dinero de sus padres hasta que conoció a su marido, y entonces empezó a vivir del dinero de él. Es esa clase de princesa irresistible para todo el mundo, así que nunca tuvo que preguntarse de dónde vendría su siguiente comida. Mamá me adoraba y solía preguntarme varias veces al día, con su naricilla encendida y picarona suspendida justo encima de la mía: «¿Quién te ha hecho tan guapo? ¿Quién ha hecho a mi niño tan rico y tan guapísimo?» La respuesta implícita era, por supuesto, que había sido mamá. Nada de Dios: mamá era atea y estaba demasiado ocupada consigo misma como para ir mirando hacia los cielos en busca de inspiración; y ni hablar de papá, tampoco, porque pese a ser muy atractivo y bastante guapo en el sentido clásico de la palabra, no se le podía identificar físicamente como a mi padre biológico. Lo único que heredé de él fue mi pelo castaño oscuro con unas cuantas mechas rubias y renegadas.

Yo idolatraba a mi madre. Nunca se apartaba de mi lado, siempre llegaba a casa con una lluvia de juguetes...

nunca tuve que rogarle que me diera un premio. Cuando me encapriché del Scalextric, lo tuve al cabo de una semana; fui el primero en tener Blandiblub, un cubo de Rubik y generaciones de espirales metálicas (esas cosas duraban casi tanto como los hámsters). Mamá me lo dio absolutamente todo a excepción de una cosa: cariño auténtico. Para llorar.

Papá. El corazón me daba un vuelco cada vez que pensaba en él, justo hasta el día en que me pilló masturbándome. Aquello fue muchísimo después de mis días felices con mamá, cuando yo ya era demasiado mayor para los abrazos y un competidor demasiado peligroso en cuanto a ser el centro de atención; tenía doce años, poco antes de que mis piernas rodeasen los musculosos hombros de mi primo. Aunque ya lo sabía todo sobre el sexo desde mucho antes, hacía poco que había aprendido el arte de manejar mi cuerpo a voluntad, y me pasaba las horas perfeccionando la técnica en la soledad de mi cuarto, cómodamente escondido en mi cuartito ropero para poder subirme los pantalones si oía entrar a alguien.

El día que me pilló, estaba mirando un catálogo de moda masculina —creo que de Sears— y también unas cuantas fotos de Lorenzo Lamas que tenía escondidas (muy bien, podéis fusilarme si queréis, pero os prometo que mi gusto ha mejorado en los últimos doce años o así). Casi nunca fantaseaba con el sexo de verdad, sólo con hombres que me miraban directamente a los ojos, me cogían de la mano y me acariciaban el pelo. ¡Acariciarme el pelo! Me ruborizo sólo de pensarlo, aunque sea algo tan inocente, pero es que es la primera vez, al escribir esto, que confieso mi fantasía sexual más erótica de aquella época. Todavía me encanta que me acaricien.

No oí absolutamente nada, lo que significa que mi padre había venido a fisgonear deliberadamente... la puerta de mi habitación hacía un ruido insoportable, era una pesadilla de madera vieja con unos goznes tan chi-

rriantes como la risa de vuestra vieja abuela, que en paz descanse. Sin previo aviso, la puerta de mi cuarto ropero se abrió de golpe, en silencio, y vi la mirada glacial de mi padre mientras mi esperma salía despedido directamente hacia la página treinta y ocho: «Ropa interior para él.»

—Mira lo que has hecho —dijo. Su voz echaba chispas de furia. Me miró y yo encogí las rodillas a la altura del pecho, tratando torpemente de esconder la revista.

Mi padre siempre había sido un cabrón, de ahí que al final se metiera en política local. Antes que nada en este mundo, era un entrenador, un entrenador de fútbol de una liga menor. No podía haber nada más masculino, a excepción tal vez de un Boina Verde, pero claro, no podías convertirte en un Boina Verde si escurriste el bulto cuando te tocó alistarte en el Ejército porque tuviste la suerte de que tu universidad quedara a un paso de la frontera canadiense. Era muy atractivo, lo admito; un muñeco GI Joe con un bigote de lo más masculino, muy de moda por aquel entonces. Todos sus jugadores, la mayoría negros, lo adoraban, pero nunca supieron —aunque tal vez lo adivinaron, si es que de verdad les funcionaba su famoso sexto sentido para sobrevivir en las calles— lo mucho que mi padre odiaba a todos los de su raza. Ganó unas elecciones locales con un ochenta por ciento de votos negros, aunque luego se dedicaba a ir diciendo pestes de los estúpidos y los gilipollas a quienes odiaba tener que entrenar. Los odiaba hasta el punto de que un día le dio un ataque de nervios, cabreado por haberles oído jactarse de haberse tirado a una blanca; luego se calmó y estaba tan encantador que mi madre invitó a los vecinos a casa para poder presumir de él. Tenía un buen cuerpo, carnoso, no como esos tipos de plástico que veo por ahí en los bares de ambiente. Tenía el torso velludo y unas manos enormes, e incluso me acuerdo de haberlo visto desnudo mientras nos duchábamos juntos cuando yo aún no tenía ni cin-

co años. Recuerdo haberle tocado el pene con absoluta candidez y haberle preguntado qué era aquello y por qué el mío era diferente; tuvo la extraña cortesía de tomárselo a broma; apartó mis dedos con mucha delicadeza y me dijo: «No debes tocar eso, pero se llama —(susurrando)— pene.»

Mi infancia estuvo marcada por una serie de rechazos casi letales por parte de mi padre. Yo tenía una buena constitución para los deportes y corría como un galgo, pero me ponía muy nervioso a la hora de salir al campo y no hubiese jugado ni que me matasen. A pesar de ello, me inscribieron en todos los equipos juveniles de treinta kilómetros a la redonda y me obligaron a llevar una vida de heridas perpetuas, ya que me negaba en redondo a participar por sistema y me convertí en el gran enemigo de todos los chavales del mundo: el gallina gordo y grandullón. Mis hermanas me daban mucha lástima porque las ignoraban aún más descaradamente que a mí, pero incluso ellas me miraban con desprecio y me llamaban «el pequeño Brucie».

A los ocho años, ya sabía perfectamente por qué era diferente. Había visto fotos de chicos tocándose los penes mutuamente en las revistas porno que mi amigo (¿Jake? ¿Jack?) me enseñaba en la fabulosa furgoneta que su hermano mayor utilizaba como nidito de amor. Se me quedaban grabadas una imagen tras otra, principalmente de hombres que apenas si se rozaban unos a otros, todo lo contrario de los que aparecían en las demás fotos, sobando por todas partes y violando en grupo a una mujer con el pelo empapado en sudor. Los hombres no eran nada del otro mundo: flacuchos, pálidos... sólo sabías que olían a incienso y que no creían en el desodorante; pero yo me moría de ganas de que me tocaran a mí, tenía muchísimas ganas de crecer para poder tocar el pene de algún hombre.

Igual que sabía que lo que a mí me iba era tocar pe-

nes en vez de las violaciones en grupo, también sabía que me tenía que quedar calladito. ¿Cómo sabe eso alguien a tan temprana edad? La verdad es que hay muy pocos padres que te digan: «Esto es ser gay, así que no lo hagas.» En vez de eso, había alguna ley cultural subliminal por ahí que me aconsejaba que me quedara muy calladito con todo aquel asunto de los penes hasta que encontrara a alguien que también pareciese estar tan calladito como yo.

Del período de mi infancia que va desde los ocho años hasta el día en que mi padre me vio correrme, a los doce, sólo recuerdo algunas escenas:

— estar esperando con ansiedad durante media hora o cuarenta y cinco minutos en el bordillo de la acera... mi padre llegaba tarde a recogerme... yo siempre estaba esperando...

— llevar el pelo demasiado largo, mi padre estaba demasiado ocupado y mi madre demasiado concentrada en sí misma y/o en las cosas de la casa para cortármelo... algún chico más mayor me preguntaba si era un niño o una niña...

— matar bichos de forma compulsiva y mentirle a mi madre cuando me preguntaba por las extrañas crucecitas de madera (hechas con palos de polos) que yo había puesto en el jardín... era el terror de los abejorros...

— la primera vez que me metí el dedo en el agujero del culo y me sentí como si hubiese inventado la palabra «obsceno»...

— uno de esos programas que traen a gente rara al plató, un día que salieron unas *drag queens.* Yo contemplaba fascinado sus pechos enormes y... ¡de verdad! Intrigado ante la explicación que me dio mi madre, que apretó los labios y me dijo que habían ido al médico y, sencillamente, se habían dado unos retoques...

— cuando pillé a dos de los jugadores favoritos de mi padre besándose de la misma manera que papá besaba a mamá... ¿serían como yo?

— una bronca que me echó mi tía por garabatear chicas desnudas... no llegó a encontrar los chicos desnudos, escondidos en los bolsillitos de mis pantalones...

— decir la palabra «negrata» en voz alta en un partido de fútbol, la buena de mi niñera me hizo callar... darme cuenta de que la palabra que mis padres usaban tan a menudo era un insulto de muy mala educación... odiarles por haberme enseñado a decirla...

— pasármelo en grande con los juegos de bloques de madera y figuritas de plástico de animales incluso hasta mucho después de que otros críos de mi edad se dedicasen a otros entretenimientos más exóticos, como los videojuegos o ver el canal del Playboy de la televisión por cable a hurtadillas, metiendo un naipe en la ranura del descodificador...

Más que nada, recuerdo haber sido relativamente feliz durante mi niñez. Me daban pena los niños que habían perdido a sus padres, o los que eran tan tontos que el colegio les resultaba una tortura insoportable, o los que eran demasiado pobres como para disfrutar de una comida caliente, o los que llevaban gafas, o aparatos en los dientes, o los que iban en sillas de ruedas... Recuerdo el sentimiento de ser el único chico normal hasta que, de repente, me entraban náuseas al acordarme de que, al fin y al cabo, a mí me gustaba tocar los penes.

Era un animal solitario. Vivía en mi habitación y punto. Estaba gordo, bebía litros y litros de Coca-Cola, leía todos los libros que caían en mis manos y escribía historias cortas sobre sofisticados asesinatos y tormentosos amoríos (chico-chica). Al principio, mi madre es-

taba preocupada, luego avergonzada y al final me dejó por imposible y prácticamente dejó de hablarme o de hablar de mí a medida que se iba metiendo cada vez más en la vorágine de las reuniones de la asociación de padres, de vecinos y, cómo no, del Tupperware. Cuando descubrió a Barbara Ward, fue como si hubiera vuelto a nacer y, de hecho, su cara parecía que hubiese vuelto a nacer. Por desgracia, su nueva cara —embadurnada con una base de maquillaje que acababa bruscamente en la barbilla, con los ojos perfilados con lápiz y los labios pintados con un pegote de color malva y relucientes con brillo— en realidad se parecía más a una placenta que a una vuelta a la vida, y su transformación esperpéntica me hizo mucho más fácil alejarme de ella.

¿Mi madre? La quería con locura. ¿Mi padre? Lo adoraba, lo idolatraba, quería ser tan guapo y tan fuerte como él; a veces incluso le deseaba, a falta de algo todavía más perverso con lo que fantasear. Pero en realidad no era eso, sólo era una de esas cosas freudianas, un deseo en el que luego pensaría sin convicción.

Pero todos aquellos sentimientos pertenecían al pasado porque, como ya he dicho, aquello fue muchísimo antes de haberme divorciado de ellos.

Dudo que mi padre se hubiese dado cuenta de que me estaba haciendo una paja mirando todas aquellas fotografías de hombres, pero cuando me miró y yo empecé a subirme los pantalones a toda prisa, decidí transformarme. Si mi madre podía hacerlo, si las *drag queens* podían hacerlo, yo también. Mi madre era inútil, a mi padre todo le daba igual y estaba lleno de un odio sin objetivo concreto. A la mierda con ellos.

«¿Qué coño estás haciendo fisgoneando en mi habitación? ¡Sal de aquí ahora mismo o te mato!»

Mi padre se puso pálido, abrió la boca, dio media vuelta y salió dando un portazo.

Me quedé allí sentado durante una media hora, la

hostilidad todavía me hacía daño y sentía un cosquilleo en la garganta por la fuerza con que había gritado, a pleno pulmón. Para cuando empecé a arrancar las páginas manchadas y a arrugarlas, mi esperma ya se estaba secando; me limpié un poco con el calcetín sucio, acabé de subirme los pantalones y me fui tambaleándome hasta la cama. En apenas dos minutos, arrancados de los doce primeros años de mi vida, me había deshecho de mis padres como si fueran un par de pantalones viejos. A partir de ese día, sus vidas dejaron de importarme lo más mínimo. Existía un acuerdo tácito entre mi padre y yo: habíamos dejado de ser padre e hijo, pero mantendríamos las apariencias. Yo los utilicé para que me proporcionasen comida y un techo hasta acabar el instituto. Luego los abandoné. Estaba decidido a no depender de ellos para ir a la universidad, ni para cualquier otra cosa. Después de varios años de fingir para tener un plato en la mesa, estaba listo para largarme de allí.

Creo que esta clase de pragmatismo cruel es el pan de cada día para los homosexuales, al menos para los más valientes. Puede parecer frío anteponer la propia supervivencia al calor del hogar, pero eso es sólo si nunca dudaste cuando tus padres te decían: «Te quiero... pase lo que pase.» Cuando se le han puesto límites al amor y tienes doce años, empiezas a preguntarte cómo sobrevivirías si te echaran a la calle. Pensar en eso durante los seis años siguientes antes de acabar el instituto (suponiendo que lo acabes) puede alimentar mucho odio en un individuo que, en otras circunstancias, podría ser perfectamente capaz de amar. Además, también te convierte en una persona práctica hasta la exageración.

No me echaron de casa porque fuese gay. En vez de eso, me mataron de hambre emocional, todo (y estoy totalmente convencido) porque alguna parte del cerebro de mis padres les decía que yo no era «como había que ser». Yo me divorcié de ellos porque alguna parte

de mi cerebro me decía que yo era gay y que me rechazarían automáticamente por este motivo.

Hoy, mis padres no tienen ni idea de dónde vivo, a no ser que se hayan molestado en buscar mi nombre en el listín telefónico. Saben que soy gay sólo porque el resto de los habitantes de nuestra ciudad acabó por decírselo. Espero no volver a verlos nunca más y les deseo una muerte tan dolorosa como la que me infligieron ellos a mí cuando era un crío y pasé del amor más inocente a sufrir la peor clase de traición que se puede cometer respecto a otro ser humano.

Los guardo a los dos en el más oscuro de los olvidos por su muda aversión hacia mí. Todo el asunto se decidió sin que habláramos de ello ni una sola vez, en el silencio más absoluto. Nunca sacamos el tema y ahora ya nunca lo haremos, y eso no tiene nada que ver con que yo «haya escogido un estilo de vida determinado» o con lo de «son así y no pueden cambiar». Tiene que ver con el hecho de haber tenido la mala suerte de nacer en el seno de una familia formada por los dos hijos de puta más fríos que se hayan subido uno encima del otro para hacer una criatura.

Mientras Gregory daba unos sorbitos a su brandy, la cabeza me daba vueltas de tanto pensar en los divorcios emocionales: primero, de mis padres y mi familia; luego, de Andy; más tarde, de unos cuantos amigos que no valían la pena y después, de cualquiera que me pareciera vagamente atractivo. Últimamente, sin embargo, estaba dejando que unos cuantos se colaran por las rendijas de mi corazón. A lo mejor Andrew era tan importante para mí porque yo había puesto un anuncio para encontrarlo y lo había escogido a él para que entrase a formar parte de mi vida. A lo mejor todo aquello del divorcio tenía más que ver con el rechazo de gente a la que nunca había tenido la oportunidad de aceptar o de rechazar, gente que el destino había puesto en mi cami-

no. Si era así, entonces puede que la palabra «divorcio» no fuera la más adecuada en mi caso: no puedes divorciarte de alguien con quien ni siquiera te has casado.

Salí de golpe de mi ensimismamiento y mis ojos se concentraron en Gregory. Me estaba mirando de reojo, seguía haciéndose el distraído pese a que estaba claro que buscaba mi cara. Era mi amigo, y yo le quería por eso.

Ahora o nunca.

Me levanté, me acerqué a él y le besé. Su suspiro sonó como una hoja de papel al deslizarse por debajo de la puerta. Le besé con energía, moviéndole la cabeza con mi boca. Él me besó con mucha suavidad, como si tuviésemos todo el tiempo del mundo o como si estuviera saboreando el manjar más delicioso y exótico de la tierra. La cabeza de Gregory descansaba sobre la curva de mi cuello y sus dedos me iban desabotonando la camisa con presteza hasta abrirla de un tirón. «Huele a pino», recuerdo que pensé. Con las uñas trazaba menudísimos círculos sobre mis pechos y me acariciaba lentamente los pezones firmes e hinchados. Nunca he experimentado una adoración de mi carne tan delicada y embriagadora como la que experimenté con Gregory. Cubrió mi pecho con más besos de los que he recibido en los labios a lo largo de toda una vida de intimidad profesional.

Cuando bajó para chupármela, cerré los ojos y lo vi como un torbellino rubio, de apenas dieciséis años y loco por Renaldo, el Apolo de tez morena. Mientras me lamía los testículos con una lengua llena de vida, abrí los ojos y lo vi como era, un hombre mayor muy atractivo, con una mandíbula firme y encendido de pasión, con el pelo aún suave y blanco. Le guié de nuevo hacia mi pene y nuestras miradas se encontraron antes de que él siguiera descendiendo; nos quedamos mirando mi erección y maravillándonos, impresionados los dos, no por el tamaño (¡por favor!) sino por la forma de un pene humano, la superestructura, el vigor rojizo, los tier-

nos brotes de piel en la punta donde una boca de cualquier edad puede provocar un placer tan intenso que se traduce en agonía. Habíamos estado planeando aquella erección desde el día en que nos conocimos.

Luego volvió a mis brazos de nuevo, trayendo consigo el aroma de su transpiración. Nos desnudamos, nos pusimos muy serios y pareció muy natural que le diera la vuelta para abrazarlo en una obscena posición fetal. Yo no podía parar de recorrer su cuerpo con mis manos, su piel apergaminada, las manchas oscuras de sus antebrazos que, a pesar de su apariencia, no se notaban al tacto... todo lo que se dice es mentira. Tenía el culo acurrucado en mi ingle, y lo tenía tibio, seco y suave; no había ninguna diferencia con los de los hombres con los que he estado, pero estaba a años luz de los culos duros y musculosos que tanto les gustan a los hombres de mi generación, con los que nunca me he acostado. Se echó hacia atrás y me sujetó el pene con fuerza, con el pulgar untado con un poco de mi preeyaculación. De repente se apartó un momento para ir en busca de un condón que guardaba en la mesilla de noche y de un frasco de gel lubricante que tenía junto a la cama. Era un poco raro ver a un hombre tan mayor echando mano del lubricante, pero supongo que es así como sobrevives en el mundo durante ochenta años... te adaptas.

Le pedí a Gregory que me pusiera el condón, cosa que hizo, y luego le pedí que lo untara de gel, cosa que hizo. Nos tumbamos en la cama, yo me puse un poco de gel en la palma de la mano y lo pasé por entre sus suaves nalgas, acariciando de arriba abajo hasta metérselo por el ano —dio un gemido—; luego retomamos nuestro abrazo fetal. Empezó a moverse con ímpetu contra mis dedos y a levantar la pierna un poco, con mucho esfuerzo. Yo le ayudaba colocando mi mano entre sus muslos para hacer que se abriera para mí y luego, lentamente, después de tres intentos fallidos, le metí el pene.

Yo nunca había follado tan despacio ni con tanta perseverancia. Sé que no interrumpí ni por un momento mis embates adelante y atrás, excepto al final, cuando empecé a follármelo más desesperadamente en un ligero movimiento circular, dejándome ir de aquella forma para poder correrme con la intensidad que consideraba necesaria. Quise darme por vencido, pero mi compañero lo hacía demasiado bien. Me estremecí al darme cuenta de que si Gregory no me hubiese pagado por ello, de todas formas habría hecho exactamente lo que estaba haciendo.

Gregory se echó hacia atrás, se agarró a mi antebrazo, rígido por mi determinación, y empezó a murmurar entre jadeos que yo era «fuerte, muy fuerte...». Al final saqué la polla del todo para volvérsela a meter de nuevo y pareció sumirse en la extenuación. Pero aquel movimiento era lo único que hizo falta y me corrí, haciendo mucho ruido y durante mucho rato...

Dejé caer mi mano sobre su cuerpo y me percaté de que él había tenido un orgasmo en algún momento, pero no sabía cuándo. Hundí mis dedos en su semilla vital, imaginando que podía sentir la vida deslizándose por ella. Los dos respirábamos agitadamente y a la vez, sin decir una sola palabra. Dormimos hasta el amanecer y nos despertaron los pasos y el griterío de los universitarios que, como colegiales, corrían por los pasillos ante la puerta del apartamento de Gregory. Luego empezamos de nuevo. Esta vez lo tomé en mi boca y me tragué hasta la última gota.

Me sentí como esperaba que Andrew se sintiera después de hacer el amor conmigo: en una comunión total. Fue como un presagio, como un aperitivo. Fue la primera sensación de unión íntima que tuve desde la última vez que había estado al otro lado de las embestidas, siglos atrás.

También fue el primer placer verdadero que me permití a mí mismo durante años.

Así que me acojoné.

CONFESIÓN 17

ESTOY ORGULLOSO DE SER GAY

«No puedo creer que me haya pasado la noche con Gregory», pensaba mientras me bajaba del autobús número seis y echaba a andar por la calle Belmont. Me zumbaban los oídos y sentía martillazos en las sienes. Estaba inmensamente satisfecho conmigo mismo por lo de la noche anterior y aun así me sentía muy confuso. Había sido demasiado y demasiado pronto, además.

¿Habría desperdiciado algo precioso, algo que habría sido el doble de placentero con Andrew? Me sentía como si hubiera perdido la virginidad otra vez, con la diferencia de que la primera vez no me había sentido tan inseguro como ahora. ¿Qué me pasaba? ¿A quién quería en realidad?

Tenía que quitarme de la cabeza todas aquellas preocupaciones. No podía hacer juegos malabares con mis sentimientos por Andrew y por Gregory. A lo mejor aquella confusión mental era la causa por la que Andrew se oponía a tanta prostitución. Bien mirado, a lo mejor tenía razón.

Me había quedado dormido en casa de Gregory hasta mucho más tarde de que empezara el acontecimiento del día: el Desfile del Orgullo Gay.

En Chicago se organiza un desfile muy animado que congrega a multitud de habitantes del Medio Oes-

te, llenos hasta los topes de cerveza y de orgullo, y haciendo alarde de lo que tienen y un poco de lo que no tienen. Las carrozas suelen ser bastante sencillas y, desde luego, siempre hay demasiados políticos de mierda (sombras de papá), quienes echarían pestes si sus hijos se volvieran maricas pero a quienes no importaba hacer una visita a algunas escuchimizadas oficinas para captar algún que otro voto gay... pero, por otra parte, en ningún otro sitio se respira un ambiente de comunidad tan fuerte como en el gran desfile. De hecho, ese sentimiento de comunidad se pierde en el olvido durante el resto del año; pero eso es culpa mía, ¿no? Por estar metido siempre en mi habitación o en mi propio mundo o porque me pagan por follarme a otros tíos que no se sienten orgullosos en absoluto, tan sólo tienen remordimientos, y dinero gay.

Joe vino corriendo hacia mí, tenía la misma pinta de drogado que uno de esos rockeros *grunge*.

—Creo que este desfile va a marcar mi vida —exclamó con entusiasmo, después de los primeros saludos. Se contoneaba por la calzada con la misma facilidad con la que la mayoría de nosotros caminamos, pero con menos sentido del ridículo—. ¡Estoy fuera de casa, fuera del armario y fuera de mí! —«Y yo estoy fuera de tu alcance, no lo olvides.»

—Estará muy bien, seguro —respondí, manteniendo cierta distancia. Joe se acercó y me rodeó con sus brazos.

—No puedo creer que vayas caminando por Belmont y que ni siquiera te acerques al desfile. Estás a una manzana de un montón de tíos gays con una tarjeta de identificación enganchada en la camiseta. ¿No estás orgulloso?

Era tan mono, tan mono... Sus ojos brillaban con tanta intensidad... ¿Quién decide quién tiene los ojos bonitos y quién ojos que simplemente le sirven para

ver? Quería explicarle todo lo que me había pasado la noche anterior, preguntarle a Joe por su parte de responsabilidad en el asunto, pero en vez de hacerlo me tragué mi confusión y me mordí la lengua.

—Claro que sí —contesté—. Estoy orgulloso, me gusta ser gay; pero no sé qué tiene que ver el hedonismo con la política.

—Si fueras homo, serías pésimo —se burló Joe. Era una especie de broma contra mi edad, su referencia a la nueva guardia cuando yo ya no pertenecía a ella en absoluto, aunque sólo fuese por unos cuantos años de diferencia.

—Yo inventé ser homo —dije sarcásticamente—. ¿Qué sabrás tú de ser homo?

Era un broma, pero muy cercana a la realidad. Joe podía ser un homo de la Nueva Era, pero era yo el que iba por ahí llevando una vida homo, vendiendo mi cuerpo de forma radical, dueño de mí mismo, un individuo. O algo así.

—Así que tú inventaste ser homo. ¿No inventaste la rueda también?

Me dijo que tenía pensado ir de ácidos todo el puto día, emborracharse a tope y conocer a tantos chicos guapos como le resultara humanamente posible, eso sí: sin acostarse con ninguno porque pensaba que el Día del Orgullo Gay debía reservarse para estar de fiesta, bailar y pasárselo bien. El hecho de que irse a la cama con extraños no encabezase su lista de actividades para pasárselo bien era muy sintomático. Si no se lo pasaba bien, ¿por qué insistía en seguir haciéndolo a todas horas?

Pero si iba a estar colocado todo el día, ¿qué pasaría si conocía a algún tipo que quisiera aprovecharse de él? Siempre estaba preocupándome por Joe. Ojalá su hermano Tony no me hubiese hecho responsable del chico.

La voz de Gloria Gaynor resonaba por las calles

desde algún lugar de la manzana, donde la gente se había agolpado para contemplar el desfile.

—¡Un clásico! —exclamó Joe.

Era demasiado joven para acordarse de la música disco, sólo sabía que aquella canción era un clásico porque se lo habían dicho.

A veces tengo un lado morboso. No soporto los clásicos de la música disco porque me recuerdan que la música disco precedió a la Plaga. De todos aquellos cuerpos que se desmelenaron con absoluto abandono y se lo pasaron en grande en una ola única y serpenteante de poliéster, aceites corporales y sexo... ¿cuántos están muertos ahora? Si escucho a Donna Summer o a Gloria Gaynor, sólo recuerdo lo fundamentalistas que llegaron a ser todos. Las frases más amargas de la historia de los gays se las debemos a ellos.

Recuerdo un día en que fuimos con mis padres a visitar a una tía rica en Miami. Era una vieja gorda y arrugada, tan burda como puede llegar a ser una princesa americana, y bebía como un cosaco, pero todos nos lo pasamos muy bien en su piscina en forma de riñón, paseando por la playa, buscando exóticos especímenes de vida marina y jugando con su perro, Rublo (todavía me acuerdo de su nombre, aunque por aquel entonces no tenía ni idea de lo que era un rublo), el caniche más listo del mundo. Pero no puedo acordarme de lo divertido que fue aquel viaje sin pensar que ahora Rublo está muerto, frío en su tumba. Morboso.

Así es como veía yo mi vida amorosa. El amor que yo sentía por Andrew no conllevaba mi felicidad, sino la desgracia de Joe; pero por lo menos ahora no parecía excesivamente desgraciado.

Cuando Joe estaba a punto de irse, me percaté de que había estado fijándome en una llaga enorme que tenía en el labio y caí en la cuenta de que podía tratarse de herpes. Aquella mierda tenía muy mala pinta, además,

no era como aquellas llagas pequeñas que salen en los labios de vez en cuando, sino que se parecía más a un herpes genital... no era difícil imaginar cómo había ido a parar allí.

¿Que cómo lo sé? Bueno, sólo tienes que ver una para reconocerlas el resto de tu vida.

—Joe, ¿qué te ha salido en el labio? —No creo que me den nunca un premio por mi sutileza.

Joe se quedó helado ante mis palabras y me preguntó enfadado qué quería decir.

—Nada... sólo que creo que tendrías que ir a algún sitio a que te lo miraran.

Estaba tratando de quitarle importancia. Pensaba para mis adentros que Joe me había dicho que se había acostado con Max Prince, un niñato de discoteca, dos noches atrás. Había pasado el tiempo suficiente para que apareciese una llaga de aquellas características. Una parte de mí esperaba que Joe tuviese herpes, como castigo por ir follando por ahí de una manera tan irresponsable. Cuando me di cuenta de que era capaz de pensar una cosa así me dieron escalofríos.

—Lo único que me falta es preocuparme por mi aspecto más de lo que me preocupo normalmente —dijo con una agudeza sorprendente. Su cuarto de baño estaba abarrotado de cosméticos masculinos, productos capilares, lociones, utensilios de belleza, Kleenex... Era una sorpresa que fuese consciente de lo ridículo que era todo su instrumental, sobre todo teniendo en cuenta que si hubiese dormido unas cuantas horas y hubiese salido directamente a la calle, habría estado igual de guapo o incluso más todavía.

—A mí lo que me preocupa no es tu aspecto de hoy. Lo que digo es que a lo mejor necesitas ir a la clínica y ver si eso es herpes...

—¿Herpes?

Un concepto extraño. Desde luego, no era tan joven

como para no recordar cuando el herpes era la más temida de todas las enfermedades de transmisión sexual... De repente sentí una punzada fría al pensar que por supuesto que era demasiado joven para acordarse de cuando el herpes era el nuevo mal terrible: «¡Tiene casi ocho años menos que yo!» Noté cómo me aparecían dos nuevas patas de gallo en cada extremo de los ojos.

—Sí, te puede haber contagiado el herpes... Bueno, la verdad es que varios tíos —(¡ay!)—, pero últimamente supongo que Max.

Se mantuvo en sus trece a pesar de la cogorza que llevaba encima.

—No, eso es imposible.

Había puesto punto final a nuestra discusión, pero me imaginé a Joe bailando en la pista de Boykultur más tarde, después del desfile, de doce a seis de la mañana...

... Joe meneándose de acá para allá con aire de abandono, la delicia de cualquier hombre de edad, un pequeño monstruo muy jugoso vestido de caucho, con unas botas y un cubrepollas. Las luces parpadean mecánicamente, todo es un complicado engranaje compuesto por jóvenes piezas de maquinaria que bailan al son de la misma energía. Su deseo es su lubricante, sus miembros son sus palancas del cambio de marchas. Las juergas en Boykultur tienen un extraño modo de convertirse en orgías.

Joe siempre es el centro de atención. ¿Por qué no? Es la esencia de la juventud y además lo parece; es rubio natural con los dientes perfectos y tiene todas las credenciales para hacer de él un ligue apetitoso: el pelo ideal, los morritos carnosos, los ojos brillantes, los bíceps, el culito perfecto, el ritmo, la mirada insinuante... A menos que se trate de una juerga loca en especial, Joe no es mucho más sexy que cualquier otro chico, todos parecen iguales a los ojos de sus colegas de más edad que han dejado de ser niñatos de discoteca para conver-

tirse en los machos que hacen palpitar los corazones de los niñatos de discoteca. Así que Joe hace cualquier cosa para seguir siendo el centro de atención: sonríe con todas sus fuerzas, no para de hacer guiños y va por ahí exhibiendo su cuerpo más de la cuenta. Dejará que cualquier hombre haga lo que quiera con él en el cuarto oscuro delante de todo el mundo sólo para seguir contando con el favor de su público...

Vuelta a la realidad: éstos son los delirios exaltados de Irma la Dulce.

... Joe ve a un tipo que le mira... nada raro, excepto que hay algo en aquel chico que hace que Joe se vuelva de nuevo para mirarlo dos veces. El desconocido le está observando sin disimulo, mirando a Joe con un deseo abrasador. Es más alto que Joe, más ancho de espaldas y con unos brazos grandes, fuertes y rotundos. Es un pedazo de hombre, tiene el pelo oscuro y ondulado y probablemente se depila el pecho, que queda expuesto parcialmente. Una sencilla cruz de plata pende de un *piercing* que lleva en el pezón, el comienzo de unos magníficos pectorales. Es «moreno». Mi abuela lo llamaría «de color». Joe lo llamaría un dios.

Dios sonríe con rictus amenazador a Joe, moviendo la cabeza frenéticamente al ritmo de la música para demostrarle lo salvaje que sería con él si tuviera la oportunidad. Mueve las caderas desde donde está contra la pared, simulando las embestidas que utilizaría para destrozar a Joe, para sujetarlo a la cama como si fuese una pequeña mariposa con las alas abiertas y clavadas en la monstruosa caja de cristal de algún niño.

Joe se aleja de sus amigos, baila alrededor de Dios y acaricia la cruz de Su pezón con gesto lascivo.

—Es bonita —dice sin más—. Me gusta.

—Sí, me lo imagino.

Media hora después, están en el coche de Dios. Está aparcado junto al bar, por lo que el poderoso estruendo

de la música tecno resuena a través de la pared y la puerta y el metal y el cristal. Dios hace que Joe le chupe el sudor de Su cara y de Su cuello. Joe obedece con entusiasmo, está excitado. El tipo es guapísimo y está buenísimo... Dios está hablando con Joe, le está diciendo que quiere que se la chupe con fuerza. Joe se pone manos a la obra y empieza a comerse el pene hinchado de Dios, mamando como un niño hambriento en la teta de su madre, saboreando la ilícita gota del deseo, sin tan siquiera preocuparse por el sida porque en Canadá ahora dicen que las mamadas no implican peligro, siempre y cuando no dejes que se corra en tu boca: el siguiente mandato de Dios. Joe, tan educado como siempre, obedece y se traga el semen en cuanto empieza a salir a chorros hacia su lengua. Es algo automático, un favor como forma de empezar una nueva y divertida relación con otro hombre.

Esta clase de acuerdos absurdos son algo banal en nuestro mundo. Los hombres los hacen todos los días, desafiando todas las leyes de la lógica, la razón, la inteligencia y la precaución; todo por la maravillosa sensación de hacer algo peligroso en un mundo tan seguro que resulta imposible vivir en él. Literalmente. Bienvenidos al sexo gay de los noventa.

Dios está rabiosamente cachondo esta noche, feliz de poderse permitir el capricho de un menor de edad tan voluntarioso. «Tengo que reventar ese culo», murmura entre jadeos mientras besa vorazmente a Joe para ayudarse a levantar Su miembro otra vez. Joe lucha con una mezcla de emociones y de confusión por la necesidad de permitirse a sí mismo ser usado y la necesidad de protegerse de ello. Al final, Joe se ha puesto demasiado caliente con el dedo rechoncho que Dios le ha incrustado en el ano como para negarse. En lugar de eso, cuando abre la boca para objetar, se oye a sí mismo rogándole a Dios que lo exprima al máximo.

El coche de Dios es una lata de sardinas, pero coloca a Joe sobre Su polla y, sin más ceremonia, atraviesa a Su presa, la mueve arriba y abajo sobre Su cipote como si fuera un objeto inanimado y la machaca metódicamente. ¡Joe se siente tan bien, tan vivo...! Le duele y a la vez le gusta y percibe cada sensación, minuto a minuto, mientras la polla de su nuevo amante penetra su cuerpo una y otra vez.

—¡Que voy....!

Esta vez Dios ha sido responsable —no hay necesidad de jugársela a lo tonto—, se saca al chico de encima y se corre en el salpicadero del coche de Su hermano. Joe también se la está cascando, pero acabará por rendirse por la vergüenza de estar intentando todavía el orgasmo número uno cuando Dios ya se ha corrido dos veces.

—No te preocupes por mí —dice Joe, tratando de ser amable.

Por supuesto Dios interpretará aquello como una señal de que al chico no le ha parecido sexy. No lo suficiente. Hablan tranquilamente, limpian un poco, se arreglan y luego Dios lleva a Joe a casa. Garabatea su nombre y su número de teléfono en una caja de cerillas que acabará usando el próximo compañero sentimental de Dios para encender los fogones de la cocina. Joe sale del coche, entra en casa, siente palpitaciones y está locamente enamorado. «¡Qué noche! Bueno, mientras no se lo diga a nadie, en realidad no cuenta que esta noche haya follado como un salvaje, sin precauciones...»

Lo cierto es que estaba muy preocupado por mi pequeño monstruo. Una vez me tropecé con un chico portorriqueño con cara de dormido que salía de la habitación de Joe a eso de las siete de la mañana y se me metió en la cabeza que tenía que averiguar si Joe usaba condones con todos aquellos ligues suyos. Así que esperé a que Joe se encerrara en el cuarto de baño y me

asomé a su habitación en busca de algún paquete de condones vacío, Kleenex usados... cualquier cosa que me diese una pista. Luego se me ocurrió que tal vez Joe había tirado cualquier indicio a la papelera del pasillo, así que fui hacia allí y empecé a hurgar entre la basura. Joe apareció detrás de mí y me preguntó qué estaba haciendo.

—Buscar mi vida... creo que a lo mejor la he metido aquí por error. —Joe estaba hecho una piltrafa, parecía una muñeca de trapo violada.

—Ya veo. No deberías ir por ahí rebuscando entre los desperdicios.

Parecía molesto y se metió en la habitación para evitar cualquier posible discusión, así que decidí olvidarme del asunto.

Me fui a mi cuarto y traté de no pensar más en ello. Al día siguiente compré un paquete de cien condones especiales para sexo anal y dos tubos de lubricante y les dije a los dos, a Andrew (como si él los necesitara) y a Joe, que me los habían dado gratis en una promoción y que eran para todos. A partir de ese día, observé con satisfacción cómo los condones iban desapareciendo y los tubos iban menguando misteriosamente por las noches, todo ello seguido por las caras de vergüenza y regocijo de los chicos que salían de los aposentos de Joe. Estaba tomando precauciones, o al menos lo intentaba.

—Monstruo —empecé a persuadirle con dulzura—, hazme un favor y vete a la clínica. Yo sé de qué va esto: cualquiera puede coger un herpes.

—Iré —contestó, intentando ser realista pero sabiendo que no lo haría. Si hubiese ido a la clínica de ETS, estoy seguro de que se habría dado de bruces con Max. El herpes de Joe sólo le atormentó más tarde, durante las primeras erupciones. Después de aquello, y después del susto inicial y la sensación de asco hacia sí mismo, el herpes se convirtió en una molestia sin im-

portancia, pero también en un recordatorio muy útil, en un aviso. Podría haber sido peor.

Di por concluida la discusión sobre el herpes, le deseé que se lo pasara bien y le abracé con mucho cuidado, para no descolocarle su... cuerpo entero. Pareció alegrarse y me devolvió el abrazo.

—Pásatelo bien, monstruo —le dije refunfuñando. Le llamé «monstruo» porque era cualquier cosa menos eso. Se marchó revoloteando calle arriba, perdiéndose entre el enjambre de homosexuales.

Ahuyenté a los fantasmas y me di cuenta de que mis sentimientos de afecto, de amor incluso, por Andrew, por Gregory y por Joe estaban aflorando a la superficie como semillas de hierba en esas fotografías que se hacen a intervalos de tiempo; estaban apareciendo por todas partes sin orden ni concierto. Me sentía orgulloso, quizá no por ser gay, orgulloso, sin más. Me sentía orgulloso, bien y... como nuevo.

Me apetecía ver el desfile.

Tuve que contener una risa burlona en la esquina de Broadway y Belmont, y al cubrirme la boca, me di cuenta de que aquella mañana no me había afeitado. Empecé a palparme las mejillas y la barbilla para asegurarme, pero no, no me había afeitado. Posiblemente era el primer día que no me había afeitado desde que tiré el primer paquete de cuchillas desechables a los trece años. Es curioso cómo un detalle tan insignificante de tu rutina diaria puede sorprenderte de aquella manera, pero lo hizo, ya lo creo que lo hizo, y me pregunté si no sería un signo de alguna catástrofe mayor, y si era necesariamente algo malo.

La multitud estaba como loca, lanzando vítores a una carroza tras otra, a una reina tras otra, e incluso a una *majorette* mujer-hombre ambidextra que conseguía arrancar los «ohs» y «ahs» que normalmente se reservan para los acróbatas que se pasean por la cuerda

floja. Él/ella era fabuloso/a, delgado/a como un palillo, embutido/a en un traje color rosa chillón, adornos de lentejuelas y con la expresión de una dama de sociedad aburrida, como si sintiera hastío de los juegos malabares que salían de sus manos borrosas.

Por suerte, hacía calor, tal vez no volvería a hacer aquel día hasta al cabo de mucho tiempo, y las calles olían a gente, a comida y a otro aroma que no logré identificar.

Me pasé el día del desfile fijándome más en la muchedumbre que en las carrozas. En general había demasiados chicos musculosos empapados en sudor a los que no he sabido comprender jamás. A fin de cuentas, pasaban el tiempo libre poniendo a punto su cuerpo para dar placer a las manos de otros hombres y, aun así, acabar peleándose con los ligues de una noche para ver quién se folla a quién.

Sin embargo, por ridículo que parezca, era emocionante pensar que los miles (¿o cientos de miles?) de personas que armaban aquel alboroto eran casi todos gays.

Gregory no había querido acompañarme al desfile y sus ridículas excusas me habían dado un poco de miedo. La idea del desfile parecía incomodarle y yo no podía creer que, en veinte años, ni siquiera hubiese ido a uno. Era, sencillamente, incomprensible.

Pero estaba contento de que Gregory no me hubiese acompañado, contento por poder estar un rato a solas. Me alegraba no tener que relacionarme con la gente. En vez de eso, podía observarlos mientras se relacionaban unos con otros.

No volví a ver a ninguna persona conocida después de que Joe se largara y no habría cambiado aquella circunstancia por nada del mundo. Unos cuantos meses atrás, me habría sentido solo y triste en el Desfile del Orgullo Gay, pero aquel día me sentía de maravilla. No necesitaba ver a millones de personas que conociese (al

contrario que algunos de los demás espectadores) para sentirme querido. Sencillamente, sabía que tenía a Joe, a Gregory e incluso —aunque no nos dirigiésemos la palabra— a Andrew entre bastidores.

Aterricé en mi habitación después de que anocheciese, justo cuando los demás empezaban a salir de bares como el Mother's, el Falo o el C-Street o se dirigían a antros más importantes como El garito de Carol, el Bistro, el poco original Vórtice o el temido Boykultur. Ya había estado observando durante bastante tiempo y estaba demasiado satisfecho con la experiencia como para estropearlo todo quedándome para ver la metamorfosis del Orgullo Gay en el Barullo Gay, donde todo el mundo se dedica a a cepillarse a todo el mundo, punto.

Irónicamente, Andrew no estaba en casa.

Por un momento temí que hubiese conocido a un hombre y se le hubiese ocurrido intentarlo en la hora H, pero borré aquella posibilidad de mi mente antes de darle tiempo a atrincherarse en ella. Joe también estaba fuera, probablemente borracho como una cuba y tirado en el suelo de Boykultur. Por lo menos no estaba en el coche de Dios.

Le di de comer a Judy, que no paraba de ronronear mientras hacía desaparecer una caja de Friskies, luego me metí en la cama y me quedé frito, sintiéndome más cómodo con lo que había pasado con Gregory, aunque fuese evidente que Andrew era mi auténtico Renaldo.

CONFESIÓN 18

ME IMPRESIONO CON FACILIDAD

La noche siguiente al Día del Orgullo Gay pasó algo fuera de lo común: tuvimos un invitado en casa. El hermano/guardián de Joe, Tony, vino a casa a cenar pizza, ver la tele, charlar un rato y todo eso. Era la primera vez que se iba a quedar en el apartamento más de una hora y Joe parecía necesitar verle. Cuando Joe me mencionó la visita descubrí en sus ojos cierta depresión, un sentimiento de soledad. Tenía una relación errática con su hermano, el único miembro de su familia que lo quería sin reservas, a pesar de su incómodo desconocimiento de todo lo relacionado con el hecho de ser gay.

Cuando le dije a Andrew que Tony se iba a pasar por casa, me miró con ojos tímidos y yo le devolví la misma mirada. El tiempo y —en mi caso— una profunda reflexión habían logrado limar las asperezas de nuestro duro silencio. Por su innecesaria respuesta: «Gracias por avisarme», supe que éramos amigos de nuevo... al menos durante una tarde.

—¿Firmamos una tregua? —me ofreció.

—De acuerdo.

Yo esperaba ir por buen camino para hacer las paces, primero, y hacer lo otro, después.

Tony llegó a eso de las ocho, todos nos estrechamos la mano y nos concentramos en todo el rollo de hablar

y beber cerveza o Evian o lo que tuviéramos más a mano. Era increíble ver lo viriles que parecíamos todos cuando nos enfrentábamos a la extraordinaria tarea de hablar, simplemente. ¿O era que Andrew, Joe y yo tratábamos tan sólo de estar a la altura del indiscutible machismo de Tony?

Mientras nos sentábamos en el comedor, se me ocurrió que aquél era un momento realmente insólito: era la primera vez que estábamos todos juntos. Nuestro distanciamiento había sembrado la semilla de un lazo poco común entre los cuatro: Joe no sabía lo último de Andrew y de mí, Andrew no tenía ni idea de que mis sentimientos por Joe eran mucho más fuertes de lo que yo me empeñaba en aparentar, y Tony sólo conocía algunos detalles censurados que Joe le proporcionaba por teléfono. En cuanto a mí, no tengo ni puta idea de lo que no sabía. Entre nosotros existía una íntima interrelación, pero estábamos básicamente ligados por los vínculos de la represión, los rumores, la intuición, la sospecha... unos lazos muy fuertes; y no se trata de un sarcasmo.

Me sentía emocionalmente exhausto, así que hablé mucho menos de lo habitual. Tony era el único chico de la habitación por el que no sentía ninguna ansiedad sexual, y eso que aquella noche estaba especialmente seductor... Pero no os preocupéis, no acabo tirándome a Tony, no soy tan golfo como pensáis.

El carisma de Tony radicaba en su belleza, en sus expresiones dulces e inocentes y en su prosaica sensualidad. Y en su estupidez. Y en su «normalidad», no nos olvidemos de eso. Se estaba bebiendo una Miller y tenía un aspecto algo desaliñado, con los ojos lánguidos de sueño. Estaba repantigado en el sofá grande junto a su hermano, Joe la oveja negra, que mostraba una sensualidad igual de sencilla pero más descarada. Joe se había cortado el pelo ese día y lo llevaba aplastado, con un to-

que de comicidad, como si hubiese estado durmiendo en una mala postura. Iba en pijama, un pijama raído y de algodón (amarillo con corazones rojos) que se ponía noche tras noche, su favorito. Juntos, parecían una foto de Bruce Weber que llevase por título «El toro y el pollito».

Andrew estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas y no llevaba camiseta, tan sólo unos holgados vaqueros Calvin Klein de color blanco, pero con una cara decente. Era el único que en realidad prestaba atención a la porquería de película de Stella Stevens sobre prostitutas que echaban por la tele y que el resto de nosotros fingía estar viendo. Me senté en una silla enfrente de los dos hermanos, con Andrew entre mis rodillas. Estaba rascándole la espalda y haciéndole un masaje en los hombros; admito que, en circunstancias normales, me habría deshecho de gusto haciendo aquello, pero estaba tan preocupado que no se me ocurrió tener una erección.

Tony se lo estaba tomando con mucha calma.

Era curioso ver a los tres compañeros de piso, cada uno en distintas etapas del acto de desnudarse, a dos de nosotros poniéndonos románticos y al bueno de Tony, el macho, el normal, completamente relajado y afable.

—Es demasiado vieja para ser una puta —señaló Andrew, hablando de la señora de mediana edad que salía en la tele luciendo una sofisticada boa—. ¿Cuántos años tendrá? ¿Cincuenta?

—Ahora debe de tener más —intervino Joe, quien se animó un poco ante la perspectiva de poder chismorrear sobre las celebridades mientras engullía con avidez un tazón de cereales—. Pero a lo mejor tenía treinta y nueve o cuarenta cuando hizo esta película, en 1979.

—Demasiado vieja —repitió Andrew. No había que ser demasiado listo para captar la mordacidad de su comentario. Al darse cuenta de lo estúpido que era in-

sultarme cuando yo estaba detrás de él con mis manos alrededor de su cuello, cerró la boca.

—Me encantaría que Madonna hiciese una película sobre prostitutas. —Joe se había entusiasmado—. Que hiciese un papel auténticamente rastrero, como de adicta a la heroína o algo así. Como en *El ocaso de una estrella.*

Tony intentó meter baza.

—Sí, eso le saldría de maravilla.

Joe se lo tomó como una ofensa personal, como si Tony pudiera ser sarcástico o lo suficientemente idiota como para poner verde a Madonna delante del pequeño Joe.

A mí me sacaba de quicio ver otra película sobre prostitutas. ¿Por qué harán tantas? ¿Por qué nos parece tan fascinante la prostitución? Pierde todo su atractivo después de la primera transacción; luego te das cuenta de lo que es en realidad: sólo un negocio. No hay nada profundo ni significativo, ni tampoco oscuro o siniestro en ello, no es más interesante que un verdulero vendiendo un kilo de fruta.

—Oíd, chicos —dijo Tony—. Quiero preguntaros una cosa a los tres.

Todos pusimos los ojos en blanco en nuestro interior y Joe —que estaba junto a Tony, de forma que éste no le veía— puso los ojos en blanco de verdad. Todos sabíamos que aquél era el preludio de un bombardeo de preguntas totalmente inconexas y embarazosas sobre la homosexualidad. Tony lo llevaba escrito —en rotulador fosforescente— en la cara.

—¿Sí? —le apremió Joe con ansiedad.

—Va de gays —dijo Tony—. Tengo una pregunta sobre sexo que a lo mejor vosotros me podéis contestar. ¿Pensáis alguna vez en mujeres haciendo el amor?

Joe y Tony siempre habían tenido disputas de hermanos sobre asuntos relacionados con la homosexuali-

dad, incitadas por la estupidez de Tony y por los recuerdos de Joe sobre su intensa adoración por el chico. Cuando se peleaban, Tony tenía el don de acabar diciendo precisamente lo más inconveniente sin tan siquiera una pizca de malicia. La intención cuando se hiere a alguien no es lo que cuenta cuando alguien acaba sintiéndose herido de todas formas.

—¿Quieres decir si pensamos en las lesbianas? —pregunté a la vez que saboteaba el intento de Joe de saltar sobre aquel zoquete.

—No necesariamente —respondió Tony.

Pausa.

—Bueno, y entonces ¿qué tipo de mujeres se acuestan con otras mujeres a menos que sean lesbianas? —preguntó Joe con impaciencia.

—Las mujeres bisexuales —dijo Tony, orgulloso de poder airear los pequeños prejuicios inconscientes de su hermano. «¡Bravo!»

—Bisexuales-gilisexuales —dijo Joe con humor caústico.

—Pero no se trata de eso, de todas formas. Lo que os estoy preguntando es si pensáis en mujeres follando y no me estáis respondiendo...

—Mi respuesta es no —dije—. No me malinterpretes, no tengo nada en contra de las mujeres. Lo único que me molesta de ellas es que los hombres no se les parecen; de todas formas, no tengo sueños húmedos con mujeres haciéndoselo.

Andrew tenía que aportar su granito de arena.

—Yo sí, Tony.

—Pero entonces tú estás un poco... —Tony hizo un movimiento muy peculiar con la mano, como si se la estuviese sacudiendo, y el cuello de Andrew se puso tenso entre mis dedos. Así que Joe sí le había estado poniendo al corriente de la situación en casa...

Joe se sintió ultrajado.

—Desde luego, ¡mira que eres bruto! Andrew no está... —(una nueva sacudida con la mano)—, sólo está saliendo del armario, eso es todo.

—Sí, estoy un poco confuso —corroboró Andrew. «¡No me digas!»

—¿Te estoy ofendiendo? —preguntó Tony, abriendo sus brazos con impotencia—. Yo creo que no. ¡Por Dios, Joe! ¡Todo lo que digo o hago te ofende! Siempre que tengo una pregunta te cabreas...

—No, Tony, no. —Joe le alzó la voz—. No pienso en mujeres follando. ¿Por qué habría de hacerlo? ¿Por qué nos haces esa pregunta? Eso es lo que a ti te gustaría, que yo...

—¡Ya estamos otra vez! Yo soy el hetero, yo soy el malo de la película. Vamos, díselo... dile que no soy ningún fanático en contra de la homosexualidad. —Era un poco extraño que se dirigiese a mí, aunque yo, de hecho, estaba de acuerdo con él.

—¿Por qué no nos dices de una vez por qué nos haces esa pregunta? —sugerí de malhumor, más interesado en averiguar algunas cosas que en hacer de moderador.

Tony nos contó que a su novia bisexual le gustaban muchísimo las mujeres y aun así tenía fantasías con gays haciendo el amor. Aquello nos intrigó a todos y nos quedamos en silencio un momento para asimilar la idea. ¿Aquel tío estaba enrollado con una bisexual?

—¡Joder! Ella parece que está más... —(sacudida con la mano)— que yo —bromeó Andrew.

—Una hetero en el armario —sentenció Joe.

—No me parece tan raro que tenga esa fantasía, por lo que significa —intervine—. Es como cuando los hombres normales tienen fantasías con lesbianas... o algo así.

—Yo no lo pillo —dijo Tony—. Quiero decir... es como si le gustasen más las mujeres que yo y ahora le ha

cogido esa neura con los gays... le gusta todo el mundo más que yo.

—Entonces a lo mejor quiere decir algo que estés con ella —sentenció Joe.

Tony nos sorprendió a todos agarrando a su hermano y dándole un enérgico abrazo. Joe empezó a patalear muy cómicamente mientras Tony le daba besos burlones en la cara.

—A lo mejor quiere decir algo que yo esté pasando el rato con tres maricones.

Joe, a punto de ser abatido, se desprendió de su hermano de repente, entre divertido y enfadado. Odiaba la palabra «maricón» incluso cuando los propios maricones la utilizaban, pero oírsela decir a Tony le había sacado de sus casillas.

—No pronuncies esa palabra delante de mí —le amenazó—. No me llames así. No necesito que me llames maricón... ya tengo que oírlo demasiadas veces todos los días. Es una palabra asquerosa... me hace sentir como si fuera un trozo de mierda.

Tony siempre se tomaba las peroratas de su hermano muy a pecho. Atrajo a Joe hacia sí de nuevo y empezó a acunarlo como si fuera un bebé... el pijama contribuía en gran medida a completar aquella imagen. Joe se relajó y se hizo evidente lo mucho que se querían. Era muy tierno ver al macho y robusto Tony tan cariñoso, y entonces fue cuando nos dejó a todos boquiabiertos.

Mientras acariciaba a Joe como si fuera un niño de dos años, Tony se inclinó y besó a su hermano en los labios. Fue un beso casto, pero no fraternal. Fue más bien un beso maternal, pero hubo en él un elemento (sacudida con las manos) inequívoco. Creo que Andrew estaba escandalizado: se puso muy tenso y nunca llegamos a comentar aquel incidente. Yo contemplaba la escena con incredulidad... pero aún hoy en día me masturbo pensando en ella. Sí, lo sé, lo sé. «¿Qué coño pasa con el

rollo del incesto que tanto se ha puesto de moda?» A mí, que me registren. Es posible que, como sólo tengo hermanas, no lo encuentre tan asqueroso.

Tony bajó la cabeza para mirar a un estupefacto Joe.

—Ahora yo también soy maricón, ¿vale? —soltó.

Sabíamos que en realidad no lo era, pero el gesto había sido bastante sincero.

Dimos por terminada la sesión de la película de putas. Andrew y yo nos retiramos a nuestras habitaciones en medio de un extraño silencio y dejamos a los dos hermanos hablando en la madrugada.

CONFESIÓN 19

SOY UN INGENUO

El resto de mi vida puede haber sido algo errático, pero había algo que estaba muy claro: no podía acostarme con Gregory otra vez. Andrew no quería saber nada de mis citas, y aunque yo aún no había decidido si iba a dejarlas o no, tenía que admitir que Gregory era algo más que una simple «cita»: se había convertido en alguien demasiado importante para mí, verle otra vez sería una traición flagrante hacia Andrew. Yo no podía querer a Andrew y al mismo tiempo dar rienda suelta a una relación amorosa con Gregory. Por eso me había asustado... supe que mi relación con Gregory tenía que cambiar de forma radical en el momento en que nos acostamos juntos. Tenía que cambiar o tenía que acabarse.

Siempre había pensado que el peor día de mi vida había sido cuando mi primo Andy me rechazó. Por supuesto, aquello había sido una exageración. Antes de que Andy y yo nos enrolláramos, yo tenía miedo de que si se enteraba de mis sentimientos hacia él, se mostrase poco receptivo. Cuando lo supo, e incluso después de que nos enrollásemos, fue desastroso simplemente porque implicaba la representación real de mis miedos más profundos.

El peor día de mi vida fue diez veces peor de lo que había imaginado porque me pilló desprevenido. Fue

como una de esas pesadillas que convierten a los niños normalmente inquietos y llenos de vitalidad en zombis paralíticos que se van gateando hasta la cama de sus padres en busca de refugio.

Se trataba de Gregory. Ya sé lo que estáis pensando: que encontré a Gregory muerto o algo así. En todas las historias en las que sale un ancianito encantador éste acaba palmándola y hay un funeral conmovedor y todo ese rollo. Para ser sincero, debo admitir que no sólo me preocupaba que Gregory se muriese mientras estábamos juntos, sino también que yo fuese el primero en encontrar su cadáver, lívido y rígido, muerto hacía días. Ojalá.

Había quedado con Gregory en su casa a última hora de la tarde, pero decidí aparecer un poco antes y darle una sorpresa.

Me estaba asfixiando. El ascensor iba más lento que nunca y estaba lleno hasta los topes de estudiantes.

A medida que los estudiantes fueron bajando, se iba perfilando la silueta de una figura desmadejada en la esquina del ascensor: era un señor mayor un tanto grueso, con una melena de color blanco y unas arrugas surcándole la frente y las comisuras de la boca sobre todo, pero no creo que le hubiesen salido de tanto reírse porque parecía el tipo menos alegre del mundo. Le escudriñé el rostro sin ningún disimulo y lo comparé con Gregory, pero me costó bastante establecer algún parecido remoto entre aquel ser repulsivo y el atractivo vejete que me había follado apenas hacía unos días. El tipo debía de tener la misma edad que Gregory pero, desde luego, lo llevaba mucho peor que él. Además, lucía una pesadísima gabardina de color negro que se había comprado, evidentemente, el día de los veteranos de guerra, o tal vez para celebrar el final de la guerra de Secesión. Era uno de esos viejos con la actitud de: «Aquí estoy yo y mis batallitas.»

El hombre también me estaba mirando y yo le sonreí bruscamente. Debió de interpretarlo como un gesto de cordialidad porque empezó a soltar entre dientes alguna queja sobre la lentitud del ascensor y montó un cirio protestando por su reloj.

—Siempre se me retrasa cuando llego tarde.

Asentí con un gesto. Estábamos llegando a la última planta y de repente caí en la cuenta de que aquel viejo también iba allí. ¿A quién podía ir a ver, sino a Gregory? ¿O sería tal vez el abuelo de algún estudiante vecino suyo?

Me comporté como si estuviese siendo educado con él y me ofrecí para pulsar el botón del panel.

—¡Oh! ¿Es que también va al último piso?

Pareció ofendido y me contestó que sí, ¿y yo?

Asentí, perplejo.

—¿Es usted amigo de Gregory? —le pregunté a bocajarro. Si lo era, le diría que yo era un estudiante, que no iba a visitar a Gregory.

—Sí. ¿Conoces a Gregory? —me preguntó, arqueando las cejas y con evidente condescendencia en su tono de voz. Por su acento me pareció que podía ser europeo, y por la franja amarilla que tenía en la nuca, deduje que debía de haber tenido el pelo negro de joven. Tenía los ojos vacuos, borrosos y hundidos, profundos y oscuros como bombillas fundidas, pero aún veían; debía de haber pasado casi un siglo desde que aquellos ojos vieron la luz por primera vez.

—Somos vecinos —dije, encogiéndome de hombros entre burlona y alegremente—. ¿Es usted su hermano? —Era una pregunta perfectamente lícita entre un vecino y un señor mayor que va a visitar a otro señor mayor.

—No —dijo titubeante—. Era amigo de mi hermano.

De pronto tuve una especie de presentimiento. Las

puertas emitieron un zumbido y se abrieron y el hombre me saludó con la cabeza y echó a andar arrastrando los pies hacia la puerta de Gregory, un poco confundido porque al final yo no me había bajado del ascensor. Me quedé allí y volví a la planta baja; salí del ascensor, me desplomé sobre un banco que había en el vestíbulo y me quedé esperando.

Aquel hombre sólo podía ser una persona, sin tener en cuenta la posibilidad de que fuese cualquiera. Sin embargo, yo tenía aquel extraño presentimiento... Ése tenía que ser el hermano de Renaldo. Era muy curioso: por el breve comentario que había hecho Gregory, me había imaginado al hermano de Renaldo postrado en una cama e incapaz de moverse. Aquel tío estaba hecho un fósil, pero todavía se movía.

Yo nunca había dudado de Gregory, así que el corazón me dio un vuelco al pensar en la posibilidad...

Mi parte racional le dio una reprimenda a mi benevolencia por creer todo lo que me decían. Aun así, aquello todavía era muy prematuro. El tío aquel podía ser —y no lo digo de broma— Moisés antes que el hermano de Renaldo.

Me quedé muy quieto en el banco, viendo pasar montones de chavales por mi lado en todas direcciones, pero no me fijé en nadie concreto. Había dejado de pensar, incluso, en Gregory y en el Hombre Misterioso; estaba vegetando, sin permitir que la película pasara por mi mente antes de que ocurriera.

No sé cuándo fue, pero en algún momento el señor mayor pasó por mi lado haciendo un crujido; parecía complacido por su visita, mucho más alegre que cuando había llegado, y yo me levanté para abrirle la puerta. Me dio las gracias con un susurro y fue entonces cuando se dio cuenta de que yo era el mismo chico del ascensor. Hizo un ademán de reconocimiento con la cabeza, un poco desorientado.

—¿Ha pasado una tarde agradable? —le pregunté.

—Sí —contestó dócilmente—. Gracias.

—¿Es usted el hermano de Renaldo? —le pregunté en un tono de voz igualmente expresivo. Mi cara estaba petrificada y el corazón me latía desbocado en el pecho. Normalmente yo no era tan directo, sobre todo con extraños, con quienes solía mostrarme amable por pura cortesía.

El anciano me miró perplejo y luego esbozó una sonrisa muy leve y cargada de melancolía. Era conmovedor ver aquella sonrisa en el rostro de alguien tan mayor y arrugado.

—Pues sí, sí que lo soy. Soy Carlo... pero tú no puedes haber conocido a mi hermano... Hace mucho tiempo que se nos fue... años...

Hizo un amplio movimiento con la mano, un balanceo que abarcaba mi vida entera y la última porción, la menos significativa, de la suya.

—No —contesté—, pero Gregory le quería muchísimo. —Recibió esto último con gesto reprobador y sorprendido, no era ni mucho menos lo que yo esperaba... ¡Oh, Dios!—. Me ha hablado mucho de él...

—Debes de ser muy amigo de Gregory para que te haya hablado de sus flechazos de adolescente. —El hombre empezó a lanzar risitas ahogadas y nerviosas y a mirar a su alrededor para asegurarse de que no le oía nadie. Luego se despidió e intentó escabullirse.

Yo insistí.

—Pero eran amantes, ¿no? —dije sin más rodeos.

«Por favor, que esto sea verdad, que esto sea verdad...»

El anciano parecía desconcertado.

—No —respondió con firmeza y total seguridad—. En absoluto. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Gregory?

Le dije que sí.

En el rostro de Carlo, el enfado y el susto dieron

paso a esa expresión de ofuscación que pone la gente cuando hablan con una abuela chiflada o con un niño retrasado que no tiene remedio. Gregory.

Nos retiramos a un rincón que había cerca de la puerta y el hombre me lo explicó todo a grandes rasgos. Me destrozó por completo con la eficiencia y la buena voluntad de un cirujano.

—Gregory es una bellísima persona —empezó a decir—, pero está muy solo y a veces puede ser muy cruel. Cruel porque está falto de cariño... Se enamoró de mi hermano en los años treinta, cuando ambos trabajaban aquí de botones. Fue el mejor amigo de Renaldo durante años antes de conocerle yo. Nos hicimos muy amigos, pero tardó otro cuarto de siglo en confesarme que era homosexual, a pesar de que yo me había mostrado muy abierto con él desde el principio, a pesar de que yo supe desde el momento en que le conocí que estaba enamorado de mi hermano.

Carlo estaba soltando todo aquello con una animación pasmosa y teatral, como si hubiese estado deseando contarle a alguien sus teorías sobre el tema durante años. Así que Carlo también era gay, hecho que se me había escapado antes: no hay signos demasiado reveladores en alguien tan mayor y tan austero. De joven debía de haber sido ridículamente guapo, pasional, impulsivo, viril, cualquier cosa... Mi mente trataba de huir de la horrible pesadilla que Carlo me estaba contando.

—Gregory era un hombre atormentado por aquel entonces, satisfecho de alimentar un amor sin esperanza por un heterosexual que nunca podría corresponderle, por alguien que ni siquiera sabía ni sabría nunca el lugar que ocupaba en el corazón de Gregory, así que nunca podría rechazarle. Hoy en día todo esto no tiene ningún sentido por lo liberal que es todo el mundo, ahora se sienten todos tan orgullosos... Para mí tampoco tenía ningún sentido entonces, cuando todo el mundo, inclu-

so los gays, pensaba que los gays ni siquiera eran dignos de desprecio. Gregory se enfrentó a la realidad en los sesenta, cuando ya tenía cincuenta años. Nunca fue el amante de mi hermano porque a mi hermano sólo le gustaban las mujeres, y porque mi hermano había muerto años antes de que Gregory le dijese a nadie que era homosexual. A decir verdad, Gregory nunca ha tenido ningún amante...

Yo estaba desolado, pero aun así capté la intimidación. No podía pensar... «¿Qué hago: protesto y digo que yo no soy el amante de Gregory? ¿Afirmo que soy el amante de Gregory? ¿Finjo no haber captado su indirecta?» ¿Era yo el amante de Gregory? A decir verdad, Gregory nunca ha tenido ningún amante... Era aquel «a decir verdad» lo que me torturaba. De verdad. Yo no era el amante de Gregory; no de verdad.

Gregory era uno de mis primeros amigos, una especie de modelo a seguir cuando fuera mayor. Era el primer cliente que me inspiraba algún sentimiento y ahora tenía que enfrentarme al hecho de que lo nuestro era, para él, una gran mentira. Yo sería incapaz de hacerle eso a nadie, sería incapaz de engañar a alguien de aquella manera. Me sentía tan ultrajado que tenía que considerar... Gregory era mi primer amigo y puede incluso que algo más.

—Me paga —dije bruscamente, para zanjar la cuestión. Yo estaba parpadeando con furia. Con sólo dos palabras había puesto fin a mi relación emocional con Gregory. A eso se le llama guardar las apariencias, incluso si la mierda que hay detrás de las apariencias te está matando por dentro.

Carlo frunció el entrecejo ligeramente y luego me dedicó una sonrisa forzada de amabilidad.

—De todos modos —empezó a decir—, eso no viene al caso. Sólo quería que supieras que Gregory es una bellísima persona... en quien no se puede confiar.

Carlo se arropó en su desastrada gabardina y salió por la puerta en dirección al patio soleado que había enfrente.

Yo sentía muchísima compasión por Gregory y muchísimo desprecio por mi propia ingenuidad. El sentimiento de vergüenza era tan fuerte que borró el dolor inmediato. Era uno de esos momentos en los que uno se siente muy poca cosa, pero yo me sentía mucho más insignificante todavía, casi inexistente. Como inexistente era mi amistad con Gregory, edificada sobre una mentira de autoengaño y autocompasión, tal vez una mentira urdida con el único propósito de representar un juego sexual. Pero eso era justo, ¿no? ¿No era eso lo que se suponía que tenía que suceder desde el primer momento? Un simple y rápido trabajito con el Maestro Gregory, en lugar de esta rica aventura.

Luego estaba todo aquel patetismo. Gregory era... un error. Un total y absoluto desperdicio de ser humano, inútil. Casi le admiraba. Le había amado. Pero era tan despreciable como los demás, peor aún. Y yo era el peor de todos, por haberle creído.

Me fui.

No he vuelto a ver a Gregory nunca más, pero todavía está vivo. Llama de vez en cuando pero yo siempre encuentro una excusa para no hablar con él por teléfono, para no tener que quedar con él. Creo que sabe que lo sé. Tal vez Carlo le ha dicho algo. Tal vez se lo haya echado en cara.

Sabía que no podía ver a Gregory nunca más porque si lo hacía me moriría de vergüenza o le rompería el cuello. Había aprendido muchas cosas de él, algunas de las cuales no creo que nadie debiera aprender nunca.

Y todavía os preguntáis por qué me cuesta tanto hacer amigos.

CONFESIÓN 20

MINICONFESIÓN

¿Me he enamorado alguna vez?
Sí, dos veces.

CONFESIÓN 21

SOY UN LLORÓN

Después de volver al North Side en autobús, fui a dar un paseo. Siempre que algo me deja hecho polvo, ando un poco, como una cucaracha juguetona después de una lluvia de pisotones.

Con la mascarada de Gregory planeando sobre mi cabeza como una nube de insecticida, caminaba calle arriba, sumido en mis pensamientos. En mi mente no dejaba de repetirse una y otra vez una escena horrible, un breve diálogo que había mantenido con Gregory: «Mis amigos más jóvenes —Gregory había suspirado secamente—, cuarenta años, no, cincuenta años el más joven... todos han muerto. Todas mis viejas amistades han muerto y ahora estoy demasiado cansado para hacer nuevos amigos. —Yo había puesto mala cara ante la perspectiva—. Puedes serlo tú, puedes serlo tú.»

Me da miedo; la gente que reinventa sus historias, me refiero. A saber quién es quién en realidad. La mayoría de las personas son lo bastante insignificantes como para dar por buena su palabra sin que le cuestiones nada más. ¿Qué pasa si deciden inventárselo todo, por las buenas? Yo puedo asegurar que todas mis confesiones son reales, pero ¿por qué tendríais que creerme? A lo mejor yo soy mi propia obra maestra, una novela andante... a lo mejor no soy nada.

Halsted era todo un espectáculo aquel día, lleno de clones bronceados, de atentos espectadores, de parejas normales un tanto exhibicionistas y de *drag queens* negras con bolsas de comida del Kentucky Fried Chicken que no dudan un momento en poner a parir la desangelada ropa del Gap cuando su propio vestuario se reduce a camisetas de niño pequeño dadas de sí con personajes de dibujos animados pintados. Hacía un calor insoportable, era el veranillo de san Martín.

Caminé a ciegas hacia el lago y avancé hasta que no tuve más remedio que parar o caerme al agua. Me detuve en mi lugar favorito, en las rocas, un muro de contención artificial de aspecto extraño a orillas del lago Michigan que servía para mantener el agua en su sitio y también como estupendo centro de recreo para facilitar el ligoteo entre los lugareños.

Lo del ligoteo me ha recordado una tarde que pasé en un pequeño parque delante de mi residencia de estudiantes, viendo a la gente disfrutar de un soleado domingo. Había un chiquillo con sus padres —que estaban enfrascados en una discusión sin importancia—, y el renacuajo estaba intentando hacerse amigo de otros dos chavales que se lo estaban pasando bomba jugando a matarse el uno al otro. El renacuajo no dejaba de revolotear alrededor de los otros dos niños, mirándolos expectante, intentando captar su atención y ofrecerse a sus ojos como un compañero de juegos divertido. Al final, uno de los otros dos chicos le dijo gritando: «¿Qué quieres?», y el renacuajo le contestó encogiéndose de hombros: «Sólo quiero jugar.» Entonces el chico hizo una especie de mueca divertida, como tratando de aparentar que estaba molesto, y dijo: «Bueno, vale.» El renacuajo sonrió, se puso a jugar con ellos entusiasmado y los tres empezaron a representar un elaborado juego de guerra sin escatimar en tortazos.

Aquel momento era la esencia del ligoteo. Los ligo-

nes son sólo niños que quieren ser aceptados, que quieren jugar. Los chicos gays somos sólo niños pequeños intentando ser nosotros mismos en cuerpos adultos, sólo que han cambiado tantas reglas en el mundo de los adultos que resulta difícil saber cómo comportarse o qué decir o qué hacer. Demasiado a menudo nos ofendemos unos a otros de maneras invisibles que acaban por destruir nuestras amistades fraternales, pese al hecho de que ningún amigo sabe exactamente por qué.

En nuestro interior todos somos niños, algunos de nosotros atrofiados, anclados en los tiempos cuando todo era más sencillo, de adolescentes, cuando teníamos todo lo que necesitábamos. ¿Por qué creéis que aparecen tantos menores disfrutando del sexo en esta historia? ¿Porque me he inspirado en Allen Ginsberg? No, porque el sexo es algo más que ir corriéndote por ahí a lo tonto y porque la adolescencia es la época en que todos tenemos las experiencias sexuales que más nos marcan. Hasta mucho, muchísimo después, cuando otro encuentro algo más que sexual te despierta y te conviertes en un hombre maduro. Algunos nunca tienen ese encuentro y acaban haciendo el ridículo, actuando como si tuvieran quince años a los cincuenta. Por suerte para mí, yo estaba a punto de encontrar el equilibrio a los veinticinco.

Me estaba tostando por fuera, pero por dentro ya había hervido hasta evaporarme. El cabrón de Gregory había sido increíblemente insensible... Es posible que yo le hubiese estado utilizando de algún modo, pero siempre había ido con la verdad por delante acerca de mis intenciones. Nunca le había mentido. En cambio él no había hecho otra cosa que mentirme. Todo el mundo miente, pero sólo les mientes a determinadas personas sobre determinadas cosas. No le mientes sobre todo en general a una persona. A no ser, por supuesto, que esa otra persona sea insignificante.

Había un chico medianamente guapo sentado cerca de mí, ya estaba allí antes de que me sentase yo. Por lo visto, el chico creía que mi llegada había sido algún tipo de invitación: se acercó rápidamente, me dedicó una sonrisa arrebatadora y señaló el lago.

—Es increíble, ¿no te parece? —dijo. Guapo tendría unos treinta años, llevaba el pelo corto, lacio y oscuro, un bigotito casi sugerente («Chicago es la capital del vello facial»), unos hombros bien hechos, hoyuelos y pequeñas arrugas alrededor de la boca. Le daba un aire a Errol Flynn, sólo que más provinciano, domesticado. Era dulce.

En apenas unos segundos, yo contemplaba el lago inmóvil, aquel increíble azul y los cegadores destellos que me obstaculizaban la visión, luego miré a Guapo y luego me perdí. No recuerdo haber empezado a llorar, ni haber notado cómo se me empañaban los ojos, ni nada de nada. Sólo sé que de repente me encontré llorando a lágrima viva y con dramáticas convulsiones. Tenía el rostro empapado por el llanto y los músculos sin fuerza por la desesperación. Guapo se había puesto a mi lado y me abrazó cuidadosamente, un poco nervioso; quizás había mirado primero a su alrededor para comprobar si alguien estaba viendo a aquel chico loco llorar. Era muy reconfortante por el simple hecho de estar allí, por tener aquellos brazos tan fuertes. Los tenía así de ir al gimnasio: eran demasiado abultados y demasiado firmes como para que la naturaleza hubiese sido tan generosa con él. Me arrepentí de haber echado en cara a los musculitos sus hábitos obsesivos: aquélla era una buena razón para tener músculos de hierro.

Los músculos de los gays son algo más que una simple moneda de intercambio, bien mirado. Puede que la musculatura de Guapo fuese sintética, pero sus ojos eran los ojos de un hombre natural.

Poco a poco fui quedándome sin lágrimas, pero me

dejé rodear por aquellos brazos. Tenía la cara apoyada contra su pecho y con la mejilla le rozaba la piel desnuda justo donde ésta se confundía con una camiseta blanca. Percibí el olor de su transpiración y me concentré en aquella fragancia, analizándola de mil maneras distintas, comparándola con el aroma de Andrew, con el aroma de Gregory, con el aroma de otros hombres... Lo único que quería era pensar, pensar en cualquier cosa con tal de evitar tener que enfrentarme al hecho de que estaba sintiendo, y yo no quería sentir...

—Estoy bien —le dije incorporándome; luego encogí las piernas a la altura del pecho y las rodeé con mis brazos. No me molesté en tratar de ocultar mis ojos... estábamos demasiado cerca como para poder disimular que los tenía enrojecidos. Guapo estaba realmente preocupado, pero también empezaba a sentir cierta atracción hacia mí, a falta de otra presa mejor. No olvidemos que yo estaba en uno de los lugares públicos favoritos para ligar. Sabía que tenía que irme de allí antes de que él mismo mancillase su compasión con algún intento turbio.

—Vaya, debes de ser un chico muy sensible —dijo con una amplia sonrisa, intentando quitar hierro al asunto.

—Sí —le devolví la sonrisa—, lo soy. —Me levanté y le ofrecí mis disculpas, que ahuyentó con un gesto, y le dije que tenía que irme—. Que disfrutes del lago. —Y me fui.

Sé que suena muy sentimental, pero eso fue exactamente lo que ocurrió, y fue demasiado importante para alterarlo haciéndolo más punzante o más divertido. Andrew tenía razón: no siempre se trata de «jajá», a veces se trata de «ajá».

CONFESIÓN 22

SOY FLEXIBLE

La derrota.

Había pasado más de una semana desde que Andrew y yo nos habíamos peleado por lo de la prostitución, días que habíamos pasado evitándonos el uno al otro antes de la tregua de las sacudidas el día que Tony nos visitó. Yo tenía que olvidar a Gregory, preocuparme con los quebraderos de cabeza que me daba Joe y también tenía clientes que atender. Pero quería a Andrew —el amor explotaba descontroladamente a mi alrededor—, y cuando me dijo si quería ir a cenar con él para hacer las paces, me conmoví y no desperdicié la oportunidad.

Me pilló a primera hora de la mañana. Yo estaba grogui, dando tumbos por mi habitación y tenía un poco de resaca (¿de qué?, ¿de Evian?). Andrew asomó la cabeza por la puerta y me dio los buenos días.

Yo le respondí y luego recordé que se suponía que estábamos enfadados.

—Mira —dijo. ¿No os hace gracia que la gente empiece con un imperativo, diciendo «mira», cuando están a punto de ser sinceros? Es como si dijeran: «¿Lo ves? No llevo ningún as escondido en la manga. Te voy a decir la verdad.»—. Mira, ¿qué te parece si hacemos algo juntos esta noche?

—¿Cómo qué?

Entró un poco más en la habitación, envalentonado.

—Como... no sé... ¿Ir al cine? ¿A cenar? ¿A tomar algo?

—¿A hablar?

—A hablar.

Yo tenía un día bueno.

—Vale, vamos.

Cenamos en un viejo restaurante al que íbamos de vez en cuando —Rose's— y saboreamos pasta con gambas y calamarcitos pequeños, mirándonos de reojo el uno al otro a la tenue luz de las velas. Luego nos dio un arranque y fuimos a la zona de Water Tower, en la avenida Michigan.

La noche era muy oscura, pero el puente brillaba como si fuesen las doce del mediodía, iluminado por las extrañas luces de cristal que pueblan las orillas y que te deslumbran si las miras durante mucho rato.

Las contemplé fijamente hasta que de pronto lo vi todo rojo y tuve que apoyarme en Andrew para no caerme al agua helada.

Pasaban algunos coches, pero no había ningún otro peatón. No pronunciamos ni una sola palabra. No hacía falta. Estábamos enamorados de nuevo.

De camino a casa después de nuestra primera noche fuera juntos y solos, casi podía oír el ruido del engranaje en la cabeza de Andrew. Decididamente, todavía no tenía las cosas demasiado claras y estaba haciendo unos esfuerzos tremendos por pensar en un modo de convencerme para que dejase de ser yo. «Buena suerte», pensé, y lo pensaba muy en serio.

Me apetecía más una velada tranquila, sin discusiones.

Habíamos dejado a Judy con Joe. Sus estornudos se habían convertido en gripe gatuna y Andrew estaba convencido de que se moriría si no la cuidaba nadie.

Llamamos a la puerta de Joe y se abrió a medias. Joe asomó la cabeza desde dentro para ver quienes éramos.

—Oh... ya habéis vuelto...

Abrió la puerta del todo y entramos. En su habitación hacía diez veces más calor de lo normal. Seguro que había dejado enchufado el fuego falso a toda pastilla. Cuando pasé por el lado de Joe, lo observé atentamente y me pareció mucho más atractivo así, serio y ofuscado. Además, también olía mejor, después de unas cuantas horas en la cama de su apartamento de aspecto infernal.

—¿Cómo ha ido? —preguntó, aún con ojos soñolientos pero dando saltos para ir a la cocina en busca de zumo de naranja de la nevera. Me hizo gracia descubrir que llevaba puestos unos calzoncillos largos de color blanco con una de esas aberturas con botones en el trasero.

—¿Dónde está Judy? —le pregunté, buscándola pero sin detectar aquella bolita peluda por ninguna parte.

—Está en mi cama —contestó sonriendo—. Se quedó dormida en mi almohada, así que no la he podido usar.

Todos nos sentamos en el suelo.

—¿Un zumo? —nos ofreció Joe. Andrew y yo dijimos que no y nos quedamos en silencio. Yo me sentía violento estando sentado allí, por la proximidad física y emocional, atrapado más bien. Era como el ambiente que se respiraba la noche de mi supuesto primer trío, justo antes de que una de las mujeres sugiriera entre risas que nos quitásemos todos la ropa. Las dos mujeres ya lo habían hecho, y yo tuve que decir adiós.

En realidad no temía que algo así fuese a pasar allí dentro, pero tal vez habría sido preferible a la situación actual. Al fin y al cabo, la noche del trío me había levantado y me había largado sin consecuencias, pero este

triángulo era un poco más sutil, complejo, y sería casi imposible salir de allí sin más.

Me quedé mirando con detenimiento los ojos de Joe, de un azul pálido y con unas pestañas naturales elegantísimas, unos ojos que ahora estaban intentando esquivar los míos sin éxito. Al final se rindió y me miró con un interrogante. Yo no podía ir y decir: «Joe, sé que me deseas, y tú sabes que una parte de mí te desea a ti, pero no funcionaría y ¡ah!, por cierto... estoy a punto de caer en las garras de Andrew.» Nada podía decirse a las claras en aquel triángulo, y mucho menos estando los tres presentes, así que miré a Joe e hice que mis ojos le contaran la historia que no podía expresar con dobles sentidos, insinuaciones o palabras.

Me di cuenta de que Andrew nos estaba mirando, bueno, sobre todo a mí. Andrew estaba sentado a la misma distancia de mí y de Joe, y aunque su presencia física me pesaba mucho más a mí, estaba seguro de que Joe también la notaba. En un instante, los ojos de Joe adivinaron el rumbo de los acontecimientos.

—Hoy había un chico en el bloque... —empezó a decir Joe, tratando de imbuir a su voz del máximo entusiasmo posible. Había conocido a un estudiante italiano guapísimo, Mauro, un amigo de la insufrible vieja bestia del piso de abajo. Mauro era muy delgado, tanto que casi estaba en los huesos, con una enorme sonrisa y unos rizos negro azabache. Por la descripción de Joe, parecía el Hombre Perfecto, todo ello después de una conversación de quince minutos que había acabado en un intercambio de números de teléfono.

—¡Qué bien, Joe! —Andrew se lo había tragado todo. No es que yo sospechase que Joe se lo hubiese inventado... de hecho, al final acabó saliendo una corta temporada con Mauro, a quien pusimos el apodo de «Hombre lobo» por lo que nos contó Joe una vez de la cantidad de vello que Mauro tenía en el pecho bajo su

camisa de apariencia inofensiva. Yo sabía que había habido un Mauro de verdad. Pero el entusiasmo de Joe era puro teatro. Todos sabíamos a quién quería realmente. «Bueno, hay un montón de tíos como yo por ahí...» ¿Realmente los hay?

Cogí a Judy de camino a la puerta y Andrew y yo dejamos a Joe en la ardiente oscuridad.

—Buenas noches a los dos.

Yo estaba nervioso porque no paraba de preguntarme si al final lo haríamos aquella noche después de todo el tormento. Todo el tema de mis actividades profesionales seguía en el aire. Yo no había prometido que fuese a dejarlo y él no había dicho que estuviese dispuesto a aceptar. Puesto que existía la posibilidad real de que aquella noche por fin nos acostáramos juntos, de repente me asaltó un temor en el que no había pensado antes... «¿Qué pasa si soy demasiado bueno?» Había estado manteniendo relaciones con hombres durante años y había practicado lo bastante como para hacer que un hombre se corriese con toda la intensidad y la rapidez posibles. ¿Qué pasaría si a Andrew le parecía... demasiado profesional? ¿Qué pasaría si disfrutaba al máximo con el sexo pero se quedaba insatisfecho porque le faltaba algo de «romance» que yo no podía darle? Lo único peor que intentar ligar con alguien y que te rechace es tener tu propia versión de un sexo magnífico con él y descubrir que a él no le ha gustado.

Me metí con todo el descaro en la cama de Andrew mientras él estaba en la ducha, deseando hacerme una paja como siempre que Andrew se metía debajo del chorro de agua, pero me contuve. Estaba totalmente vestido para no ser una amenaza tan evidente, pero si no follábamos aquella noche, Andrew no viviría para ver el día siguiente.

Apareció en la habitación completamente desnudo, brillante por las gotas de agua que le resbalaban por el

cuerpo. Se estaba secando la cara con una toalla hasta que se percató de mi presencia; mis ojos absorbían cada centímetro húmedo de su cuerpo.

Andrew dejó caer la toalla y me miró boquiabierto, luego entornó un poco los ojos y esbozó una sonrisa burlona. Vaya, se le acababa de ocurrir una idea: su estrategia para hacerme dejar la prostitución.

—¿En qué piensas? —le dije con expectación, frotándome las piernas bajo las sábanas para mantener el calor.

Empecé a imaginarme una de esas escenas eróticas con desgarrón del corpiño incorporado, con mis grandes pechos saliéndose del corsé mientras el varonil Andrew con su melena de Fabio me atraía hacia sí para culminar el acto. La siguiente imagen fue bastante más romántica: vi a Andrew besándome dulcemente, acariciándome las mejillas. ¡Dios! Ni siquiera nos habíamos besado todavía, no con lengua, labios, dientes y encías.

—Pienso en ti —me contestó mientras se metía bajo las sábanas y se acurrucaba a mi lado cariñosamente. Yo tenía muchas ganas de responder a aquello, pero de repente interrumpió lo que a mí me parecía inminente y me dijo al oído—: Pero antes tienes una última oportunidad para decirme por qué eres un chapero. En serio.

Me puse muy tenso y sentí claustrofobia por estar tan cerca de él, a pesar de que la proximidad física con Andrew era lo que más había deseado hasta entonces.

—No lo sé —respondí rápidamente.

Me metió la mano por debajo de la camiseta y la dejó en mi estómago. Empezó a dibujar círculos y acariciarme despacio mientras me seducía verbalmente.

—Venga —respiraba con agitación—, alguna idea tendrás... Anda, dime lo que te gusta de la prostitución.

«Nada. Todo.»

Me gustaba el dinero. Me gustaba la sensación de relax. Me gustaba hacer que los hombres se sintieran

bien durante diez minutos, aunque tuviera un día de perros. Me gustaba el control. Me gustaba la atención. Me gustaba sentirme deseado.

No soportaba que se «enamoraran» de mí. No soportaba ver las fotos de las esposas. No soportaba el miedo a las enfermedades de transmisión sexual. No soportaba estar deprimido y aun así tener que follar aquel día. No soportaba hacer la declaración de la renta. No soportaba que Gregory me hubiese engañado.

Pero sobre todo no soportaba las preguntas.

—Me gusta el dinero —le contesté; aquélla era mi respuesta para todo—. Y a ti también te gusta, porque si no fuera por el dinero, estarías pagando otros cien o doscientos al mes.

Sonrió y se tragó cualquier clase de réplica malhumorada, en caso de que tuviese preparada alguna.

—Eres muy listo, podrías ganar más dinero en un trabajo de oficina.

Físicamente, estaba a punto de sucumbir al masaje abdominal, pero mentalmente aún estaba lo bastante a la defensiva para seguir discutiendo con él.

—Yo no hago trabajos de oficina.

Se puso encima de mí, apoyando los codos a cada lado de mi cuerpo y mirándome directamente a los ojos; el agua de la ducha le goteaba y caía sobre mis pestañas, mi nariz, mis labios... Entonces se sintió satisfecho de sí mismo.

—Muy bien; entonces... si tanto te gusta el dinero, te pagaré —dijo.

Hice una mueca de disgusto y me arrepentí inmediatamente porque sabía que la había visto y que me la iba a echar en cara.

—¿Lo ves? —sonrió—. A ti te molestaría que yo te pagase, pero tu principal razón para acostarte con tus... citas... es el dinero, así que debes de sentir más respeto por mí que por tus clientes, y si me respetas, entonces...

—Eso no es verdad. No me importaría que me pagaras. En realidad, insisto en que lo hagas. Todas las veces.

—Eso es justo. Pero existe una diferencia entre ellos y yo: tu obligación seguiría siendo proporcionarme placer, pero también obtendrías muchísimo placer tú mismo. Así que tendrás que hacerme un descuento. Pondré un centavo en un bote cada vez que hagamos el amor. ¿Qué te parece?

¡Mira que hablar de recortes salariales! ¡Menudo insulto!

—¿Y a qué viene ese cambio tan repentino?

—¿Repentino? —dijo—. ¿Qué es lo que es repentino? He tardado un año entero en llegar a pensar en esto. Eres tú quién ha cambiado —dijo, todavía bromeando.

Empecé a moverme debajo de él para protestar, pero me paré en seco cuando noté lo dura que la tenía. ¡Dios, qué grande!... Bueno, no era súper grande, pero cuando un chico tiene una erección haciendo presión sobre ti es difícil no pensar «¡Dios, qué grande!»... Empecé a aflojar los músculos y mis antenas sexuales, ya viejas pero todavía en funcionamiento, empezaron a dar volteretas.

—Tú no vas a ninguna parte, pequeño; no te me vas a escapar.

Y entonces me besó.

Sentí su lengua antes que sus labios y me dejé arrastrar. Mis ropas se resistían a salir ese día, pero en cuanto la última prenda tocó el suelo (menos los calcetines... te tiene que seguir gustando quedarte con los calcetines puestos), me sentí como un crío pequeño con un helado de nata... puede incluso que con un banana split. La piel nunca sabe mejor que cuando se frota contra otra piel, y el rocío que cubría el cuerpo de Andrew tras la ducha tenía la misma fragancia almizcleña que todo él. Fue in-

creíble, sexo del bueno, volcánico, cargado con un año de lucha y persecución y mi emoción por poder callarme por una vez y dejar que otro me dominara por completo.

Después, empezó a besarme de nuevo, con mis piernas enrolladas sobre sus hombros y ambos más húmedos que secos. Mi sacrosanto esfínter ya había dejado de serlo, bruscamente invadido y maltratado para dar placer a otro, liberado por fin de su renuente letargo. Mientras me follaba, yo no dejaba de pensar (entre otras muchas cosas) que, para ser un chico tan puritano y cargado de prejuicios contra la prostitución, Andrew me estaba follando como un león, casi como si lo hubiese estado planeando durante mucho tiempo.

Pero, por supuesto, no lo tenía planeado; no más que yo. Era posible que lo hubiese presentido, yo podía haberlo presentido, pero ninguno de los dos sabía seguro que sucedería hasta que estuvimos en pleno apogeo.

Fue sexo deliciosamente inseguro, acaso el sexo más peligroso de mi vida. Los riesgos eran incalculables, sobre todo para él, y el peligro del sida era un potente símbolo de todos los riesgos más profundos que conllevaba consumar aquel idilio en particular.

A veces decides correr riesgos instintivamente, riesgos que el sentido común te aconseja evitar. Ya os lo haré saber si éste en especial vuelve para atormentarme.

Pero en aquellos momentos, lo único que sabía es que olía a flores ardiendo.

Mientras nos duchábamos, Andrew no se separaba de mí. Sólo me abrazaba con fuerza y murmuraba: «Cuánto te quiero, X.»

Por supuesto, no voy a entrar en detalles obscenos sobre mi primera vez con Andrew. Hay cosas que no se pueden compartir. Ya veis lo asquerosamente dulzón que me he puesto, así que imaginaos el resto.

Con la ayuda de Andrew, hice las doce llamadas

—más o menos— necesarias para anunciar mi retiro. Andrew no llegó a enterarse, pero tuve la decencia de darle un aviso de dos semanas al juez.

En mi euforia, en mi estupor por la novedad radical de dejar la prostitución para convertirme en el amante del encargado de un videoclub algo voluble, sabía que me pasaría el resto de mi vida con Andrew. Acabó convirtiéndose en el cliente más cumplidor de toda mi vida, no se olvidó de pagarme una vez siquiera. Aquellos centavos llegaron a rebasar el borde del bote, así que tuvimos que empezar a usar esos cartuchos del banco para ahorrar espacio. Podría enviar a Judy a la universidad con aquellas monedas.

También creí que no volvería a hacer una chapa en mi vida.

No os lo creáis vosotros.

CONFESIÓN 23

ESTOY DESESPERADO

Veintitrés confesiones, una por cada año de mi vida hasta que empecé a salir con Andrew, sin contar aquellos dos años en la universidad cuando estaba demasiado ocupado estudiando como para hacer algo que valga la pena confesar.

Si me he dejado algo, seguramente ha sido a propósito. No puedes esperar saberlo todo. Nunca llegas a oírlo todo en una confesión, sólo lo que el pecador considera necesario contar.

Andrew y yo nos mudamos a un apartamento lejos de Belmont, todavía en el barrio gay, pero sin Joe, que se fue a vivir con su hermano. Vemos a esos dos muy a menudo ahora que Tony ha «salido». No os enfadéis conmigo: por una vez, no tenía ni idea, incluso después de aquel beso tan raro, que todavía no creo que fuese lo que vosotros pensáis. Además, mis antenas sexuales debían de haberse tomado el día libre aquel día. Tony y Joe tienen novios ahora... también hermanos. La suerte del principiante.

Quiero a Andrew y no me cabe la menor duda de que vamos a durar mucho juntos. Todavía hace que me tiemblen las rodillas y que me den palpitaciones, incluso cuando saca todos los viejos rencores del pasado sobre la prostitución.

Para que no perdáis el respeto por mi naturaleza testaruda, os diré que al final volví a lo de mis citas... o algo parecido. Todavía hago unas cuantas actuaciones de vez en cuando (Norman el pediatra, el juez de siempre, unos cuantos más) y aún tengo que encontrar un trabajo de verdad.

Dejad que me explique.

Tengo una cuenta colosal en el banco y ningún remordimiento en absoluto sobre el modo en que la he obtenido. El mundo es demasiado asqueroso para pasarse el tiempo sintiéndote culpable por cómo estás sobreviviendo en él. En lugar de hacer de mecanógrafo, cocinar hamburguesas, tener mi propia boutique, echar gasolina, vender drogas o dedicarme a la medicina, hice una pequeña fortuna con el «negocio de las pieles». Sí, lo sé, estáis bostezando.

Ahora me gano un poco de dinero como contador de historias (no como «escritor», aborrezco esa palabra). Vendo a revistas literarias, antologías, un montón de revistas porno... pero consigo mucho más dinero yendo a visitar personalmente a diferentes hombres y leyéndoles mis cuentos eróticos, lo cual se reduce a palabras guarras con un guión. Es algo completamente nuevo, una innovación de la profesión más antigua del mundo. Joe me acusó una vez de haber inventado la rueda, y no andaba descaminado... la he reinventado. Si no me acuesto con estos hombres y aun así gano el mismo dinero, ¿por qué molestarme en repeinarme? ¿No?

Voy a vender estas confesiones al mejor postor. A una revista, tal vez, o a un editor respetable, o quizás el señor Johnny Depp quiera comprar mi historia por cien mil pavos rápidos y fáciles.

La cabra siempre tira al monte.

¿Será así toda la vida? Por supuesto que no. Algo tendrá que pasar, incluso si ese algo significa el fin de mis ahorros. Afrontémoslo: no hay tantos tíos por ahí

dispuestos a soltar un montón de pasta por lo que yo llamo «sexo verbal». Al final perderé a mis clientes fijos y supongo que me resultará difícil encontrar otros nuevos. Pero no tiene ningún sentido no hacer lo que quiero hacer ahora simplemente porque tal vez no pueda hacer lo que quiero hacer más tarde. Eso sería como no ser guapo cuando eres joven simplemente porque no necesariamente vas a ser guapo cuando seas viejo. O como negarte a amar simplemente porque puede llegar el momento en que seas incapaz de amar otra vez.

Vivo el presente y ahora mismo me gusta contar historias tal como Gregory solía hacerlo. ¿Y quién va a sufrir si miento un poquito? ¿O mucho? Al fin y al cabo, soy un hombre que puede fingir un orgasmo de manera convincente. ¿Por qué malgastar ese talento en contar siempre la aburrida verdad?

Lo único que hago ahora es vivir y amar, que es más de lo que puedo decir de la mayoría de la gente, más de lo que podía decir de mí mismo antes de los sucesos que componen estas confesiones.

Y ahora, si me perdonáis, mi pediatra es un forofo de la puntualidad.

EPÍLOGO

EL FUTURO

¿Cuántos padrenuestros me tocan de penitencia por esto?

ÍNDICE SEXUAL

ambidextrismo (versatilidad sexual): 55

beso negro (analingus): 57, 116, 134, 136
besos: 16, 66, 99, 101, 151, 159, 194, 217, 242-243, 245
bisexualidad: 124, 141, 215-216

citas: 13, 24
confusión sexual: 31, 49, 52, 68, 82, 94, 103-106, 110, 140-143, 146, 163, 168, 173, 215-218
contacto visual: 23-24, 26, 95, 186
correrse (orgasmo masculino): 56, 66, 101, 109-110, 134, 187, 196, 204, 231, 247
cuarto oscuro: 203

enamoramiento: 24
estimulación de los pezones: 99, 109, 194, 203
exhibicionismo: 27, 38, 88-89, 132, 135, 202-203

fantasía «papá-hijo»: 15-16
follar
    en armonía: 35
    en equipo (vamos a reivindicar este término para las orgías, ¿os parece bien?): 119, 188, 203
    sin lubricante: 18
guarrerías, decir: 111

heterosexuales, relaciones sexuales: 83, 190
homosexualidad masculina: en todo el libro

incesto: 57-70, 86, 188, 191, 217

lamer/besar el cuerpo: 99, 133, 178, 194, 204
lesbianismo (agradecimientos): 83, 215
lujuria: en todo el libro

mamada (sexo oral entre varones): 73, 100, 116, 134-136, 178, 194, 204

objetos fetiche
- axilas (oler el sobaco): 18, 133
- calcetines: 104, 133, 242
- cosquillas (ponerse muy muy caliente): 80
- limpieza: 43, 132-134, 239
- lucha libre o sexo duro (Hulk Hogan fever): 51
- olores: 43, 100, 121, 233, 242
- pelo: 32, 46, 238
- penes no circuncisos: 52
- personas de otra raza (jungle fever): 46
- piernas: 36, 179
- pies: 46, 166
- ropa interior: 104, 151, 166, 187, 213
- sudor: 13, 100, 113, 233

pedofilia: 15-16, 20
promiscuidad: 40, 43, 137, 179-180
prostitución: en todo el libro

seducción: 32, 34, 38, 42
sexo
- anal (agradecimientos): 18, 55-56, 66, 83, 100-101, 112, 134, 153, 195-196, 205, 243
- digital/follar con el dedo (tomar la temperatura): 17, 56, 100, 189, 204
- duro: 18
- en el área de descanso: 139
- peligroso: en todo el libro
- verbal©: 13, 246

tocar la zambomba (masturbación masculina): 14, 83, 104, 109-110, 134, 186, 239

virginidad, pérdida de: 30, 40, 41, 56-67, 83, 98-101, 117, 176
voyeurismo: 36, 132

ÍNDICE

Introducción: Ahora 13
Prólogo: Hace poco 15

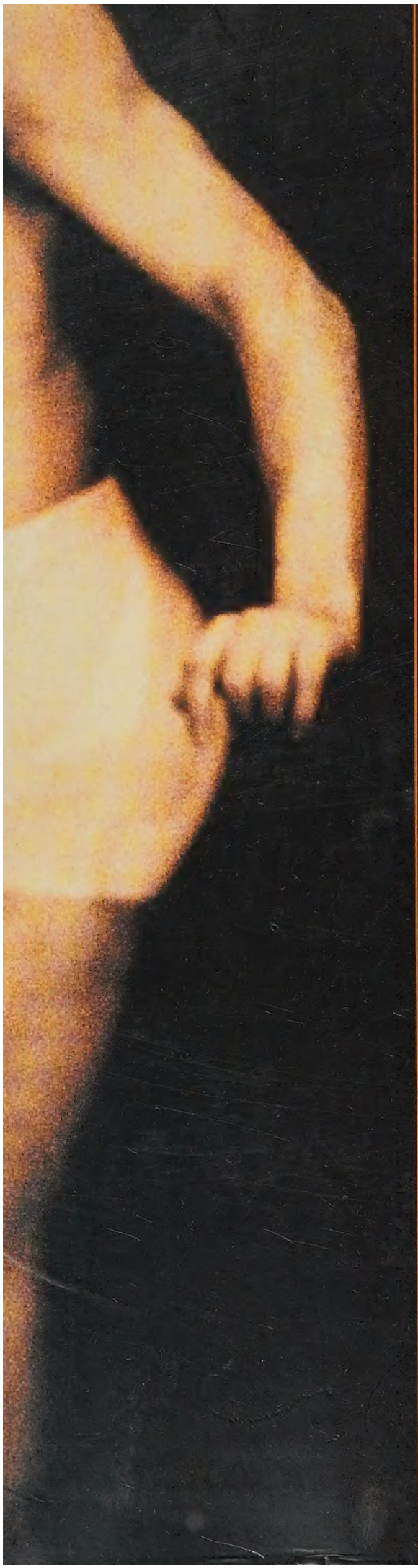
LAS CONFESIONES
EN AQUEL ENTONCES

Confesión 1. Quiero ser alguien 23
Confesión 2. Soy un trozo de pan 31
Confesión 3. Soy un esclavo de mis bajos instintos 45
Confesión 4. Soy un sentimental 55
Confesión 5. Soy curioso 73
Confesión 6. Soy un libro abierto 79
Confesión 7. Soy un romántico 91
Confesión 8. Soy paciente 103
Confesión 9. Soy un monstruo del autocontrol .. 109
Confesión 10. Necesito aferrarme a algo 111
Confesión 11. Soy un ángel guardián 121
Confesión 12. Estoy chapado a la antigua 129
Confesión 13. Necesito amor 161
Confesión 14. Soy débil 165
Confesión 15. Soy frívolo 177
Confesión 16. Necesito a las personas 183

Confesión 17. Estoy orgulloso de ser gay 197
Confesión 18. Me impresiono con facilidad 211
Confesión 19. Soy un ingenuo 219
Confesión 20. Miniconfesión 227
Confesión 21. Soy un llorón 229
Confesión 22. Soy flexible 235
Confesión 23. Estoy desesperado 245

Epílogo: El futuro 249
Índice sexual 251

OJO DE GATO, MARGARET ATWOOD
LA HISTORIA DE MI HIJO, NADINE GORDIMER
AMERICAN PSYCHO, BRET EASTON ELLIS
A MEDIA LUZ, JAY MCINERNEY
HIJOS DE HOMBRES, P.D. JAMES
BELOVED, TONI MORRISON
LA ISLA DE LOS CABALLEROS, TONI MORRISON
JAZZ, TONI MORRISON
SULA, TONI MORRISON
LA CANCIÓN DE SALOMÓN, TONI MORRISON
AGUA NEGRA, JOYCE CAROL OATES
GENERACIÓN X, DOUGLAS COUPLAND
MEMORIAS ÍNTIMAS, GEORGES SIMENON
PEDIGREE, GEORGES SIMENON
ETHAN FROME, EDITH WHARTON
DE CÓMO LAS CHICAS GARCÍA PERDIERON SU ACENTO, JULIA ÁLVAREZ
AZALEA ROJA, ANCHEE MIN
OJOS AZULES, TONI MORRISON
UNA MIRADA ATRÁS, EDITH WHARTON
LA MUJER DE MAR ADENTRO, THOMAS KENEALLY
PLANETA CHAMPÚ, DOUGLAS COUPLAND
LOS CONFIDENTES, BRET EASTON ELLIS
EL PECADO ORIGINAL, P.D. JAMES
NADIE QUE ME ACOMPAÑE, NADINE GORDIMER
DE CÓMO LOS TURCOS DESCUBRIERON AMÉRICA, JORGE AMADO
LEYENDAS DE PASIÓN, JIM HARRISON
DEL AMOR, ALAIN DE BOTTON
NACIÓN PROZAC, ELIZABETH WURTZEL
CARRINGTON, MICHAEL HOLROYD
LA VIDA DESPUÉS DE DIOS, DOUGLAS COUPLAND
ALTA FIDELIDAD, NICK HORNBY
PURO FUEGO, JOYCE CAROL OATES
FIEBRE EN LAS GRADAS, NICK HORNBY
SÓLO UNA MADRE, A.M. HOMES
LA NOVIA LADRONA, MARGARET ATWOOD
MICROSIERVOS, DOUGLAS COUPLAND
EL ÚLTIMO DE LOS SAVAGE, JAY MCINERNEY
EL PLACER DE SUFRIR, ALAIN DE BOTTON
LA VOZ DE LILA, CHIMO
TIETA DE AGRESTE, JORGE AMADO
EL FESTÍN, GEOFF NICHOLSON
CARA QUEMADA, ALAN WARNER



Un lujo: el chico tiene veinticinco años y sabe muy bien lo que se trae entre piernas. Sus clientes gozan y pagan por un placer que todos viven a flor de piel, sin más complicaciones. Médicos, jueces, militares y curas desfilan por su cama dispuestos a reconocer que, a calzón bajado, el sexo es poder.

Un error: las cosas cambian cuando de asuntos del corazón se trata: el amor siempre es mal negocio, y nuestro chico sufrirá lo suyo al verse envuelto y revuelto en un triángulo amoroso "sólo para chicos" donde afloran esas debilidades que hacen de él un ser vulnerable en busca de cariño y protección.

Un diario: desenfadadas y provocativas a la vez, tiernas y soeces como la vida misma, las palabras del chico, que firma con una simple X, se desgranan en veintitres capítulos que él llama «confesiones» y que se han convertido en un brillante diario de la vida gay en los años 90.

ISBN 84-406-7398-1
9 788440 673985
81120124
Ediciones
GRUPO ZETA